



CÓDIGO NEXUS

REVISTA DIGITAL ESPECIALIZADA

ASIA DEL ESTE Y EL NUEVO MUNDO

MOTIVACIONES Y LÍMITES EN UN NUEVO ORDEN MULTIPOLAR



EDICIÓN
JULIO / SEPTIEMBRE
2025

9

El estado geopolítico de la península coreana en el siglo XXI 20

Causas de las crisis en Rusia durante la década de 1990 36

Napoleón y la Unión Europea 44

Quiénes somos

Somos una revista digital especializada mexicana con enfoque internacional específicamente geopolítico. Somos un proyecto autónomo con el propósito de conectar a México con el mundo y viceversa.

Qué hacemos

Hacemos investigaciones exhaustivas, metódicas, teóricas, objetivas, críticas e imparciales sobre distintos sucesos de carácter nacional e internacional utilizando elementos de diversas áreas de conocimiento como geografía, economía, sociedad, cultura, las relaciones internacionales, etc., para generar artículos de análisis, reportes especiales, reportajes analíticos y artículos de opinión sobre diferentes regiones, países y el mundo en general. Todo ello lo presentamos a través de nuestros productos digitales: Ediciones trimestrales, ediciones especiales, ediciones complemento, pronósticos anuales y notas semanales.

Cómo lo hacemos

Utilizamos un modelo de análisis propio basado en la geopolítica que nos guía a la comprensión objetiva de los sucesos en el mundo, que nos permite tener presente la neutralidad, sin posturas ideológicas o paradigmas comunes. Priorizamos el uso de los elementos como geografía, cultura, política, economía, demografía entre otros. Buscamos ser imparciales para ofrecer a nuestros lectores información clara y fidedigna.

CREANDO UN MÉXICO GLOBALIZADO

DERECHOS DE AUTOR Y DERECHOS CONEXOS, año 3, N. 9, julio-septiembre 2025, es una publicación trimestral digital editada por Código Nexus: Revista Digital Especializada, Centro de Negocios Concentro, Av. Vallarta Eje Poniente 6503, Local F-18, Col. Ciudad Granja, Zapopan, Jalisco, C.P. 45019, México. Tel. +52 (33) 4200-9752. www.codigonexus.com Correo electrónico informes@codigonexus.com. Editor responsable Andrés Alejandro Araujo Bermúdez. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2024-082013082500-102, ISSN: En trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número, Director Ejecutivo Andrés Alejandro Araujo Bermúdez, Centro de Negocios Concentro, Av. Vallarta Eje Poniente 6503, Local F-18, Col. Ciudad Granja, Zapopan, Jalisco, C.P. 45019, México.

Directorio

Fundador y Director Ejecutivo
Andrés Alejandro Araujo Bermúdez

Diseño
Tania Guadalupe Navarrete Ochoa

Corrección de estilo
Denise Moreno
María de Lourdes Durán

Analista
Patricia Monserrat González de la Torre

Colaboradores
José Enrique Aguirre Torres
Ana Silvia Orduña

Código Nexus
Edición Trimestral
Año 3
Julio - Septiembre 2025
Distribución Digital

informes@codigonexus.com

www.codigonexus.com



Guadalajara, Jalisco, México.

Carta de la edición

Queridos lectores,

Es un privilegio dirigirnos a ustedes en estas páginas dedicadas a la exploración y análisis de los acontecimientos geopolíticos que configuran nuestro mundo contemporáneo.

A esta novena edición trimestral la hemos denominado “Asia Pacífico y el nuevo mundo: Motivaciones y límites en un nuevo orden multipolar”. Asia Pacífico es una de las regiones más importantes del mundo, tanto en materia demográfica como económica. Aunque, ciertamente, el siglo XXI no será el siglo asiático —ya que, como escribimos en nuestra quinta edición, en realidad será norteamericano—, comprender el desarrollo de la región será crucial para entender el desarrollo internacional durante gran parte del siglo. En particular, será aún más importante observar cómo la región se adapta y se transforma ante los drásticos cambios que experimentará el sistema internacional en los próximos años, especialmente aquellos relacionados con el fin del orden global bipolar de la Guerra Fría —como la guerra de Ucrania— y el inicio del orden mundial multipolar —la cesión de poder por parte de Estados Unidos a otras potencias regionales—. Nuestro artículo principal analiza cómo los países del noreste asiático —Japón, China y Corea del Sur— reaccionan ante estos cambios y modifican sus relaciones bilaterales y trilaterales, además de identificar los intereses que los impulsan a tomar dichas medidas, así como las oportunidades y los límites de sus decisiones. Nuestro artículo complementario aborda la manera en que la península de Corea —una región que ha marcado puntos de inflexión históricos en los últimos 200 años— podría volver a experimentar un cambio trascendental en su configuración geopolítica, así como el impacto que ello podría suponer en Asia Pacífico en general. Nuestro equipo de analistas ha dedicado tiempo y esfuerzo a desentrañar las complejidades de estos temas y pone a su disposición investigaciones que, esperamos, sean de su agrado.

Les invitamos a disfrutar al sumergirse en nuestra novena edición trimestral.

Atentamente,
Código Nexus

Equipo Código Nexus



Andrés Araujo / Fundador y Director Ejecutivo

Egresado de la licenciatura de Relaciones Internacionales de la Universidad Del Valle de Atemajac, Zapopan, Jalisco. Cursa actualmente el diplomado en Análisis Internacional de Lisa Institute y cuenta con un Diplomado de Coursera de la Historia del Poder en México. Es autor del artículo ‘Polonia y su lugar en el nuevo panorama geopolítico europeo, posterior a la invasión rusa de Ucrania en 2022: repercusiones del surgimiento de una nueva potencia militar’ en la revista Internaciones de la Universidad de Guadalajara y es coautor de artículos como ‘In Myanmar, China Considers a New Strategy’ y autor del artículo ‘Mexico Considers a New Foreign Policy Path’ ambos publicados por la empresa de inteligencia geopolítica estadounidense Geopolitical Futures. Sus temas de especialidad son Geopolítica, Geohistoria, Seguridad Internacional, Ciencias Políticas, análisis en Ciclos Sistémicos, Historia y Estudios Regionales de América Latina. aaaraujo@codigonexus.com



Patricia Monserrat González de la Torre / Analista

Licenciada en Historia por la Universidad de Guadalajara. Ha participado como representante juvenil de México en eventos tales como el Helsinki Workshop on Youth, Peace and Security Agenda, así como en el 4th Annual Knowledge for Prevention Symposium. Sus principales líneas de investigación son los temas de Diplomacia y Política exterior mexicana.



Denise Moreno / Correctora de estilo

Estudió la licenciatura en Letras Hispánicas en la Universidad de Guadalajara, durante la cual realizó un intercambio académico en la Universidad de Córdoba, España. Participó como ponente en distintos coloquios internacionales de lingüística, con enfoque en pragmática y análisis del discurso político. Después de dedicarse a la docencia del español por casi ocho años, adquirió experiencia en marketing digital político. Su pasión por la Geopolítica nace a partir de ser la rara avis en una materia que no corresponde a su carrera y donde aprendió a ver el mundo y lo que sucede en él más allá de la superficie.



María de Lourdes Durán Herández / Correctora de estilo

Realizó trabajo como editora en la Revista del Consumidor, Revista de Opinión Pública de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM. También fue subdirectora en Información de la UNAM y en la Gaceta UNAM y colaboró en la editorial Santillana. También ha sido profesora de redacción y de corrección de originales en la carrera de Comunicación.



Tania Navarrete / Diseño Editorial

Egresada del CUAAD de la carrera de Diseño para la Comunicación gráfica. Con 24 años de experiencia en la creación y gestión de marcas, diseño editorial para varias revistas de circulación local y proyectos de publicidad. Su trayectoria se ha centrado en comprender que cada proyecto tiene necesidades únicas, buscando siempre la claridad del mensaje y ayudando a construir marcas memorables y soluciones efectivas.



José Enrique Aguirre Torres / Colaborador

Tiene una licenciatura en Relaciones Internacionales y una maestría en Relaciones Internacionales de Gobiernos y Actores Locales de la Universidad de Guadalajara. Actualmente, está cursando un doctorado en Ciencias Políticas en la misma universidad. Sus principales líneas de investigación son la acción internacional de los gobiernos locales en el campo de la innovación tecnológica y la gobernanza internacional-local de la Inteligencia Artificial en territorios. eaguirre@codigonexus.com



Ana Silvia Orduña Martínez / Colaboradora

Estudió la Licenciatura en Relaciones Internacionales por la Universidad de Guadalajara. Es asistente de investigación en el Departamento de Estudios Internacionales de la UdeG, adscrita a línea de investigación de la acción internacional de Actores No Estatales, Medio Ambiente y Acción Climática, migraciones internacionales y gobernanza desde junio de 2021.

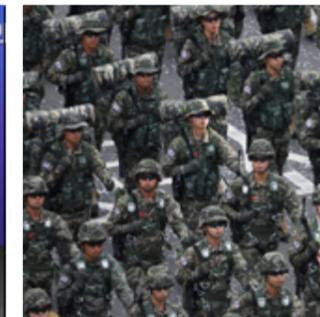
Contenido



ASIA DEL ESTE Y EL NUEVO MUNDO

08

Motivaciones y límites
en un nuevo orden
multipolar



20

**El estado geopolítico
de la península
coreana en el siglo XXI**
Una incógnita geopolítica
y una nueva Asia del Este



GEOPOLÍTICA

36

**Causas de las crisis
en Rusia durante la
década de 1990**
El impacto de una
catástrofe geopolítica



RELACIONES INTERNACIONALES

44

**Napoleón y la
Unión Europea**
Sueños inalcanzables



OPINIÓN

58

**Crecientes vacíos
en la gobernanza
internacional**
Estados Unidos y
su retirada de
la salud global



64

Referencias

ASIA DEL ESTE Y EL NUEVO MUNDO

MOTIVACIONES Y LÍMITES EN UN NUEVO ORDEN MULTIPOLAR

PATRICIA MONTSERRAT GONZÁLEZ DE LA TORRE

Resumen:

En marzo de 2025, las tres potencias del este asiático, Japón, China y Corea del Sur, realizaron una junta ministerial en la que discutieron la posibilidad de fortalecer su cooperación económica, en medio de un contexto marcado por la incertidumbre derivada de la guerra arancelaria de la administración de Donald Trump. Ciertamente, aunque el hipotético bloque ofrece un potencial considerable más allá del control de los gobiernos involucrados, refleja dos hechos fundamentales: una reacción al cambio en el orden mundial y un reajuste a los problemas económicos que cada país enfrenta. El objetivo del presente análisis es detallar los intereses de cada país en la creación de un bloque —o alianza comercial—, resaltando a su vez los límites geopolíticos y sociopolíticos de dicho acercamiento estratégico. En conclusión, el reconocimiento diplomático de un nuevo orden implica un avance significativo, que promete tanto oportunidades como peligros para la estabilidad regional a futuro.

Palabras clave:

Japón, China, Corea del Sur, este asiático, bloque, alianza comercial, problemas económicos, geopolítica y sociopolítica.

Abstract:

In March 2025, the three East Asian powers: Japan, China, and South Korea, carried out a ministerial assembly in which they discussed the possibility of more economic cooperation amidst the uncertainty created by Donald Trump's administration. The hypothetical block certainly promises a lot outside the control of the governments involved but it indicates two fundamental facts: a reaction to the change in the world order and a readjustment to the economic problems each country faces. The objective of the current analysis is to lay out the interests of each country in the creation of a block—or trade alliance— highlighting the geopolitical and sociopolitical limits of said strategic rapprochement. In conclusion, the diplomatic recognition of a new order implies a significant advancement that promises both opportunities and challenges for regional stability going forward.

Keywords:

Japan, China, South Korea, East Asia, block, trade alliance, economic problems, geopolitics, and sociopolitics.



Diseño por Código Nexus (fuentes: Oficina de Prensa de la Presidencia de la Federación Rusa/Ministerio de Defensa de Ucrania/Oficina de la Presidencia de la República de Corea/Departamento de Estado de EE. UU./Gobierno de la República Popular de China).

En marzo del presente año, una imagen comenzó a destacar en los titulares de todo el mundo: el ministro de Economía de Japón, Yoji Muto, el ministro de Comercio de Corea del Sur, Ahn Duk-geun, y el ministro de Comercio de China, Wang Wentao, aparecían con las manos entrelazadas. Para los investigadores que dan seguimiento a las relaciones entre estos tres países, la imagen no resulta ninguna sorpresa, ya que estas reuniones tanto entre los ministros de Comercio como entre los de Relaciones Exteriores se han realizado en 13 y 11 ocasiones, respectivamente. Sin embargo, el contexto en el que se celebró la decimotercera reunión estuvo marcado por la imposición de aranceles por parte de la administración de Donald Trump al resto del mundo, medida que ha sido pieza clave en el reordenamiento global actual.

El asombro del público residía en los temas abordados en dicha reunión, que abarcaron desde la cooperación económica y comercial, la innovación tecnológica y científica como motor para el progreso de los tres países, hasta el intercambio cultural y el desarrollo sostenible en áreas como el rejuvenecimiento saludable, las nuevas energías y el crecimiento verde, entre otros (Ministerio de Relaciones Exteriores de China [MREC], 2025). Para algunos analistas, este evento no fue interpretado como un hecho aislado, sino como respuesta y preludio de la conformación de un posible bloque comercial que pudiera desafiar la hegemonía de Estados Unidos y hacer frente a la inestabilidad generada por los aranceles y la retórica comercial estadounidense.

Dentro de este bloque trilateral, Japón parece ser el actor más activo, quizá debido a los beneficios en términos de seguridad que implicaría una alianza que sirva como contrapeso frente a las constantes amenazas de Corea del Norte. La política exterior japonesa se ha enfocado, desde el siglo pasado, en un constante fortalecimiento del regionalismo económico y en la reducción de su vulnerabilidad frente a las crisis globales, además de buscar la reactivación de negociaciones que lleven a la creación de un tratado de libre comercio entre los tres países (Sun, Tatsumi, & Town, 2024).

Por su parte, Corea del Sur ha mantenido una ambigua firmeza en el bloque, pues aunque posea fuertes lazos con Estados Unidos, su dependencia económica de China y su imperativo geopolítico de preservar el equilibrio de poder regional continúan guiando su política exterior. Así, un equilibrio diplomático a través de la maximización estratégica ha sido la llave maestra para que Corea del Sur asegure una cooperación efectiva con Beijing y Tokio, lo que a su vez le permite garantizar su seguridad frente a Corea del Norte, además de fortalecer entre ellos los lazos de innovación tecnológica y transición energética (Tripartite Environment Ministers Meeting (TEEM), 2024). Finalmente, China es quizá el principal beneficiario: por un lado, se posiciona en este bloque asumiendo un papel comprometido con la estabilidad regional, en contraste con el discurso de Estados Unidos; por otro, asegura una estrecha relación con países que poseen mercados ricos y capital para invertir en su economía. La unidad, la cooperación y la búsqueda de la resolución de conflictos de manera independiente son algunos de los puntos que



ha destacado el ministro chino en esta reunión (MREC, 2025). Sin embargo, no resulta sorprendente que Tokio y Seúl sigan escépticos sobre el comportamiento de Pekín en la región, ya sea en materia económica o de seguridad, o bien en relación con la estabilidad interna del gigante asiático.

Aunque son evidentes los beneficios que la alianza del hipotético bloque traería consigo para los tres países, los obstáculos a los que podrían enfrentarse son mayúsculos. Las heridas históricas han creado percepciones sociales negativas entre ellos, así como procesos de toma de decisiones carentes de una base de confianza. A ello, hay que agregar las alianzas que Japón y Corea del Sur mantienen con Estados Unidos, cuyo cumplimiento deben asumir por encima de lo establecido con China.

Frente a este panorama, algunos analistas han sugerido que la renovación de esta alianza y la reciente inauguración del Año de Intercambio Cultural 2025-2026 entre Corea, Japón y China son una muestra de las intenciones de los países por desplazar la influencia de Estados Unidos en Asia. No obstante, lejos del deseo de mantenerse como la hegemonía global omnipresente en todas las regiones del Sistema Internacional, el gobierno de Donald Trump¹ ha promovido una redistribución del poder, alentando a los aliados regionales a asumir más responsabilidades. Desde

su mandato anterior, Trump decidió dejar de posicionar a Estados Unidos como el policía del mundo, mientras que en la presente administración ha promovido la retirada de la responsabilidad estadounidense en grupos como la Organización del Tratado del Atlántico Norte —OTAN—, al considerarlos fuera de los alcances e intereses del país (RFI, 2018).

Una lectura matizada y alejada del discurso dominante puede sugerir que esta alianza, más allá de representar un bloque comercial, refleja una transformación del Sistema Internacional, en la que potencias regionales comienzan a asumir responsabilidades de gobernanza dentro de sus respectivas zonas de influencia.

En este sentido, el presente ensayo explora las motivaciones que han llevado al fortalecimiento de los vínculos entre China, Corea del Sur y Japón, así como las limitaciones estructurales que dicha cooperación trilateral implica y la forma en que esta dinámica se inscribe en un orden multipolar del que incluso Estados Unidos —a pesar del discurso de 'América Primero' de Donald Trump— podría beneficiarse.

¹ Cabe destacar que esta es una tendencia geopolítica que ha trascendido las administraciones, ya que Joe Biden seguía la misma línea de desarrollo de política exterior, si bien es más notoria con las administraciones de Donald Trump.

Los ministros de Comercio —de izquierda a derecha— de Japón, Yoji Muto, Corea del Sur, Ahn Duk-geun, y China, Wang Wentao, en una junta ministerial en marzo de 2025 (crédito: Ministerio de Comercio, Industria y Energía de la República de Corea vía X).

EL NUEVO ORDEN MUNDIAL: MOTIVACIONES DE UNA ALIANZA TRILATERAL

A raíz de la transformación que está experimentando el Sistema Internacional en lo relativo a la distribución del poder y al papel de Estados Unidos a nivel global — en ámbitos como la seguridad, la salud, la regulación y la economía—, cabe esperar una serie de cambios en las arquitecturas políticas y económicas regionales en distintas partes del mundo. Bajo esta lógica, la reactivación del mecanismo trilateral entre las grandes potencias asiáticas marca un punto de inflexión no solo para la política del noreste asiático, sino también para el escenario global. Aunque para muchos se trata más de un acto simbólico sin mayor trascendencia, es necesario cuestionar si cada país persigue intereses estratégicos que puedan derivar en una alianza de interdependencia regional. En especial debido a las implicaciones económicas, políticas y militares que conlleva el fin del orden global bipolar, en el cual Rusia figuraba como una potencia dominante en la arena internacional.

En todo caso, dicho reordenamiento ofrece diversas oportunidades para varios países, al tiempo que presenta desafíos de carácter y escala distintos. Uno de ellos es el impacto que supondría una Rusia debilitada y más cercana a Estados Unidos, lo que conduciría a un panorama inverso al que se produjo con el acercamiento sino-americano de la década de 1980 durante la Guerra Fría, el cual perjudicó a la Unión Soviética (Friedman, 2025).

A diferencia de 1992, el 2025 marca un verdadero hito geopolítico. En su momento, el colapso de la Unión Soviética no representó una transformación sustancial del orden mundial, de la misma forma en que 1918 no puso fin al sistema multipolar imperial; ese punto de quiebre llegó hasta 1945. En realidad, 1992 generó solo la ilusión de un cambio trascendental, pero muchas de las fuerzas surgidas durante la Guerra Fría continuaron activas, como el yihadismo emergente, una Rusia revanchista y el ascenso económico de China (Friedman, 2019). En contraste, 2025 se perfila como el punto de partida para una transformación más profunda, como lo evidencian la guerra en Ucrania y la decadencia de las agencias de inteligencia rusas, fundamentales para sostener al imperio. En este contexto, cobra sentido la propuesta de una alianza entre China, Japón y Corea del Sur.



Shigeru Ishiba, primer ministro de Japón, pronuncia un discurso de felicitación en la ceremonia conmemorativa del 150º Aniversario de las operaciones meteorológicas (crédito: Agencia Meteorológica de Japón).

Japón: estabilidad y regionalismo económico

Es imposible negar el papel clave de Japón en la revitalización del bloque, que más allá de la búsqueda de un beneficio regional de crecimiento conjunto, busca atender sus necesidades y subsanar sus problemas internos, a través de las ventajas que una colaboración de esta magnitud pudiera ofrecerle.

Desde hace décadas, Japón ha trabajado de forma continua para posicionarse no solo como líder regional, sino también como una potencia responsable y alineada con objetivos que fomenten la estabilidad y el desarrollo económico. Con ello, la posible conformación de un bloque —con potencial de convertirse en una alianza— representa una herramienta estratégica que permitiría al país del sol naciente atender desafíos internos urgentes en materia económica, demográfica, energética y de seguridad. Al mismo tiempo, contribuiría a consolidar un entorno regional estable, integrado por las principales potencias geoeconómicas, en medio de un escenario global marcado por tensiones constantes.

La necesidad de mantener el dinamismo en su aparato industrial es uno de los principales factores que impulsa a Japón a estrechar vínculos en este posible bloque. Presiones económicas tanto internas como externas, la reconfiguración de las cadenas de suministro globales, la escasa recuperación del yen en el mercado mundial, los efectos persistentes de la pandemia y la evidente competencia con Corea del Sur y China conforman un escenario complejo que obliga a Japón a replantear su posición frente a la promoción o el posible abandono del bloque.

Para una economía que depende de la exportación en sectores vinculados a la industria 3.0 —caracterizada por la automatización de procesos productivos mediante sistemas informáticos y electrónicos—, con sus vecinos como los competidores más fuertes, la conformación de una

alianza, o al menos de un bloque táctico, podría funcionar como un mecanismo para asegurar un acceso prioritario a mercados clave, a mano de obra joven y asequible —en China— y al fortalecimiento de las relaciones con socios tecnológicos de alto nivel. Las reuniones celebradas en años anteriores reflejan el interés del gobierno japonés por reactivar las negociaciones para establecer un tratado de libre comercio que le permita blindar su economía a través del beneficio de un mayor acceso comercial, sobre todo ante la volatilidad de los mercados y el avance del proteccionismo, presente no solo en Estados Unidos (Ministry of Foreign Affairs of Japan, 2019).

Ahora bien, a lo anterior se suma una condición que amenaza a Japón a largo plazo: la escasez de recursos naturales hace del sostenimiento de su industria algo complicado, pues depende de la importación de insumos desde el exterior. Garantizar un suministro preferencial de recursos y establecer mecanismos de resiliencia dentro de cadenas críticas son algunos de los beneficios que el país buscaría obtener a través de esta alianza. Más que una competencia constante en el desarrollo de punta en sectores como los vehículos eléctricos, las baterías y los chips, una cooperación trilateral sólida —y no meramente simbólica— podría convertirse en una garantía para la seguridad económica de Japón.

Otra dimensión que ayuda a explicar el interés de Japón en establecer una alianza trilateral es el menester de garantizar espacios para expandir su producción industrial. La transferencia de su manufactura a países vecinos motivada por razones de costos, eficiencia logística y, en especial, por factores culturales —como la dificultad de integrar migrantes en la sociedad japonesa—, representa un incentivo clave. China ofrece territorio y recursos humanos que facilitan dicha expansión; mientras que Corea del Sur es capaz de proveer ecosistemas de innovación altamente competitivos. Una estrategia triangulada permitiría a Japón no solo conservar el control tecnológico, sino que lograría integrar un centro regional de operaciones eficiente para los tres países, reduciendo así la vulnerabilidad de sus cadenas de producción frente a impactos externos.

La seguridad nacional es otro de los aspectos que han cobrado mayor relevancia para la nación nipona. Aunque desde 1947 su postura constitucional y social se ha alineado con una actitud pacifista hacia el mundo, el entorno regional y global imperante ha cambiado de forma drástica en los últimos años. La amenaza constante de Corea del Norte y el aumento de las tensiones en el mar de China Meridional han llevado a Japón a replantearse su enfoque en materia de defensa. Estas preocupaciones se han traducido en ajustes a su Estrategia de Seguridad Nacional, incluyendo la contemplación de elementos de contraataque, un aumento del gasto militar por encima del 2 % del PIB y el fortalecimiento de sus alianzas con Australia, India y Estados Unidos a través del QUAD (Ministry of Foreign Affairs of Japan (MOFA), 2022). No obstante, el sentido de la alianza con China y Corea del Sur no responde a una lógica militarista, aunque ello no descarta la inclusión de una dimensión político-militar paralela o integrada en el futuro.

Si bien las principales razones son económicas y de seguridad, la crisis demográfica que enfrenta Japón podría condicionar su futuro como potencia (World Economic Forum (WEF), 2023). Su población cada vez más envejecida representa un obstáculo considerable para mantener los antiguos niveles de productividad y ejerce una presión constante sobre el mercado interno. Una alianza trilateral podría abrir espacios de diálogo con estos países, que, al igual que Japón, enfrentan una crisis demográfica en distintas escalas. Abordar conjuntamente este problema como un desafío regional, y no solo nacional, podría impulsar una colaboración efectiva para responder a dicha realidad.

Por último, es importante destacar que el interés en una articulación de esta magnitud busca consolidar el liderazgo regional de Japón. Aunque Tokio aparente que ese rol está alejado de cualquier carácter hegemónico, si las circunstancias lo exigen, podría terminar asumiéndolo plenamente. Más que proyectar una postura agresiva, Japón buscará aprovechar la alianza para posicionarse como un mediador entre las visiones contradictorias de China y Estados Unidos. Al mismo tiempo, buscaría cimentar una arquitectura regional autónoma, alineada tanto con los intereses particulares de los países que la componen como con los propios.



El presidente de la República de Corea, Lee Jae-Myung, en su primera conferencia de prensa como presidente en 2025 (crédito: Oficina del Presidente de la República de Corea).

Corea del Sur y la autonomía estratégica

La perspectiva de Corea del Sur en torno a un posible bloque estratégico trilateral responde a motivaciones distintas a las de Japón, en particular por su realidad histórica, ubicación geográfica y relaciones diplomáticas actuales. El dilema entre China y Estados Unidos ha situado al país peninsular bajo un principio básico, en el que, según el presidente Lee Jae-Myung, la región debe resolver sus propios asuntos (Lee, 2025). Esta postura reconoce el imperativo geopolítico de mantener el equilibrio regional y evitar un escenario que amenace la supervivencia de Corea

del Sur. En esta lógica, la cooperación con Japón y China no tiene el propósito de afectar sus vínculos bilaterales ni con Washington ni con Pekín. La clave estará en cómo Seúl logre construir una confianza regional entre sus vecinos, mientras mantiene un balance con sus aliados, algo que requerirá de una estricta disciplina diplomática y un alto grado de comunicación, dadas las preocupaciones en Tokio (Tanaka, 2025).

A nivel geopolítico, el mecanismo trilateral podría funcionar para Corea del Sur como una vía para contrarrestar la hostilidad de Corea del Norte, especialmente en lo relativo a su programa nuclear. Por lo cual, una relación estrecha con China y Japón resulta crucial. En una conferencia de marzo de 2025, el ministro surcoreano de Relaciones Exteriores, Cho Tae-yul, hizo especial énfasis en los aspectos de seguridad, destacando la importancia de apoyar las sanciones propuestas por Naciones Unidas en dicha materia; además, abogó por un papel más activo por parte de China para frenar la cooperación entre Rusia y Corea del Norte (The Korean Herald, 2025). Dado que este último punto es una preocupación compartida con Japón, Surcorea no dejará de ver en la alianza un beneficio que le permita garantizar su seguridad regional sin depender por completo de Estados Unidos. En cierta forma, el bloque no atentaría contra los intereses de Washington, ya que Pekín no está en buenos términos con Pionyang, debido a la estrecha cooperación militar y económica con Moscú, por lo que existe un interés común (Herczegh, 2024).

En el plano económico, la diversificación de socios y la búsqueda de resiliencia ante shocks comerciales figuran entre los principales incentivos de Corea del Sur, al considerar que su desarrollo aún depende de un modelo basado en las exportaciones. Incluso una eventual transformación en el modelo socioeconómico orientado hacia el mercado interno, implicaría una dependencia de mano de obra más asequible que la disponible en el país, algo que podría conseguir en China. En este contexto, la propuesta de un tratado de libre comercio trilateral sigue siendo atractiva para los tres países, no solo como respuesta a eventuales políticas proteccionistas por parte de Donald Trump, sino también como un medio para asegurar estabilidad comercial y reducir la dependencia del mercado estadounidense, conforme se consolidan cadenas de producción y venta entre los tres gigantes asiáticos.

Ahora bien, mientras Japón se postula en esta alianza como el proveedor de tecnología, Corea del Sur se configura como el centro de operaciones tecnológico de la región, comprometiéndose a impulsar una cooperación más estrecha en ciencia y tecnología entre los tres países. La posibilidad de institucionalizar las estructuras tecnológicas compartidas facilitaría tanto el intercambio de avances como la regulación de elementos clave en aquellos sectores que comparten.

Al igual que en Japón, la cuestión demográfica representa un gran desafío para el gobierno surcoreano. La baja natalidad y el envejecimiento poblacional son condiciones presentes en una realidad norasiática que los países no han logrado abordar de forma efectiva, pese a las diversas políticas



El puerto de Tianjin, anteriormente conocido como puerto de Tanggu, es el más grande del norte de China y la principal puerta de entrada marítima a Pekín (crédito: Banco Asiático de Desarrollo/Flickr).

implementadas. Aunque este no es el principal motivo para consolidar la alianza, la identificación de problemáticas en común —y sus respectivos efectos colaterales en el ámbito económico y político—, podría abrir paso al diseño de políticas públicas desde una perspectiva regional.

Otro elemento que Corea del Sur podría aprovechar a su favor es la posibilidad de consolidarse como un Estado pivote, con una estructura de seguridad y defensa no solo más sólida, sino también más estratégica dentro de la región y del equilibrio de poder. Dicho papel cumpliría, precisamente, con su imperativo geopolítico de preservar el equilibrio regional. Algunos indicios de esto se pueden observar tanto su participación en el QUAD Plus —que vincula países como Estados Unidos, India, Japón y Australia—, como en su temprano respaldo a la visión del Indo-Pacífico, colaborando en las reuniones de ministros de exteriores de la OTAN (Li, 2021). Todo ello le permite avanzar hacia iniciativas de seguridad colectiva y crear más canales de comunicación y colaboración esenciales para la paz y el equilibrio regional.

Sin embargo, a nivel interno se presentan tensiones respecto a la estrategia adoptada. Por un lado, existen sectores que favorecen una mayor proximidad con China, mientras que otros promueven un aumento de la dependencia hacia Estados Unidos. Al final, el pragmatismo

ha predominado en la diplomacia surcoreana, optando por mantener una postura equidistante entre ambas potencias. Aunque esta estrategia ha sido eficiente, Seúl se ha visto obligada a manejar con cautela una narrativa política de neutralidad inteligente, tal como lo refleja la visión de Cho Tae-yul, quien no interpreta estas relaciones como un juego de suma-cero.

Un aprovechamiento eficaz de esta alianza podría conducir a Corea del Sur hacia la consolidación de una soberanía estratégica, en la que su papel regional se eleve al nivel que ya ostentan China y Japón, permitiéndole contribuir de forma igualitaria a sus contrapartes. Un equilibrio de política multinivel, tal como se configura en el acuerdo, tiene el potencial de fortalecer su economía tecnológica y abrirle camino a una proyección de liderazgo alejada de la sombra de los dos gigantes².

China y el adiós al aislamiento

La República Popular China ha sido explícita respecto al modelo estratégico de integración que pretende construir junto a Corea del Sur y Japón, mostrando una actitud reacia al aislamiento promovido por alianzas como AUKUS o el QUAD, ambas encabezadas por Estados Unidos. Para el ministro chino de relaciones exteriores,

Wang Yi, la cooperación regional entre estas tres naciones debe convertirse en el principal contrapeso frente a las presiones de Washington, priorizando los intereses regionales sobre los de actores externos. No obstante, la política china sigue rigiéndose bajo los principios de la diplomacia institucionalizada y manteniéndose al margen de la coerción militar, una actitud que se vería reforzada conforme avancen los acercamientos con Seúl y Tokio. Nuevamente, el componente económico desempeña un rol central para el gigante asiático, que busca consolidar a la Asociación Económica Integral Regional (RCEP) como la columna vertebral de su estrategia de integración regional y, a su vez, como base para el establecimiento de un Tratado de Libre Comercio trilateral.

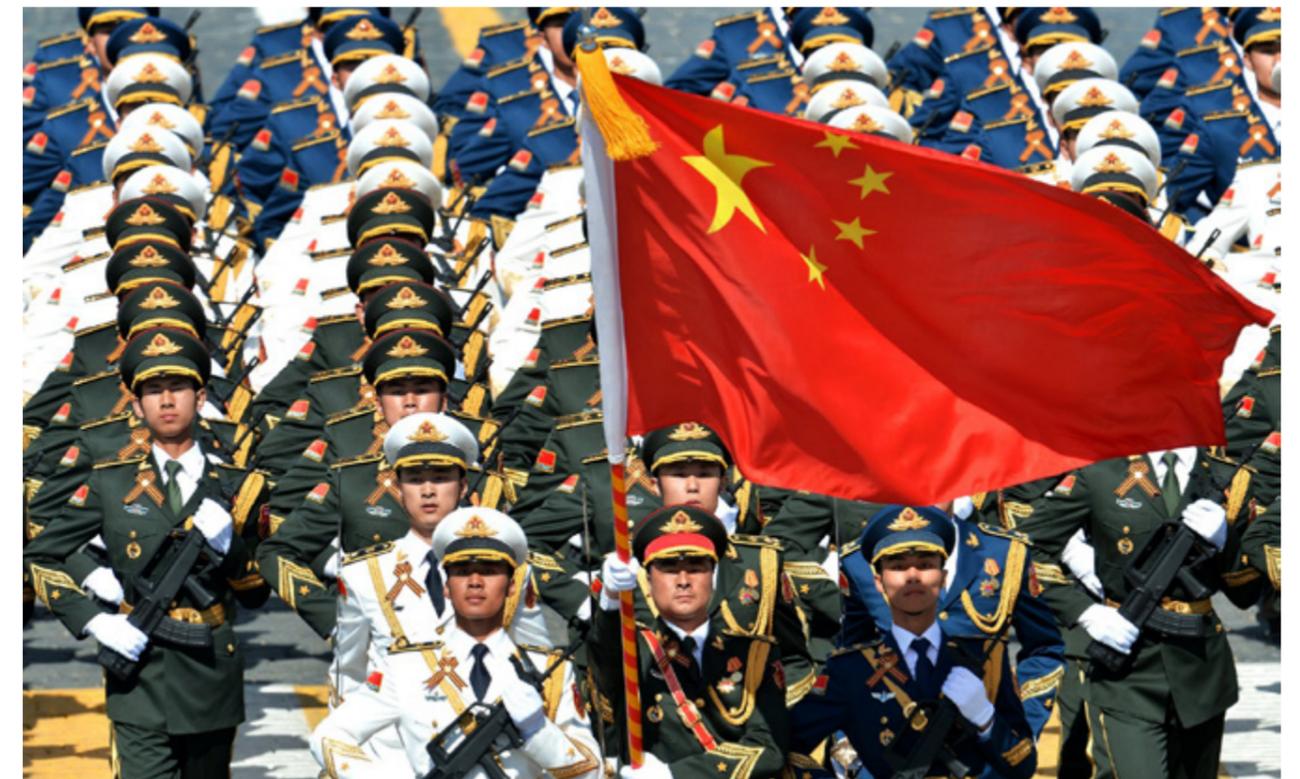
Asimismo, el poder blando constituye otro eje fundamental en la estrategia de China para avanzar en la consolidación de una alianza. Un ejemplo concreto es la iniciativa de establecer el periodo entre 2025 y 2026 como el Año del Intercambio Cultural Trilateral, cuyo objetivo es intensificar la movilidad de personas entre las tres naciones para 2030 (Trilateral Cooperation Secretariat, 2025). Paralelamente, se ha planteado la creación de centros comunes de investigación enfocados en problemáticas compartidas —especialmente en materia demográfica—, que pretenden fomentar una convivencia armoniosa, en la que el poder blando actúe como instrumento para suavizar los contactos y construir la confianza mutua.

No puede pasarse por alto el impacto de las tensiones bilaterales con Estados Unidos, las cuales se intensificaron a raíz de las políticas comerciales implementadas durante

la administración de Donald Trump. Este escenario ofreció a China una oportunidad para presentarse ante Corea del Sur y Japón como una alternativa más viable frente a la agenda trilateral que ambos mantienen con Washington. Al proyectarse como defensora del libre comercio, Pekín buscó promover su imagen en la región, respetando los acuerdos vigentes con sus vecinos, mientras respondía a las imposiciones comerciales de Estados Unidos.

Para China —y para Asia, en general— la institucionalidad resulta indispensable, especialmente por su papel central en los mecanismos financieros, a través de los cuales busca demostrar resiliencia económica frente a acciones externas. La institucionalidad con Corea del Sur y Japón será un pilar en la conformación del posible bloque, en contraste con su aparente ausencia en los conflictos con Taiwán, Rusia y Corea del Norte.

Por último, China tiene el objetivo de mitigar las presiones de Washington a través de un mayor acercamiento con Japón y Corea del Sur. Como advierte Friedman (2025), “el emergente ente entre Rusia y Estados Unidos [resultado del impacto negativo de la guerra de Ucrania en el poder ruso] deja a China en una posición aislada en un momento en que su economía está dramáticamente debilitada”. Ante esta posibilidad, Pekín necesita buscar alternativas o vías diplomáticas con las cuales salir de un posible aislamiento extremo, en especial si llegara a concretarse un acuerdo entre Moscú y Washington, escenario cada vez más probable debido al desarrollo de la guerra en Ucrania y a los desafíos geopolíticos internos que enfrenta Rusia, particularmente en Siberia y el extremo oriente del país.



Soldados del Ejército Popular de Liberación de China durante un desfile militar para conmemorar el 70° Aniversario de la Victoria en la Gran Guerra Patria, transcurrida entre 1941 y 1945 (Crédito: Oficina de Prensa e Información Presidencial).

²Especialmente debido a los cambios que la península podría experimentar durante la próxima década, abordados en nuestro artículo complementario de la presente edición trimestral.

De momento, China tendrá que lidiar con una posible transición de poder debido al deterioro económico interno, principalmente en sectores clave con activos netos endeblados. Conforme la situación económica empeore, el país se verá obligado a moderar tanto su discurso como sus ejercicios militares en torno a Taiwán. De acuerdo con Friedman, “la retórica hostil [hacia EE. UU.], sumada al decrecimiento económico pos-COVID-19, ha llevado a una disminución de los niveles de inversión estadounidense en China, así como a la fuga de capitales, lo que provocó crisis en la banca y la vital industria inmobiliaria” (2025).

Esta será una realidad difícil de asimilar, en particular para Xi Jinping y el Partido Comunista de China, confrontados por un bando tecnocrático —o pragmático— que promueve la reconciliación mediante la armonización de la política exterior con las necesidades económicas del país. Para que el acercamiento con Japón y Corea del Sur tenga éxito, será imprescindible dejar atrás la contradicción actual entre las prioridades económicas y los objetivos políticos del régimen. En todo caso, el acercamiento y las pláticas para conformar un bloque que derive eventualmente en una alianza comercial evidencian la situación de vulnerabilidad en la que se encuentra el gobierno chino, que necesita atraer capital y evitar un aislamiento geopolítico. La cooperación con Seúl y Tokio podría ofrecer una salida a ambos desafíos.

Límites del bloque

Aunque en las recientes cumbres del bloque —celebradas en mayo de 2024, en Seúl, y en marzo de 2025, en Tokio— se percibió un impulso positivo, no se puede ignorar la existencia de importantes desafíos que dificultan su consolidación. Entre estos, destacan los obstáculos de índole cultural y, sobre todo, histórica, que han definido, en gran medida, las relaciones entre los países involucrados. Controversias como la falta de reconocimiento por parte de Japón de las violaciones cometidas en épocas pasadas han provocado crisis diplomáticas entre el país del sol naciente y sus vecinos. Sin una disculpa oficial, la construcción de una confianza recíproca resulta difícil y, en consecuencia, el proceso de reconciliación se vuelve cada vez más distante. Pese a ello, todo indica que Tokio no está dispuesto a reconfigurar estos vínculos más allá de lo ya establecido, una postura que se refleja en la persistencia de discursos escolares que sugieren que el país no busca asumir —o incluso parece ocultar— su historia.

A nivel interno, las sociedades de estos países muestran un aparente rechazo mutuo. Por ejemplo, japoneses y surcoreanos tienden a percibirse como naciones rivales, lo que obstaculiza la creación de agendas políticas respaldadas por el apoyo ciudadano. El secretario general del Trilateral Cooperation Secretariat, Lee Hee-sup, recalcó que la desconfianza a partir de las propias identidades nacionales son barreras que han complicado las relaciones diplomáticas (Trilateral Cooperation Secretariat, 2024). Por otro lado, las tensiones geopolíticas representan un obstáculo aún mayor para que el bloque trinacional alcance su potencial estratégico. Como ya se ha mencionado, mientras Corea del Sur y Japón se alinean con la fuerza militar estadounidense, China percibe estas alianzas como

una amenaza, lo que alimenta la desconfianza mutua y provoca fricciones dentro de su sistema político. Desde la perspectiva de Pekín, la cooperación entre ambos países asiáticos y Estados Unidos no responde a un interés por incluir a China, sino que busca contenerla, lo cual dificulta cualquier intento de colaboración.

A lo anterior hay que agregar que los conflictos que circunscriben el contexto de la alianza trilateral —a saber, las disputas en el Mar de China, Taiwán y la península de Corea—, generan un escenario en el que la cooperación entre los tres países resulta difícil. Esto se debe tanto a la falta de una posición común frente a esas problemáticas como a los distintos niveles de involucramiento de cada nación. Las amenazas nucleares protagonizadas por Corea del Norte han exigido coordinación entre las partes; sin embargo, las diferencias en los enfoques nacionales han impedido una organización adecuada, así como el establecimiento de posturas trilaterales uniformes, incluso ante una amenaza estratégica compartida como la que representa el programa nuclear norcoreano.

En el ámbito tecnológico y económico, la competencia entre Japón, Corea del Sur y China continúa siendo intensa, ya que los tres se consideran los principales rivales de cada uno en el mercado internacional. A esto se suma la disyuntiva a la que, en ocasiones, se enfrentan Tokio y Seúl: optar por una cooperación más activa con China o alinearse con las cadenas de suministro lideradas por Estados Unidos. Asimismo, la persistente desconfianza entre estos países en áreas como la ciberseguridad o las exportaciones entre pares añade un nivel de complejidad, pues implica intercambiar información importante. Un ejemplo de ello es el Early Warning System que, si bien es relevante para las cadenas de suministro trilaterales, carece de un mecanismo sólido que garantice la confianza entre las partes.

Finalmente, los factores institucionales cumplen un papel clave en la efectividad del bloque. Aunque la Secretaría Trilateral fue creada en 2011, su rol ha sido limitado y carece de poder vinculante. Su orientación hacia la coordinación cultural y técnica ha dejado de lado, en muchas ocasiones, la capacidad de resolver tensiones geopolíticas o de avanzar en protocolos comerciales. En este sentido, mientras la estructura hasta ahora establecida continúe con las reuniones, es de esperarse que no se produzcan cambios en los mecanismos de toma de decisiones sobre los asuntos geopolíticos de cada país.

¿Es tiempo para una alianza contra EE. UU.?

La alianza trilateral entre China, Japón y Corea del Sur ha sido ampliamente interpretada como un ejemplo más de una coalición antiestadounidense que, al igual que los BRICS, busca contrarrestar el poderío de la hegemonía del mundo. Algunos medios de comunicación e incluso think tanks —grupos de reflexión— dedicados al análisis de las relaciones entre Asia y Estados Unidos han destacado el resurgimiento de esta fuerza tripartita, aunque con un enfoque centrado en el contexto generado por la imposición de tarifas aduaneras por parte de Donald



El secretario general del Partido Comunista de China, Xi Jinping, se reunió con el presidente ruso, Vladimir Putin, en la XIV Cumbre BRICS en Kazán, Rusia, en octubre de 2024 (crédito: Servicio de Prensa del Jefe de Tartaristán).

Trump a estos países, dejando de lado el estudio del proceso evolutivo de la alianza desde su inicio en 2011. Sin embargo, un análisis detallado de su evolución permite comprender que el propósito no es configurar un bloque contrario a Washington, sino transicionar a un regionalismo que incluso pueda alinearse con la propia estrategia estadounidense, en el cual los actores locales asuman un mayor grado de responsabilidad.

Al considerar las particularidades de la alianza y los logros en materia de cooperación, no se vislumbra una estructura sólida que manifieste una rivalidad contra Estados Unidos. Por el contrario, funge más como una red de colaboración que atiende las necesidades y preocupaciones específicas de la región, sin posicionar a China como un adversario directo frente a la influencia de Washington. A pesar de que existen alianzas lideradas por EE. UU. —como AUKUS o el Quad— que permiten el intercambio de información relativa a temas militares entre sus miembros, esta dinámica no se aplica al caso de Japón, China y Corea del Sur. Un análisis de Reuters señala que las economías asiáticas buscan diversificarse como medida preventiva ante eventuales políticas proteccionistas, pero sin la intención de conformar una fuerza destinada a contrarrestar, en algún punto, el poder estadounidense (Bansal, 2025). En otras palabras, el objetivo de un hipotético bloque trilateral sería de carácter económico, no estratégico-militar.

Una visión alternativa al enfoque del proteccionismo implacable del presidente Donald Trump es interpretar sus acciones como un intento de reducir de forma progresiva la presencia de Estados Unidos a nivel mundial, instando a sus aliados a asumir un papel más activo en la

gestión de las problemáticas regionales. El Washington Post ha denominado esta estrategia de Trump como un reverse Kissinger, en alusión a su búsqueda de consolidar un orden global basado en un orden multipolar, sostenido en acuerdos de dos o más países y más allá que el establecimiento de una sola hegemonía (Ignatius, 2025).

Los gobiernos de los países asiáticos han manifestado su intención de centrarse en el fortalecimiento de redes de cooperación, evitando discursos que promuevan abiertamente la creación de escudos multilaterales que involucren o vayan en contra del poder estadounidense. En consecuencia, esta alianza no debería interpretarse como un desafío a Estados Unidos, sino como una estrategia complementaria, de la cual estos países han obtenido importantes beneficios al priorizar las condiciones regionales y colaborar con actores de la propia zona, reduciendo, además, la presión sobre Washington de mantener una presencia constante en todas las regiones del mundo.

Tampoco deben pasarse por alto los avances hacia una mayor autosuficiencia regional, impulsados tanto por las acciones de Trump como por las de los países asiáticos. Un ejemplo de ello es el incremento del presupuesto de defensa por parte de Japón, que busca lograr autonomía estratégica; Corea del Sur, por su parte, ha comenzado a hacer lo mismo. Al compartir ciertos objetivos, estas medidas facilitan el establecimiento de redes regionales que permitirían alejarse de la dependencia estadounidense —no obstante, como se ha observado, no son lo suficientemente vinculantes o serias como para consolidar una alianza sólida—.



Oficiales de las Fuerzas de Defensa Terrestres de Japón durante una ceremonia castrense (crédito: Minoru Tanaka vía Flickr).

Conclusiones

Aunque va más allá de una serie de acuerdos pragmáticos en materia de comercio, salud o cultura, la alianza entre Japón, Corea del Sur y China no ha conseguido, en esencia, provocar un reajuste geoestratégico ni en Asia ni a nivel global. Cabe reconocer que se han logrado avances en la mejora de las capacidades de colaboración entre los tres países, sin embargo, estos no deben interpretarse como el inicio de consolidación de un bloque antihegemónico estadounidense, sino como parte de un proceso de regionalismo en respuesta a un mundo que está direccionando su camino hacia un nuevo orden global caracterizado por la multipolaridad.

Los motivos que, al mismo tiempo, impulsan y dificultan la convergencia entre los tres países son variados y reflejan las circunstancias particulares de cada uno, si bien coinciden en ciertos puntos. Japón enfrenta una crisis demográfica y presiones por la expansión del mercado; Corea del Sur busca incrementar su autonomía y diversificar sus lazos económicos; mientras que China se enfoca en ganar confianza a nivel regional y reforzar su apuesta por la diplomacia económica, con el objetivo de evitar un posible aislamiento diplomático en el futuro. En cualquier caso, la cooperación trilateral, ya formalmente establecida, podría resultar muy beneficiosa tanto para cada país como para la región en su conjunto y —por extensión— para la transformación que comienza a manifestarse en el entorno global.

A primera vista, podría pensarse que cualquier autonomía regional supone un desafío a la influencia estadounidense, sin embargo, tanto la lógica del Estado norteamericano como la de Asia oriental interpretan esta alianza como una solución, más que como una amenaza. A medida que más actores regionales comienzan a asumir mayores responsabilidades en términos de seguridad, se reduce su dependencia de Washington, lo que alivia la carga del hegemon, permitiéndole atender otros aspectos de su política exterior.

En un escenario donde el hegemon va perdiendo presencia y consistencia, la construcción de bloques regionales

parece ser la solución pragmática a las nuevas necesidades sin hacerlos depender de la potencia dominante. Con límites y contradicciones, un regionalismo que no represente una oposición frontal a Estados Unidos puede ayudar a la creación de agendas diversas bajo elementos en común. Siguiendo esta lógica, ya no solo se hablaría de Asia, sino de todas aquellas regiones que busquen una arquitectura internacional descentralizada, resiliente y cooperativa.

Para finalizar, hay que reconocer dos hechos de estos sucesos diplomáticos. Por un lado, muestran el reconocimiento de que los países deben reaccionar y buscar su lugar en el nuevo orden mundial. Por otro, ponen de manifiesto la existencia de temores ante los graves riesgos que el nuevo Sistema Internacional podría acarrear. El fin de Rusia como superpotencia —que ha estado en decadencia durante las últimas tres décadas— implica un duro golpe a la estabilidad de varios regímenes de la Guerra Fría y, por ende, a la de varias regiones, entre ellas, la península de Corea. Ciertamente, estos sucesos diplomáticos deberían ser vistos como algo positivo, dado que marcan un distanciamiento del secretismo, la desconfianza o de la carencia de algún marco diplomático, como en el siglo XIX (Jager, 2023). Pero aún así, será necesario que estas potencias actúen con cautela al implementar sus respectivos reajustes.

Si los imperativos o necesidades económicas de las potencias en el este de Asia, al igual que en otras regiones, no se satisfacen por vías diplomáticas, siempre existirán otros medios, ya sean paradiplomáticos, subversivos o militares. Después de todo, pese a las negociaciones y diálogos con Pekín, Japón no ha dejado de escrutar las iniciativas económicas y políticas chinas en todo el Indo-Pacífico, desde Myanmar hasta el mar Meridional de China (Shapiro, 2017) Además, hay que tener en cuenta que el desarrollo militar de Corea del Sur, Japón y China representa una amenaza mutua, cuyo objetivo es contrarrestar a los otros dos países.

Es importante contemplar la forma en que los acontecimientos por venir podrían afectar la postura de un país, como sucedió con Japón. Después de todo, fueron diversas crisis y cambios en las dinámicas en China y Corea las que forzaron a Tokio a actuar de manera prematura durante la primera mitad del siglo XX, temiendo la materialización de los peores escenarios posibles (Jager, 2023; Feis, 1971; Friedman, 2018). De esta forma, lo que escribió Shapiro en 2017 resulta útil para aplicar al actual contexto:

[...] en los próximos años, Estados Unidos comenzará a alcanzar los límites de su poder, y conforme lo haga, adoptará una nueva estrategia que empleará la hábil manipulación de las relaciones, en vez de usar la fuerza bruta. Descubrirá que China y Japón ya no están aislados de la historia mundial, sino moldeando la historia bajo sus propios términos. 🌐



DESCUBRE LA REVOLUCIÓN DE LA MOVILIDAD ELÉCTRICA



PLAZA CONCENTRO, AV. VALLARTA, C.P. 6503, LOCAL F7

WWW.DEVILSSCOOTERS.COM



@devilsscootersmx

Devils Scooters Mx

@devilsscooters

+52 (33) 2543-1618

info@devilsscooters.com

EL ESTADO GEOPOLÍTICO DE LA PENÍNSULA COREANA EN EL SIGLO XXI

UNA INCÓGNITA GEOPOLÍTICA Y
UNA NUEVA ASIA DEL ESTE

ANDRÉS ALEJANDRO ARAUJO BERMÚDEZ

Resumen:

Entre la conquista y la división, la geopolítica de la península coreana parece ser inmutable debido a su historia reciente. Sin embargo, contextos como el de este territorio no son la norma histórica, sino fenómenos geopolíticos temporales. El desarrollo geopolítico de Corea del Norte y Corea del Sur y los cambios actuales que están marcando el inicio de un nuevo orden mundial, apuntan a un cambio sistémico en la península. La posibilidad de que esta experimente un proceso de unificación —o como mínimo, una mayor cooperación entre el norte y el sur— tendrá consecuencias trascendentales en el panorama geopolítico regional, no solo en el noreste asiático, sino en toda Asia Pacífico. El presente artículo hará un análisis histórico y geopolítico de la península coreana, así como del impacto de la reestructuración sistémica global en la región. En conclusión, el estatus de conflicto entre ambas Coreas parece dirigirse hacia una nueva etapa en las relaciones peninsulares, lo que dará paso a la siguiente fase geopolítica en Asia Pacífico.

Palabras clave:

Península coreana, Corea del Sur, Corea del Norte, Asia Pacífico, geopolítica y nuevo orden mundial.

Abstract:

Between conquest and division, the geopolitics of the Korean Peninsula appears to be fixed due to its recent history. Nonetheless, geopolitical contexts such as that of the Korean Peninsula aren't the historical normality but temporary geopolitical phenomena. North Korea's and South Korea's geopolitical development as well as the current changes opening the door for a new world order all point to a systemic change in the peninsula. The possibility that the peninsula experiences a process of unification—or at the very least higher north-south cooperation—will have fundamental consequences for the regional geopolitical landscape, not only in Northeast Asia but in Pacific Asia in general as well. Hence, the present article will analyze the history and geopolitics of the Korean Peninsula, and the global systemic restructuring's impact on the region. In conclusion, the conflictive status between both Koreas appears to be on path for a new period in the peninsular relations, and thus led to a new geopolitical period in Pacific Asia.

Keywords:

Korean Peninsula, South Korea North Korea, Pacific Asia, geopolitics, and new world order.



Ilustración de Código Nexus

En el sistema internacional se tiende a dar por sentado que diversos contextos geopolíticos son una realidad permanente. Esto, en gran parte, se debe a la necesidad humana de querer pensar que su realidad es estática, lo cual permite generar una percepción de seguridad. Después de todo, el cambio provoca incertidumbre y temor a lo desconocido. El pensamiento convencional —o el sentido común— contribuye a consolidar ciertos paradigmas o contextos en la sociedad y, por ende, en los medios y los centros académicos. El problema es que, por regla general, aquello que suele creerse como una realidad inamovible tiende a ser una fase que en algún momento llegará a su fin. Uno de esos casos es el estado geopolítico actual de la península de Corea.

Durante los últimos dos siglos, la península osciló entre ser el satélite de alguna potencia presente en la región —ya sea China, Rusia o Japón— y ser un territorio ocupado. Al final de la Segunda Guerra Mundial, las ofensivas soviéticas en contra de los japoneses en el este de Asia propiciaron la instauración de un régimen comunista en el norte de la península; mientras el fin del conflicto ayudó a Estados Unidos a evitar que el sur fuera conquistado por Moscú. De esa forma, los Estados que surgieron de la Segunda Guerra Mundial solo fueron satélites de las dos superpotencias dominantes: Estados Unidos y la Unión Soviética.

En la actualidad, la compleja y paradójica situación geopolítica coreana sigue vigente debido a su valor geoestratégico y a los intereses de las demás potencias. Sin embargo, con el fin del orden bipolar, han surgido diversas dinámicas que apuntan a una reevaluación del estatus geopolítico de Corea. Mientras que a lo largo del siglo XIX sufrió un notable deterioro y para el siglo XX entró en graves crisis al experimentar las repercusiones del apogeo del regionalismo geopolítico, durante el siglo XXI, la península podría comenzar una etapa más favorable en materia geopolítica. Consecuentemente, la región podría estar encaminada hacia una profunda transformación del contexto en Asia Pacífico.

Tomando como base lo anterior, el presente artículo se divide en cuatro partes: dos dedicadas al análisis y dos a manera de conclusión. La primera busca explicar cómo es que el estatus internacional, es decir, el orden bipolar, impuso la actual división de la península. La segunda desentraña el impacto que podría suponer el fin de dicho orden, dominado por Moscú y Washington, en la geopolítica coreana. En el tercer apartado, a modo de conclusión, el foco estará en las repercusiones que podrían producirse en el entorno regional inmediato ante cualquier cambio en las relaciones entre ambos Estados coreanos, haciendo énfasis en cómo estas transformaciones contribuirán al surgimiento de un nuevo Gran Juego en Asia del Este. Por último, la segunda parte de las conclusiones aborda la forma en que un cambio en el estatus geopolítico coreano afectaría a toda la región continental. En suma, este artículo establece que existen elementos geopolíticos y económicos que contribuirán a un cambio positivo en las relaciones bilaterales de Corea del Norte y Corea del Sur, al tiempo que reconoce los límites y desafíos de cualquier cambio regional.

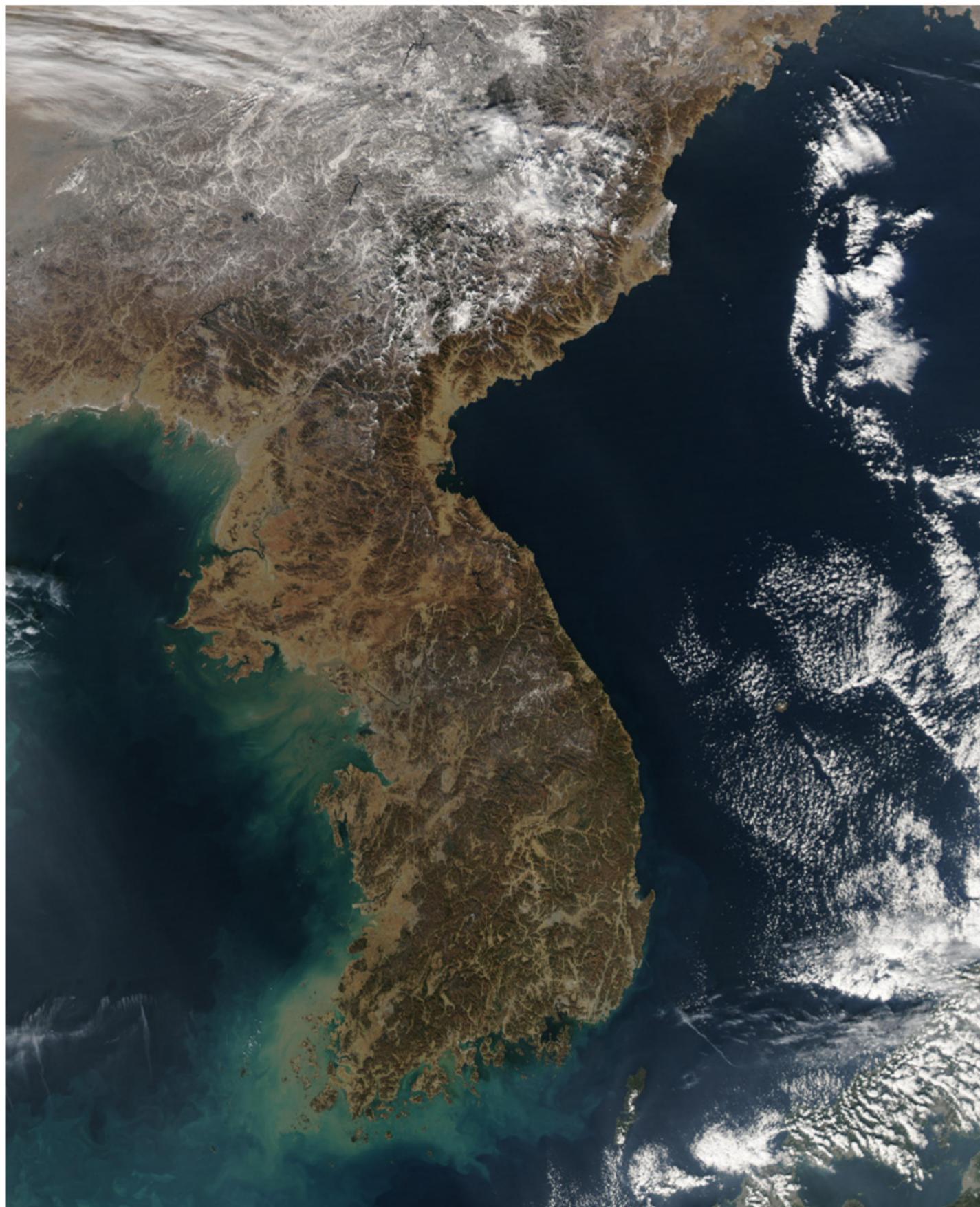


Imagen del espectrorradiómetro de imágenes de resolución moderada (MODIS) en color verdadero, tomada el 4 de enero de 2004 por el satélite Aqua (crédito: Jeff Schmaltz/MODIS Rapid Response Team/NASA/GSFC).

Contexto geopolítico coreano: Entre titanes

Al sur, este y oeste, la península está flanqueada por tres mares: el de China Oriental, el de Japón y el Amarillo. En el norte, se encuentra desconectada del continente por tres cordilleras: la Kangnam, la Rangrim y la Hamgyong, al igual que por los ríos Yalu y Tumen. El territorio coreano se caracteriza por la presencia predominante de montañas, mesetas, llanuras angostas, valles fluviales y planicies costeras al este y oeste. De hecho, la interpretación poética del nombre de Corea¹ puede traducirse como “Tierra de Altas Montañas y Arroyos Centelleantes” (Nemeth, s. f.). Sin embargo, esta geografía se traduce en poca tierra cultivable: según el propio Nemeth, solo alrededor de una quinta parte del territorio coreano es apto para la agricultura. Además, las condiciones geográficas han dificultado la comunicación dentro de la península, y únicamente en ciertos periodos históricos —que podrían interpretarse como ciclos geopolíticos de centralismo— surgió una identidad compartida, especialmente en aspectos lingüísticos y religiosos.

Como consecuencia del contexto geográfico, el valor geopolítico de la península no recae en su riqueza natural, sino en la importancia geoestratégica y las implicaciones militares de esta, en especial las de sus características topográficas (Friedman, 2016).

En términos geopolíticos, Corea está rodeada por titanes: China, Japón, Rusia y Estados Unidos. La península es prácticamente una fortaleza, pero también sirve como plataforma para proyectar poder por parte de cualquiera de estas potencias. A lo largo de la historia, Corea ha sido objeto de conquista por parte de fuerzas políticas provenientes de la masa continental —a saber, China— que buscaron utilizar a la península como base para invadir Japón: los mongoles, por ejemplo, intentaron esto en dos ocasiones (Cartwright, 2019; Adams, 2009; Moon, 2022).

En otras palabras:

“La península coreana representa una amenaza potencial para las tres grandes potencias [China, Japón y Rusia], no por lo que pudiera hacer cualquier gobierno en ella, sino simplemente por su posición geográfica. Por esa razón, ha sido invadida tanto por China como por Japón en diversos momentos a través de la historia, y por la Unión Soviética y Estados Unidos en el siglo XX. La motivación detrás de las invasiones no ha sido capturar la riqueza de Corea, que era mínima, sino el hecho de que el país puede proveer un trampolín o un bloqueo estratégico para grandes potencias.” (Friedman, 2016)

En resumen, cualquier potencia que controle la península puede aprovechar su geografía para convertirla en una fortaleza. Las cordilleras y mesetas dificultan el avance de grandes ejércitos y permiten crear posiciones defensivas aprovechando la topografía, como bien advierte Friedman

¹ El término ‘Corea’ será utilizado como otra forma de referirse a la península de Corea. Para hacer la distinción entre ambas, se usará ‘Corea del Norte’, ‘Norcorea’ y ‘Pionyang’ o ‘Corea del Sur’, ‘Surcorea’ o ‘Seúl’.

(2016): “una fuerza relativamente pequeña que use el terreno accidentado de modo astuto puede contener a una fuerza más grande, retirándose de forma lenta e infligiendo bajas en el atacante”. Durante la Guerra de Corea, la única razón por la que los estadounidenses lograron revertir los logros norcoreanos en la península fue porque rodearon a los comunistas y realizaron una invasión anfibia en Incheon, para luego tomar Seúl y cortar las líneas de suministros norcoreanas (Petraeus & Roberts, 2023/2024).

Ante esta relevancia geopolítica, Jager (2023) sitúa en la década de 1860 el comienzo del primer Gran Juego² entre China, Japón y Rusia por el futuro de Asia del Este, un evento que transformó la región al impulsarla hacia la modernidad, en un momento en que Corea comenzaba a abrirse al mundo. Como respuesta anticipada a las críticas de que el Gran Juego en realidad habría comenzado entre las décadas de 1840 o 1850, cuando Japón y China, respectivamente, iniciaron su apertura al exterior y establecieron mayores vínculos con Europa, Jager (2023) afirma que “la verdadera transformación ocurrió por completo solo cuando Corea emergió de su aislamiento para convertirse en objeto de competencia regional”. Por su parte, en torno a esa misma época, los rusos buscaban una salida al mar para poder proyectar un poder naval similar al de las potencias euroatlánticas —quienes en la década de 1850 le habían negado el control del mar Negro y el estrecho del Bósforo—, por lo que la entrada rusa al escenario del noreste asiático implicó un cambio en el cálculo de Japón y China. Todo lo anterior condujo al colapso del viejo orden confuciano y al inicio de la modernidad, etapa en la que Corea adquirió una nueva relevancia geoestratégica gracias a las implicaciones militares bajo el nuevo panorama tecnológico-militar. Esto demostró que, a pesar de la entrada de nuevas potencias, Corea desempeñaba de forma constante el mismo rol geopolítico.

Morgenthau (2006, citado en Moon, 2022) escribe que

“el destino de la península de Corea por más de 2,000 años estuvo determinado por el equilibrio de poder entre las poderosas potencias que competían ya sea por el dominio de los países hegemónicos que controlaban la península de Corea o por el control de la misma”.

Este contexto geopolítico regional, sumado al hecho de que la península ha desarrollado su propia cultura, convirtió a Corea en una zona fronteriza, en cierta forma parecido al caso de lugares como Ucrania, Bielorrusia y los países Bálticos, que fungen como zona fronteriza entre la Península Europea y Europa continental. Es un territorio que puede ejercer tanto como parte integral de uno de los dos lados o como entidad independiente. Ahora bien,

dos de los imperativos geopolíticos de Corea plantean un dilema: mantener un equilibrio entre potencias o convertirse en potencia tecnológica³ (Friedman, 2018). Ambos buscan mantener la seguridad de la península y, en el mejor de los casos, preservar su independencia y autonomía.

En cuanto al primero, el esfuerzo por mantener el equilibrio entre las distintas potencias ha producido tanto logros como fracasos. El ejemplo más evidente es el de la alianza coreana con la dinastía Ming. Durante el siglo XVI, los coreanos se aliaron con los Ming al actuar como un Estado ‘cliente’ a través del sistema tributario de China. Gracias a este acuerdo estratégico, los coreanos evitaron ser sometidos por los japoneses cuando estos invadieron la península en 1592, al intentar usarla como puerta de entrada para conquistar China (Moon, 2022). No obstante, dicha alianza se volvió un problema en el siguiente siglo, cuando Corea no supo identificar los cambios en el equilibrio de poder en China, que se inclinaban en contra de su aliado estratégico, la dinastía Ming, y a favor de los manchúes. Por consiguiente, los manchúes, quienes establecieron la dinastía Qing, invadieron la península coreana (Moon, 2022; León, 2010).

Por otro lado, el segundo imperativo emergió en el siglo XX, cuando Estados Unidos comenzó a invertir en el país. Sin embargo, en la actualidad también responde al propósito de que Corea pueda defenderse por sí misma frente a cualquier potencia: si es rica y cuenta con una industria tecnológicamente avanzada y poderosa, el país será capaz de crear una fuerza militar con la cual protegerse. Aunque podría parecer que esto entra en conflicto con el primer imperativo, la realidad es que, de manera paradójica, lo refuerza. Corea no puede confiar en que siempre logrará mantener el equilibrio o en que las circunstancias geopolíticas —aquellas fuera de su control— se mantendrán a su favor en el equilibrio de poder regional.

Ahora bien, el desarrollo de Corea como una potencia industrial y tecnológica implica que transformará su papel geopolítico. A pesar de que la esencia de este no cambiará —pues la península continúa guiándose por el imperativo de mantener un equilibrio entre las diversas potencias—, sí representa una modificación significativa en cuanto a su poder en el balance de fuerzas regional, similar al modo en que su apertura en la década de 1860 implicó un cambio en el contexto geopolítico de Asia del Este.

No obstante, la paradoja geopolítica coreana no puede comprenderse sin considerar su desarrollo durante los últimos 200 años, marcado por el regionalismo.



Acuarela original firmada y fechada por Johann Schönberg, titulada “Batalla de Ping Yang: la derrota aplastante del Ejército chino”. En ella se pueden observar oficiales y soldados en un punto de mando cerca de los edificios, con una batalla en el fondo y, a la izquierda, varios soldados huyendo del conflicto (crédito: Anne S. K. Brown Military Collection).

Siglos XIX y XX: regionalismo, guerras y división

Durante el siglo XIX, una serie de condiciones debilitaron a Corea y comprometieron su capacidad para mantener el equilibrio regional. Estas se dividieron en dos esferas: la doméstica y la externa.

En el plano doméstico, la península empezó a atravesar lo que podría describirse como un ciclo geopolítico de regionalismo, marcado por la pérdida gradual de poder económico, influencia política y cohesión social necesarios para preservar su integridad nacional —o imperial—, especialmente frente a presiones externas. En términos económicos y sociales, Corea vivió un período de creciente inestabilidad que limitó su capacidad de adaptación ante las transformaciones regionales. Estos factores se sumaron a otros acontecimientos del escenario externo, como la llegada de los rusos al norte y el debilitamiento progresivo de la dinastía Qing.

Jager (2023) identifica tres problemas que desgastaron internamente a Corea y que coincidían con una tendencia regionalista. El primero fue la pobreza generalizada entre la población, en particular en las zonas fronterizas, donde el contraste con las oportunidades disponibles en territorio ruso impulsó la emigración, lo que constituyó, a su vez, el segundo problema. Esta circunstancia se agravó por la represión a manos de los líderes locales. Un geógrafo imperial ruso señaló que “la ‘pobreza y el rudo despotismo’ de Corea, ‘proximidad a nuestro territorio’ y ‘tierra fértil’ eran suficientes incentivos para que los coreanos dejaran sus hogares [en la zona fronteriza ruso-coreana]” (citado por Jager, 2023). La magnitud de los problemas

internos dio lugar a especulaciones sobre las posibles consecuencias de esta crisis migratoria: de acuerdo con Jager, muchos de los coreanos que se habían asentado en Rusia “habían experimentado extrema opresión a manos de autoridades gubernamentales locales”, por lo que, dadas las circunstancias, no era “disparatado creer que podrían regresar a causar problemas en casa” (2023).

El tercer factor, por su parte, está relacionado con la expansión del catolicismo en Corea. Ante la incapacidad de lidiar con los problemas migratorios y con el objetivo de contrarrestar la influencia rusa, un grupo influyente de católicos coreanos buscó promover un acercamiento entre el reino de Joseon y Francia, dado que, en ese punto, la dinastía Qing se había negado a intervenir en favor de Corea (Jager, 2023). No obstante, la situación social interna terminó por desestabilizarse y los fieles católicos fueron acusados de traición. La brutalidad de las purgas anticatólicas deterioró rápidamente las relaciones con Francia. Como represalia, una guarnición francesa de 600 soldados intentó tomar la isla de Kanghwa, pero fue derrotada por las fuerzas coreanas. Según Jager, esta victoria se convertiría en uno de los peores reveses estratégicos para Corea, en tanto que alimentó un sentimiento de superioridad nacional que, con el tiempo, conduciría a una serie de decisiones erróneas.

Durante ese mismo período, Japón intentó establecer vínculos diplomáticos y comerciales con Corea. Sin embargo, los coreanos no solo rechazaron estas iniciativas, sino también al régimen japonés y su adopción de un modelo de desarrollo occidentalista (Jager, 2023; Michiko, 2011/2021). Esta resistencia, sumada al temor

² Una competencia geopolítica entre grandes potencias por la influencia o dominio de una región geoestratégica, ya sea debido a su riqueza natural o ubicación geográfica.

³ En el caso norcoreano, el objetivo es obtener armamento nuclear y balístico avanzado, mientras que en el surcoreano, es mantenerse como la principal potencia económica y tecnológica-industrial.

japonés de que Rusia aprovechara la dinámica migratoria para anexarse el norte de Corea —y eventualmente toda la península— llevó a Japón a buscar estrategias para tomar el control del territorio y evitar que Moscú obtuviera una ventaja estratégica (Michiko, 2011/2021).

En pocas palabras, la invasión japonesa fue producto de múltiples factores que imposibilitaron la capacidad coreana para sostener el equilibrio en el noreste de Asia, lo que a su vez dejó abierta la puerta a las guerras subsiguientes: primero entre Japón y China, y luego entre los japoneses y los rusos. A nivel interno, elementos sociales y políticos —como la débil posición del rey Daewon-gun y las persecuciones contra los católicos— hicieron evidente el fracaso diplomático de Corea para garantizar el imperativo geopolítico de equilibrio. A nivel externo, se sumó el creciente regionalismo en China, reflejado en la cesión de autoridad de la corte imperial Qing a los gobiernos provinciales, así como en la incapacidad de esta para seguir ejerciendo influencia o intervenir en favor de Corea ante diversas disputas diplomáticas (Jager, 2023; Beja, 2010).

Cabe destacar que la ocupación japonesa siguió una tendencia geopolítica regionalista, ya que dependía de la colaboración de diversas élites locales, fueran estas terratenientes —principalmente del sector agrícola—, políticas —vinculadas a la antigua aristocracia— o económicas —la burguesía emergente durante el colonialismo japonés—, todas las cuales se adaptaron al nuevo orden político y económico impuesto por el dominio nipón (Eckert, 1991/2014; Kim, 2011; León, 2010).

Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial y del colapso del Imperio japonés, Estados Unidos y la Unión Soviética —con el respaldo de la China comunista— se repartieron el territorio coreano, estableciendo un régimen comunista



Una columna de tropas y blindados de la 1.ª División de Marines avanza a través de las líneas comunistas chinas después de la exitosa ruptura del embalse de Chosin en Corea del Norte (Crédito: Corporal Peter McDonald/USMC).

al norte y uno capitalista al sur del paralelo 38, ambos de carácter dictatorial. Poco después de 1945, Corea del Norte invadió el sur con el objetivo de reunificar la península. Armados con tanques, cazas y otros equipamientos suministrados por la Unión Soviética, los norcoreanos estuvieron cerca de ocupar todo el territorio, de no haber sido porque las fuerzas aliadas lograron defender Busan (Petraeus & Roberts, 2023/2024). Una vez más, el conflicto se había desencadenado a causa de la ubicación geoestratégica de la península.

Ante esto, los soviéticos temían que si Estados Unidos recuperaba interés en Corea, pudiera amenazar Vladivostok. A los chinos, por su parte, les preocupaba que la península fuera usada en su contra o que una eventual crisis provocara nuevas presiones migratorias. Del lado contrario, la guerra también ponía en riesgo los intereses estadounidenses: por una parte, generaba presión sobre Japón —un activo estratégico para Washington, pues bloqueaba el acceso soviético al Pacífico—; por otra, existía el temor de que una “base naval soviética en Busan, Corea, pudiera presentarse tanto como una amenaza ofensiva [dando a los soviéticos acceso al Pacífico] como una solución defensiva. Una vez más, lo importante era la geografía coreana”, en palabras de Friedman (2016).

Existen dos elementos cruciales para comprender la situación de Corea durante la guerra. Uno fue que, como apuntan Petraeus & Roberts (2023/2024), el general Douglas MacArthur intentó conquistar toda la península y unificarla bajo el mando del dictador Syngman Rhee. Esta iniciativa estaba condenada al fracaso por dos motivos: el primero, que MacArthur no reconocía la amenaza que eso representaría para la Unión Soviética —que buscaba proteger Vladivostok— o para la República Popular China; el segundo, que el regionalismo geopolítico coreano no permitiría dicha centralización del poder. Los japoneses, al asegurar su dominio sobre la península, cooptaron a diversos grupos de poder locales, pero no centralizaron de forma efectiva el control ni lo ejercieron bajo un mando propio.

El otro elemento clave para entender el contexto coreano fue la manera en la que los ‘aliados’ de Corea del Norte les retiraron su apoyo cuando la guerra comenzó a amenazar sus propias fronteras y activos estratégicos (Petraeus & Roberts, 2023/2024). Esta decisión causó una desconfianza que persistió incluso después del conflicto, debido a que ni Rusia ni China invirtieron en el desarrollo industrial del país.

“[Los] rusos y los chinos, aunque estaban divididos durante la segunda parte de la Guerra Fría, crearon juntos una paradoja en Corea del Norte. Buscaron retener un régimen que bloqueara cualquier aventura americana hacia el norte y pusiera a los surcoreanos y a los americanos a la defensiva. No querían que el régimen cayera y, por consiguiente, creara un vacío de poder que produjera una apertura para los americanos, pero tampoco querían a Corea del Norte lo suficientemente fuerte para amenazarlos a ambos.” (Friedman, 2016)

La paradoja evidenció que ninguno de sus ‘aliados’ tuvo la intención de ayudar a Pionyang a industrializarse, lo que propició el surgimiento de la filosofía estatal norcoreana de independencia aislada: el juche (Albert, 2020). Con el colapso soviético y la liberalización de la República Popular China, este panorama no llegó a su fin, solo se transformó. El régimen no podía emular los modelos comunistas europeos, pero tampoco podía replicar las reformas chinas y esperar sobrevivir (Friedman, 2016).

A diferencia de China y la URSS, en donde los regímenes se deshicieron de los liderazgos personalistas, los norcoreanos crearon una dinastía estatista. Ante el temor de que las reformas implementadas en Rusia y China durante la década de 1980 se replicaran en Norcorea, el régimen apostó por intensificar el aspecto dinástico de su sistema político nacional y adoptó un carácter más opresivo. Esto, aunado al interés sino-ruso de convertir al país en un Estado tapón —y de preservar la península coreana como zona de contención— entre las fuerzas estadounidenses y los territorios o activos estratégicos de Pekín y Moscú, dificultó aún más el desarrollo del país (Friedman, 2016). De forma que el contexto coreano se integró en la dinámica habitual del orden global bipolar.

Asimismo, este escenario estuvo marcado por un proceso político importante: Corea del Norte incrementó su dependencia de Rusia, mostrando, al mismo tiempo, mayor desconfianza hacia China. Durante la Guerra Fría, Moscú y Pionyang mantuvieron una relación estrecha y estratégica. En contraste, Pekín ni siquiera

fue consultada sobre el inicio de la Guerra de Corea; la decisión fue tomada exclusivamente entre Kim Il-sung y Stalin (Bowen, 2024). Las repercusiones de esta diferencia fueron significativas, pues mientras que la Unión Soviética podía obtener una base naval en Busan, China enfrentaba una mayor presencia rusa en su frontera con la península coreana. A partir de la década de 1960, el deterioro de las relaciones bilaterales acentuó este distanciamiento y afectó la interacción trilateral.

De este modo, diversos factores geopolíticos —como el regionalismo coreano y el estatus geopolítico de la península— contribuyeron a configurar la ya mencionada paradoja a la que se refiere Friedman (2016). A partir de dinámicas comunes en contextos regionalistas, la península coreana quedó dividida en la segunda mitad del siglo XX, dando lugar a dos sistemas políticos cuyas prioridades eran la estabilidad y la supervivencia de sus respectivos regímenes: Corea del Norte quedó bajo un complejo sistema comunista de carácter dinástico, mientras que Corea del Sur adoptó un modelo liberal, igualmente complejo, en el que los grupos de poder y los camarillas desempeñaron un papel fundamental. De hecho, el régimen surcoreano solo dio continuidad a la burguesía y a la élite política —ambas con rasgos aristocráticos— que se habían formado durante el periodo colonial japonés (Eckert, 1991/2014). No obstante, ambos Estados han experimentado procesos particulares que contribuyeron a un cambio drástico en la península, cuyo desenlace apunta hacia una reconfiguración geopolítica intensa.



Un misil tipo SS-1 SCUD soviético en un chasis JS, durante el desfile militar del 1 de mayo de 1961, en Moscú, Unión Soviética (Crédito: CIA).

El fin del orden bipolar: Cambio de régimen

El fin del orden bipolar debe analizarse a partir de dos procesos. El primero es el colapso soviético que, si bien no supuso la desaparición de dicho orden, sí provocó una fuerte convulsión en el Sistema Internacional. El segundo corresponde a la caída definitiva de Rusia como gran potencia eurasiática, cuyo inicio podría situarse en 2025.

Colapso soviético, desarrollo contrastante en Corea y el milagro chino

Cuando la Unión Soviética llegó a su fin, el régimen norcoreano no podía contar con que China sostuviera su economía. Como ya se señaló, dicho colapso no supuso un cambio drástico en el Sistema Internacional, ya que, aunque atravesaba una crisis, el orden bipolar seguía vigente. Esto permitió que el régimen norcoreano — heredado de la Guerra Fría— continuara existiendo, al igual que muchos otros en el mundo. Para asegurar su supervivencia, en lugar de implementar reformas al estilo chino o ruso, Pionyang optó por adaptarse mediante una serie de iniciativas que introdujeron ajustes tanto en su sistema político como económico.

Dado que Kim Il-sung murió en 1994, poco después del colapso soviético, la primera fase de adaptación fue encabezada por Kim Jong-il. De acuerdo con Albert (2020), durante su liderazgo, surgieron las primeras olas de élites adineradas conocidas como donju —‘amos o señores del dinero’ en coreano—, mientras que el ejército le sirvió como base para consolidar su poder, empleando un modelo de gobernanza más irregular, ejercido al margen de los canales estatales e institucionales. El eslogan de su retórica política fue “Partido, Ejército, Estado”, en referencia a las fuentes de poder del país (Albert, 2020).

Las modificaciones en el comportamiento económico se orientaron principalmente hacia el mercado negro, lo cual se debió a dos circunstancias: la primera, que el colapso soviético implicó un cambio drástico en la economía mundial; la segunda, que el país necesitaba reformarse de algún modo para evitar el aumento de presiones económicas. En contraste con el ámbito económico, donde ciertos cambios beneficiaron a la dinastía, en el terreno político no solo hubo un retroceso, sino que el carácter totalitario del régimen se intensificó.

Como era de esperarse, al igual que otros regímenes de la Guerra Fría, el gobierno norcoreano empezó a enfrentar problemas económicos y sociales:

“Como resultado [del colapso de la Unión Soviética y la liberalización en China], Corea del Norte fue forzada a fijar su política de intensa hostilidad hacia el sur y a intensificar medidas que ya eran extremas para preservar el régimen, defendiéndolo tanto de fuerzas externas como internas— incluso fuerzas dentro de la familia gobernante.” (Friedman, 2016)

Aunado a los retos internos, el liderazgo debía encontrar la manera de garantizar la supervivencia del régimen, pues su capacidad militar convencional era limitada debido a la escasa industrialización y la falta de innovación tecnológica, lo que impulsó el desarrollo del programa nuclear. Aún así, la continuidad del régimen trajo un alto costo económico, social y militar.

Su carácter político ya lo ha excluido de la economía mundial liderada por Estados Unidos, y China no ha mostrado interés en revertir ese aislamiento. Lo más grave es que las modificaciones económicas asociadas al mercado negro generaron respuestas adversas. Además, varios países impusieron sanciones tanto económicas como financieras por los ataques cibernéticos norcoreanos —cuyo objetivo es la obtención de capital— a diversos bancos, así como por el lavado de dinero y los lazos con organizaciones terroristas (Council on Foreign Relations (CFR), 2022).

En 2006, el impulso de su programa nuclear —junto con el desarrollo de tecnología balística— dio lugar a un endurecimiento significativo de las sanciones, implementadas por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas a través de la Resolución 1718, las cuales se intensificaron con el paso del tiempo. (CFR, 2022). Como puntualiza Friedman (2016), el “costo de este impasse [geopolítico] es la oscuridad de la noche norcoreana —en referencia a la poca visibilidad de luces agrupadas en Corea del Norte—. El costo de mantener el régimen es una dramática carencia de desarrollo económico.”

Desde su llegada al poder en 2011, Kim Jong-un se ha visto obligado a enfrentar el complejo panorama del país. Su respuesta consistió en incrementar la liberalización económica bajo un estricto control gubernamental. El modelo económico impulsado por el nuevo líder ha “pasado de una economía de planificación centralizada a una más basada en el incentivo y que permite mayor autonomía a los niveles de condado y provincia” (Albert, 2020). En cierta medida, la necesidad de preservar el régimen ha llevado a que la economía norcoreana se configure con una marcada estructura aristocrática —presente incluso durante la etapa comunista— y muestre, además, dinámicas de regionalismo.

A pesar de todo, las necesidades políticas siguen contraponiéndose a las económicas. A diferencia de los regímenes de Ucrania, Irak o Libia, el programa nuclear, considerado un activo estratégico para garantizar la supervivencia del régimen, ha dado lugar a intensas sanciones y negociaciones que no logran alcanzar resultados concretos debido a la paradoja norcoreana (CFR, 2022). Mientras tanto, entre las medidas políticas adoptadas por Kim Jong-un, destaca la reconfiguración de los altos niveles del poder político, que devuelve el control al partido y al Estado —en particular al círculo político más cercano a la figura del líder—, por lo que el slogan de la retórica gubernamental cambió a ‘Partido, Estado, Ejército’ (Albert, 2020), invirtiendo el orden anterior al anteponer ‘Estado’ a ‘Ejército’.

Imagen satelital de la península de Corea que muestra el conjunto de luces nocturnas, revelando patrones en la población y el desarrollo urbano (Crédito: NASA).



Sin embargo, el deterioro económico ha sido tal que incluso el propio Kim Jong-un se ha visto obligado a reconocer abiertamente la gravedad de la situación, algo poco habitual en la retórica oficial. El ejemplo más claro de esto fue cuando admitió

“durante una sesión de dos días del 8o Comité Central del PTC [Partido del Trabajo Coreano] en enero del 2024 [...] ‘el estado lamentable’ de la economía norcoreana, y enfatizó que el gobierno era incapaz ‘de proporcionar incluso las necesidades básicas como alimentos básicos, comestibles y bienes de consumo a la población local’ (Lee, 2024).”

Más allá de estos problemas, existe otro dilema crucial para el régimen, el cual representa una amenaza directa a su supervivencia a largo plazo: su propia decadencia. Esta no obedece únicamente a factores económicos internos, sino también a transformaciones en la economía global y al poder económico surcoreano. En cuanto a los desafíos derivados del contexto internacional, destaca el declive de los dos principales aliados del régimen: China y Rusia.

Tras la caída del sistema soviético, la Federación Rusa fue incapaz de industrializarse y optó por sostener su economía mediante la exportación de hidrocarburos, principalmente gas natural y petróleo. La decadencia económica que esto representó fue un golpe severo a las finanzas nacionales, lo que limitó su capacidad de apoyo a Estados aliados, apenas logrando mantener a flote a países como Venezuela, Irán y Corea del Norte. Con todo y eso, el poder militar y político de Moscú generó tensiones en Europa y ejerció influencia en Oriente Próximo, lo cual contribuyó a estabilizar esa región tras las intervenciones estadounidenses y la Primavera Árabe. Ahora bien, actualmente ese mismo poder ruso vuelve a atravesar una profunda crisis.

La economía china, por otro lado, muestra una dinámica histórica distinta. La Guerra Fría impulsó al país al estatus de segunda potencia económica mundial, ya que Estados Unidos, en su afán por contrarrestar a Moscú, invirtió en China para promover su industrialización y enriquecimiento. No obstante, el respaldo chino a Corea del Norte ha sido sumamente limitado —disminuyendo incluso las exportaciones de alimentos durante los últimos años—; aún así, el gigante asiático seguía siendo una fuente clave de capital duro para Pionyang, y uno de los únicos dos canales —junto con Rusia— para el comercio extranjero (Geopolitical Futures Team, 2017; Lee, 2024). En los últimos años, sin embargo, debido a factores cíclicos económicos globales y razones geopolíticas, el crecimiento vertiginoso de China ha comenzado a desacelerarse, marcando el fin de su milagro económico.

El país enfrenta un nivel de endeudamiento excepcionalmente alto, lo que se agrava porque carece, además, de herramientas monetarias —como una moneda con estatus de divisa internacional— o financieras —como activos rentables o líquidos— (Lam & Badia, 2023; Quinn & Wright, 2023). Según un informe de Hale et al. (2025) publicado por el Financial Times, las medidas adoptadas por el gobierno para contener la creciente crisis estructural

del sector inmobiliario no revirtieron la tendencia; por el contrario, la agravaron, lo que ha incrementado la deuda pública, especialmente en las provincias del interior. En otras palabras, las regiones más pobres como Yunnan, Guizhou, Chongqing o Qinghai son las más afectadas por la deuda de los gobiernos locales. De modo que el gobierno norcoreano ya no podrá seguir contando con el limitado apoyo que le ofrece Pekín. De acuerdo con Lee (2024), ya existen señales claras del agotamiento de ese respaldo.

Así como el fin del milagro económico japonés tuvo repercusiones en la economía regional de Asia-Pacífico, el colapso del modelo de crecimiento chino podría acarrear efectos aún más profundos. Aunque este proceso, por sí solo, sería suficiente para desencadenar una grave crisis en Corea del Norte, también debe considerarse el impacto —no necesariamente intencional— de Corea del Sur en los ámbitos comercial y militar.

En un artículo publicado en Carnegie Endowment for International Peace, Lee (2024) analiza varios factores que evidencian el debilitamiento del régimen norcoreano, entre los cuales destacan dos:

- Una decadencia económica extrema —agravada desde el arribo de Kim Jong-un al poder en 2011—.
- El fracaso del adoctrinamiento sociopolítico.

Sobre la decadencia económica, los hallazgos de Lee detallan cómo incluso el sistema estatal, que había logrado sobrevivir a la crisis de la década de 1990, ahora comienza a desmoronarse de forma alarmante, dando lugar a un mercado negro que podría escapar al control absoluto del gobierno. Con todo, lo más relevante es el carácter regionalizado con el que se están manifestando los problemas económicos. Uno de los cambios introducidos por Kim ha sido la delegación de funciones económicas a nivel regional, en particular a los gobiernos locales.

Lee (2024) expone que “si bien corresponde a los gobiernos locales proveer la energía y los materiales para manejar [las nuevas fábricas anunciadas a principios de 2024], simplemente no los tienen y entonces serán responsables por fracasar en implementar los grandiosos planes de Kim”. Esta observación hace evidente que el régimen se encamina a un conflicto con las diversas localidades de su territorio. A medida que la crisis económica se agrave, también lo harán las tensiones entre Kim y las élites, en particular las regionales.

En cuanto al factor del adoctrinamiento, Lee (2024) señala, con base en un informe publicado por el Ministerio de Unificación de Corea del Sur en 2023, que de los 6,300 desertores norcoreanos entrevistados entre 2013 y 2022, el 23 % afirmó haber consumido contenido de entretenimiento surcoreano —como música y cine— mientras aún vivía en Corea del Norte. Esta cifra representa un aumento considerable en comparación con el 8.4 % de desertores anteriores al año 2000 que admitieron lo mismo. Los problemas de adoctrinamiento se han intensificado, como lo demuestra el incremento



Una unidad de artillería rusa —usando una pieza de artillería Tyulpan 2S4 de la era soviética— en medio del intenso fuego en territorio ucraniano, durante el invierno de 2022 (crédito: Ministerio de Defensa de la Federación Rusa).

tanto en las campañas de propaganda del régimen como en las medidas represivas ejercidas por sus instituciones de seguridad. Esta situación es producto de dos circunstancias: el ya mencionado deterioro de Corea del Norte y el fortalecimiento de Corea del Sur.

Surcorea se ha consolidado como una potencia industrial tecnológicamente avanzada con un destacado poder militar convencional y se ha posicionado como la duodécima economía más grande del mundo según su PIB (GPF Team, 2016; Fondo Monetario Internacional, 2025). Este empoderamiento —resultado de su apertura al mundo— permitió el desarrollo de una industria de entretenimiento sumamente exitosa que se ha convertido en una forma efectiva de soft power. El éxito de esta industria —especialmente el K-Pop y los K-dramas— se ha vuelto un pilar de su estrategia de política exterior. En cierto sentido, era previsible que el notable desarrollo económico surcoreano generara una órbita cultural capaz de atravesar, eventualmente, las barreras propagandísticas y de control social norcoreanas. El éxito de Seúl contrasta con el fracaso de Pionyang a partir de la marcada disparidad de poder.

Colapso ruso y reordenamiento internacional

El colapso definitivo de Rusia como gran potencia mundial implica el fin del orden global bipolar. La guerra de Ucrania volvió a evidenciar que la alianza entre Corea del Norte y Rusia es más estrecha que la relación de ambos con China, como lo demuestra el envío de municiones y armamento norcoreano a Moscú, así como la provisión rusa de tecnología militar y alimentos a Pionyang (Lee, 2024; Bowen, 2024). Pero esta cooperación, a su vez, revela una debilidad estructural en el régimen norcoreano, ya que el

colapso de Rusia podría desencadenar una inestabilidad aún más profunda que la provocada por la disolución de la Unión Soviética.

Lo anterior supondría la pérdida de un aliado estratégico para Corea del Norte. Aunque Rusia nunca buscó fortalecer la economía norcoreana, su apoyo seguía siendo clave para que Pionyang pudiera reducir su dependencia de China. El régimen de Bashar al-Ásad, en Siria, fue el primero en caer tras el reajuste asociado al fin del orden bipolar, a pesar de haber sobrevivido a la convulsión originada por el colapso soviético. El régimen norcoreano podría estar cerca de enfrentar un destino similar.

A esto se suma el hecho de que Kim Jong-un ya enfrenta una creciente resistencia dentro del régimen, cuyos desacuerdos parecen girar en torno a las relaciones con Rusia y China. Herczegh (2025) indica que Choe Ryong Hae —presidente del Comité Permanente del parlamento norcoreano y vicepresidente de la Comisión de Asuntos Estatales— se ha perfilado como el principal opositor a Kim. Aunque su desacuerdo no ha sido abierto ni agresivo, sí manifiesta inconformidad con las políticas del líder, lo cual es un hecho trascendental en un sistema como el norcoreano. El núcleo de su descontento radica en la forma en que Kim ha gestionado las relaciones bilaterales con Moscú y Pekín. De hecho, Herczegh añade que:

“La inteligencia surcoreana ha compartido reiteradamente información sobre un grupo de altos funcionarios norcoreanos que se han vuelto cautelosos sobre las recientes acciones de Kim. Ellos, supuestamente, discrepan con su decisión de enviar tropas a Rusia a cambio de apoyo económico y militar que, creen, es menos fiable que lo que China podría ofrecer.” (2025)

En el pasado, el régimen norcoreano sobrevivió porque el contexto así lo favorecía: Japón aún no había iniciado su proceso de rearme; China se limitaba a mantener estable al régimen norcoreano, sin llegar a empoderarlo, al tiempo que tenía una mayor estabilidad interna en comparación con Rusia; Corea del Sur todavía no había desarrollado todo su potencial económico, cultural y militar; Rusia conservaba el control sobre sus regiones —como fue el caso de Siberia— tras aplastar las aspiraciones independentistas chechenas; y, a pesar de sus problemas estructurales, el modelo económico norcoreano aún se sostenía lo suficiente para garantizar la estabilidad del régimen. Además, existía una red de regímenes alineados con el viejo orden bipolar, como Cuba e Irán. En conjunto, estas circunstancias no generaron las presiones necesarias para forzar un cambio de régimen. Pero ahora el panorama ha cambiado por completo y el resultado será diferente.

El colapso del antiguo orden global traerá consigo un reacomodo del poder internacional, marcando el tránsito hacia un sistema cada vez más multipolar. Esta transformación no afectará de forma directa a Estados Unidos, aunque sí dará lugar a un aumento de tensiones y enfrentamientos político-militares en las regiones donde emergen nuevas potencias. Eurasia será el principal campo de competencia geopolítica, desde Europa Oriental, Oriente Próximo y la costa africana del mar Rojo, hasta el noreste y el sudeste asiático. Un ejemplo de esta dinámica es el creciente conflicto entre Israel e Irán (Araujo, 2025b).

La última etapa del viejo orden mundial estuvo definida por el colapso soviético, la revancha rusa, la supervivencia de regímenes heredados de la Guerra Fría y el milagro económico chino. Sin embargo, su conclusión no prolongará las condiciones que permitieron la continuidad del régimen norcoreano: esta nueva fase de inestabilidad será decisiva. La caída del régimen marcará el inicio de una nueva realidad geopolítica en el noreste de Asia.

Impacto en el noreste asiático

Los precedentes geopolíticos surgidos a partir del nuevo panorama tras el colapso ruso son diferentes a los de la década de 1990, pero comparten grandes similitudes con aquellos de finales del siglo XIX que iniciaron el primer Gran Juego en Asia del este.

“[Aunque] Seúl y Pionyang se obsesionan con la amenaza que representan para el otro, a través del tiempo, las amenazas a Corea han provenido de potencias extranjeras [...] históricamente, la península ha representado una amenaza potencial para tres grandes potencias, sin importar las intenciones de su gobierno. En consecuencia, Corea siempre ha sido una pieza clave en cualquier estrategia china o japonesa.” (GPF Team, 2018)

Como ya se explicó, durante el primer Gran Juego —el segundo fue la Guerra Fría—, China colapsó ante las presiones regionalistas y las crisis económicas, mostrándose incapaz de intervenir, ya fuera a favor o en contra de Corea, para preservar el equilibrio de poder. Japón, en pleno ascenso, construía un poderoso ejército imperial y temía que Rusia —o incluso China— aprovecharan las crisis regionales para intervenir en Corea y apoderarse de la península. Rusia,

bloqueada en Europa tras la Guerra de Crimea —1856—, centró su atención en el este con el objetivo de obtener una salida estratégica a las aguas internacionales, a través de Vladivostok y la península coreana. Mientras tanto, Corea se encontraba en medio de intensas crisis internas —tanto sociales como políticas—, lo que deterioró sus relaciones con las potencias regionales e internacionales. Así, China, Japón y Rusia volcaron su atención sobre la península justo cuando el gobierno se encontraba en su punto más vulnerable, incapaz de responder a las múltiples crisis en curso.



Xi Jinping, presidente de la República Popular China, habla en la Oficina de las Naciones Unidas, en Ginebra, el 18 de enero de 2017 (crédito: Jean-Marc Ferré/Naciones Unidas).

Aunque el panorama actual presenta diferencias importantes, se perfila una crisis cuyo epicentro es, nuevamente, la península coreana. En primera instancia, China enfrenta una situación vulnerable debido al lento deterioro de su sector inmobiliario, que constituye uno de los pilares de sus activos netos. El estallido de una crisis económica —comparable en escala a una Gran Depresión— podría desatar una fuerte inestabilidad doméstica, con un gobierno central dividido por disputas entre facciones a causa de las soluciones propuestas, y unas regiones que buscan soluciones propias que se contradicen entre sí, ampliando las fracturas internas (Araujo, 2025a). En tales condiciones, Pekín vería reducida su capacidad para desempeñar un papel activo, especialmente en lo que respecta a Corea.

Por su parte, Rusia atraviesa un proceso de decadencia, y una eventual derrota en la guerra de Ucrania podría desencadenar una profunda crisis. Si la historia rusa sirve de guía, podrían contemplarse dos posibles escenarios.

En el primero, el gobierno central enfrentaría serias dificultades en el Cáucaso —por motivos sociopolíticos— y/o en Siberia —por razones geoeconómicas y sociales—, lo que dejaría vulnerable al Lejano Oriente ruso, el cual, potencialmente, podría gravitar hacia las órbitas geoeconómicas más cercanas: Corea del Sur, Japón o incluso China —pese a los problemas

que esta acarrea—. En tal caso, la inestabilidad contribuiría a un sentimiento de incertidumbre, ya que no habría forma de prever si alguno de los gobiernos en la región actuaría para aprovechar la debilidad rusa⁴. En el segundo escenario, Rusia lograría conservar el control de Moscú y de su territorio en Europa. No obstante, atendiendo a los precedentes históricos, es probable que el Kremlin intente recuperar estatus, poder o incluso su estabilidad al buscar oportunidades en el este. Así ocurrió tras la guerra civil rusa, cuando los soviéticos, ya consolidados, dirigieron su atención hacia oriente para

Kamran concluye su análisis en Geopolitical Futures señalando que, debido a los cambios en el orden mundial —particularmente en la dimensión de seguridad global—, es “claro que dos antiguas potencias militares [Japón y Alemania] recuperarán su poder otra vez” (2025). Además del rearme nipón motivado por el temor a las amenazas que representan Pionyang y Pekín, también deben considerarse los desafíos económicos, comerciales y demográficos que podrían llevar a Japón a asumir un papel más activo en la región, especialmente en países como China, donde la crisis económica daría lugar a un excedente de mano de obra que las industrias japonesas podrían aprovechar.

¿Integración o unificación?

Frente a este panorama, queda por ver cómo reaccionarán ambas partes en la península. Corea del Norte, que nunca logró recuperarse económicamente tras el colapso soviético, se enfrentará a una situación aún más precaria debido a las crisis inminentes en China y Rusia, de forma que el colapso del régimen parece altamente probable en los próximos quince años. Esto abriría la posibilidad a un acercamiento más estrecho entre Seúl y Pionyang. La división actual mantiene a ambas Coreas en una posición de debilidad y vulnerabilidad, mientras que, de unirse, “se convertirían en una de las potencias militares más fuertes en el este de Asia y obtendrían una libertad de acción que no ha sido vista en la península por siglos” (GPF Team, 2018).

Si bien la unificación sigue siendo inviable tanto en términos militares como económicos, cualquier intento unilateral para lograrla por la fuerza provocaría la intervención de una potencia externa, lo cual frustraría las posibilidades de reunificación bajo liderazgo coreano. Asimismo, desde un punto de vista económico, Corea del Sur no está dispuesta a asumir los elevados costos que implicaría una integración comparable a la que enfrentó Alemania Occidental tras su reunificación con Alemania Oriental, ya que ello pondría en riesgo la estabilidad económica que sostiene su poder tecnológico e industrial, pilares de uno de sus imperativos.

Una integración basada en acuerdos que interconecten ambas economías y fuerzas militares mediante algún tipo de pacto de defensa mutua podría resultar más beneficiosa. Es probable que Corea permanezca dentro de su ciclo de regionalismo, lo que daría pie a un proceso de integración lento, con una eventual unificación hacia finales del siglo XXI, lo cual también marcaría el fin de dicho ciclo. Pero incluso si la península lograra salir de él, aún debería actuar con cautela ante las posibles reacciones de Pekín o Tokio.

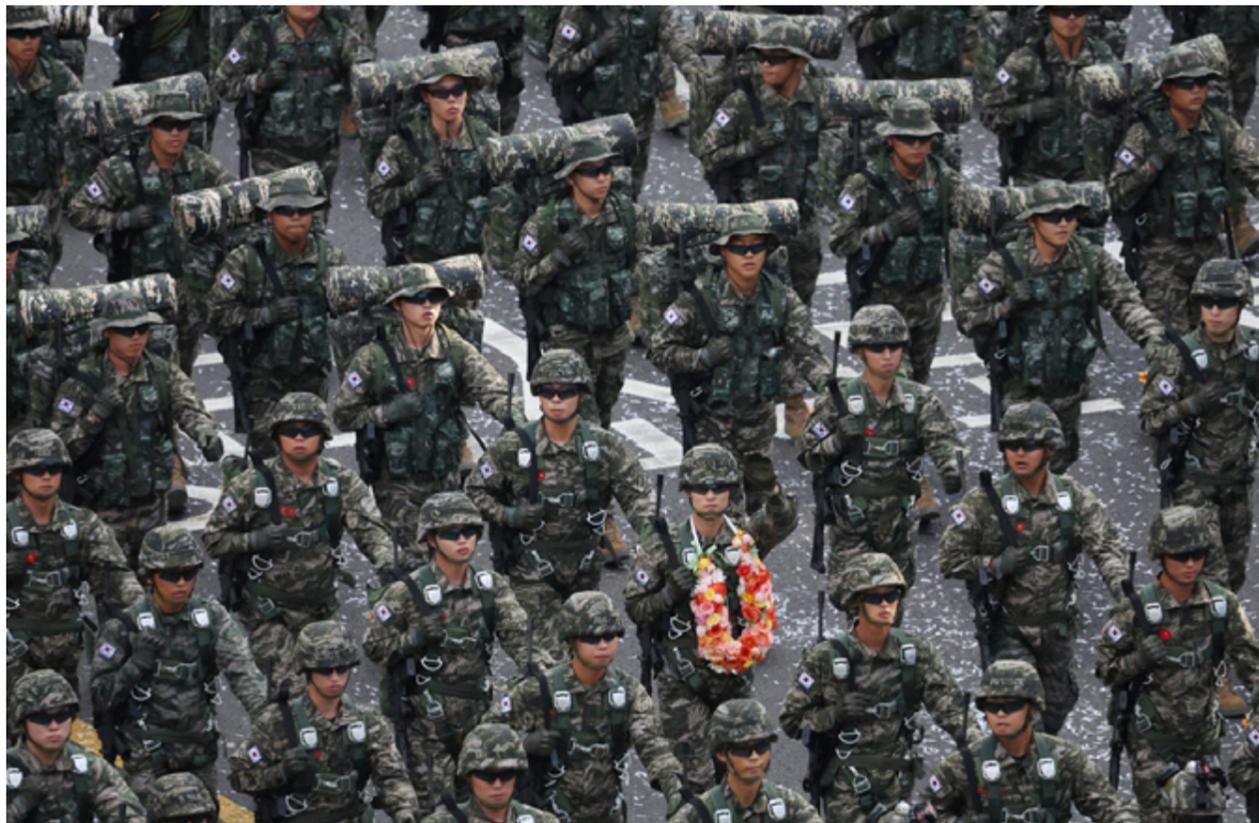
Aunque China no está en condiciones de intervenir debido a su propia crisis interna, un cambio tan repentino y transformador en el estatus geopolítico regional podría forzar una reacción por su parte. Japón, mientras tanto, tampoco vería con buenos ojos una Corea unificada y más fuerte en términos militares y económicos, especialmente si llegara a alinearse con la órbita china (GPF Team, 2017).

retomar antiguos territorios imperiales. De igual modo que cuando, luego del bloqueo de Berlín en la década de 1940, centró su atención en la península coreana, lo que dio pie al inicio de la Guerra de Corea en 1950.

En cuanto a Japón, el caso sería similar. El país se está rearmando —desarrollando capacidades militares ofensivas— y sus imperativos lo forzarán a adoptar una postura más asertiva en materia de defensa, con el fin de garantizar su prosperidad y seguridad nacional. Uno de los cambios más recientes, con gran respaldo popular, ha sido la modificación de su política de defensa para permitir ataques con misiles sobre territorio enemigo en caso de contraataque, un giro drástico para un país como Japón (Kuhn, 2022).

“Estados Unidos está comenzando a retirarse de su papel como el garante de la seguridad mundial —posición que ha tenido por unos 80 años—. Pero a medida que surgen nuevos arreglos multilaterales para ocupar ese lugar, actores clave como Japón y Alemania —países que durante años evitaron la remilitarización— están empezando a tomar decisiones unilaterales para manejar sus respectivas amenazas en el nuevo orden mundial [...]” (Kamran, 2025)

⁴ De hecho, durante el primer Gran Juego, el desconocimiento mutuo sobre las intenciones de los demás entre Rusia, Japón, Corea —entonces el reino de Joseon— y China impulsó la inestabilidad y las guerras por la península.



Miembros de las Fuerzas Armadas de la República de Corea participan en un desfile militar en Seúl (crédito: YONHAP).

Una de las razones por las que Corea ha permanecido dividida es el interés común de todas las potencias involucradas. Además, desde la perspectiva coreana, esa situación se ha perpetuado porque ninguno de los dos países está en posición de siquiera promover una mayor integración peninsular.

Sin embargo, esta dejará de ser la realidad una vez que el viejo orden bipolar desaparezca y el nuevo orden mundial se consolide, lo que generará inestabilidad y forzará cambios de régimen en todo el mundo, incluyendo Corea del Norte. Sin avances tecnológicos significativos y con múltiples estragos económicos, en Pionyang se verán obligados a buscar nuevas alternativas más allá de China y Rusia que, como se explicó, estarán política y económicamente debilitadas. Esto se volverá aún más tangible en ausencia de un régimen norcoreano que priorice su supervivencia. Son numerosos los ejemplos en donde los regímenes que atentaban contra la estabilidad o seguridad nacional y que habían agotado sus recursos fueron sacrificados, como sucedió en México, Irán, China, Siria y Rusia. Bajo las circunstancias que afrontará Corea del Norte, este podría llegar a ser el mismo caso.

En tal situación, Corea del Sur sería el único país realmente capacitado para proveer capital y desarrollo económico mediante inversión. Aunque Tokio y Pekín podrían verse obligados a involucrarse para mantener su presencia e influencia en la península, los surcoreanos serían quienes inspiren mayor confianza al Norte. Por lo tanto, si ambas Coreas buscan promover una integración estratégica, Surcorea se posicionaría como el principal beneficiario del nuevo reacomodo económico en la península.

Efectos en Asia Pacífico: contrapesos y potencias ajenas

Una península coreana más integrada y estable —sin la existencia de un régimen aferrado a su supervivencia— podría dar a Corea del Sur un mayor margen de maniobra para actuar en la región como una potencia económica y militar más sólida, lo que a su vez ofrecería a varios países del sudeste asiático más opciones frente a los proveedores tradicionales de tecnología, capital y armamento, como Japón, China y Estados Unidos.

No obstante, Corea deberá ser consciente de que su integración y consecuente empoderamiento alterarían el equilibrio regional, por lo tanto, tendrá que jugar sus cartas diplomáticas con suma astucia para evitar un desastre similar al del siglo XIX que culminó en la ocupación japonesa de la península. La victoria electoral de Lee Jae-myung en Corea del Sur no parece un buen augurio, y la creciente prioridad de Seúl por entablar negociaciones con Pionyang —a expensas de sus aliados tradicionales— podría señalar el inicio de una estrategia a largo plazo (Tanaka, 2025; Lee, 2025). Esto se volvería aún más relevante si Corea del Sur —o ambas Coreas en conjunto— decidiera incrementar su presencia en Asia Pacífico para expandir su influencia, lo que podría ser interpretado como un desafío por otras potencias. La península coreana estaría adentrándose en un terreno inexplorado desde hace siglos. Más que nunca, el ‘pececillo coreano’ —como los propios coreanos denominan a la península— se encontrará en aguas nuevas, rodeado de ballenas hambrientas (GPF Team, 2018). 🌐



CÓDIGO NEXUS

REVISTA DIGITAL ESPECIALIZADA

¿Quieres colaborar en Código Nexus?

Revisa nuestras bases en
www.codigonexus.com/colaboraciones/

ESCRÍBENOS

informes@codigonexus.com

CAUSAS DE LAS CRISIS EN RUSIA DURANTE LA DÉCADA DE 1990

EL IMPACTO DE UNA CATÁSTROFE GEOPOLÍTICA

ANDRÉS ALEJANDRO ARAUJO BERMÚDEZ



Diseño por Código Nexus (fuentes: Wikimedia Commons/Moscow Times/Canva Pro/Getty Images/Casa Blanca/Gobierno de la Federación Rusa)

Resumen:

Para explicar las diversas crisis ocurridas en la década de 1990 en Rusia, después del colapso de la Unión Soviética, muchos autores se centran en aspectos culturales y sociopolíticos o en los impactos de las políticas económicas dominantes durante dicho período. No obstante, lo que este artículo presentará será un análisis más apegado a un prisma geopolítico y cíclico-sistémico enfocado en la dicotomía entre el regionalismo y el centralismo geopolítico. En conclusión, la serie de crisis que experimentó Rusia durante la década de 1990 tuvo sus raíces en factores geopolíticos, en especial en las afectaciones que se experimentan durante una transición geopolítica de centralismo a regionalismo, y no en las reformas de Gorbachov o las políticas económicas implementadas a partir de 1989.

Palabras clave:

Unión Soviética, 1989, crisis, geopolítica, cíclico-sistémico, regionalismo, centralismo y política económica.

Abstract:

To explain the crises of the 1990s in Russia after the collapse of the Soviet Union, many authors focus on cultural or sociopolitical aspects or on the impacts of the dominant economic policies of the period. Nonetheless, what this article will present is an analysis centered on a geopolitical and cyclical-systemic prism focused on the dichotomy between geopolitical regionalism and centralism. In conclusion, the series of crises that Russia experienced during the 1990s had their roots in geopolitical factors, particularly in the effects experienced during a geopolitical transition from centralism to regionalism, and not in Gorbachov's reforms or the economic policies implemented after 1989.

Keywords:

Soviet Union, 1989, crises, geopolitics, systemic-cyclical, regionalism, centralism, and economic policies.

La serie de crisis que vivió el pueblo ruso en la década de 1990 ha sido explicada, en gran medida, desde un enfoque de política económica internacional o desde un lente teórico ideológico centrado en el liberalismo o las teorías radicales. Todos se centran en aspectos económicos, en las reformas propulsadas por figuras como Gorbachov y Yeltsin, la cultura —antiliberal— rusa o el papel estadounidense. Por ejemplo, autores como Porras (2023) basan su crítica en afirmar que fueron las reformas de Gorbachov y las políticas neoliberales adoptadas por Yeltsin las que provocaron la caída del aparato estatal ruso y generaron un ambiente propicio para el capitalismo mafioso en donde proliferaron los oligarcas, lo que dio paso a una sucesión de crisis en las que se extendió la corrupción.

El proceso mediante el cual se implementaron dichas reformas y políticas económicas neoliberales —del Consenso de Washington— durante el período de Yeltsin es conocido como la doctrina del shock (Porras, 2023), concepto desarrollado en un principio por Milton Friedman —quién lo llamó ‘tratamiento de shock’ económico—, y posteriormente criticado por Klein (2007). Según ambos, la doctrina estipula que el objetivo es crear un desastre social —o aprovechar un desastre de cualquier índole—, para así implementar una serie de reformas neoliberales que den paso al ascenso de un capitalismo de

compadrazgos —crony capitalism— o, como lo describe Klein (2007), a un capitalismo del desastre —*disaster capitalism*—.

La minuciosidad con la que Klein (2007) aborda la doctrina del shock y su aplicación socioeconómica como mecanismo para instaurar el llamado capitalismo del desastre resulta tentadora. Si bien es cierto que, en términos económicos y políticos, el estado exsoviético ruso fue profundamente desmantelado —hecho que reconocen diversos autores, como Thom (2018/2019), aunque bajo un lente analítico distinto—, el problema radica en que tanto Porras (2023) como la propia Thom, tienden a pasar por alto la causa real y la gravedad del impacto que ello tuvo sobre Rusia. A pesar de ofrecer diversos análisis del contexto desde distintos enfoques, estos no logran captar con precisión lo que realmente ocurrió en la década de 1990. En consecuencia, se ha dado prioridad a una interpretación centrada en factores sociopolíticos, culturales y de política económica internacional, dejando de lado la raíz de las problemáticas.

Ante eso, el presente artículo planea explicar la crisis que ha experimentado Rusia desde un prisma geopolítico y cíclico sistémico. De esta forma, se podrá entender mejor cuáles fueron los factores que provocaron la crisis de la última década del siglo XX, algo que inevitablemente influyó en el inicio de la guerra de Ucrania en 2022.



Firma del Protocolo sobre el Establecimiento de la Comunidad de Estados Independientes en diciembre de 1991 (Crédito: Agencia Internacional de Noticias Rusa (RIA Novosti) vía Wikimedia Commons).

Perdiendo el mercado protegido

Dos sucesos históricos influyeron en la configuración del mundo actual: la expansión del islam y la caída de Constantinopla —actual Estambul—, siendo este último el más conocido. A partir de la conquista otomana de Constantinopla en 1453, en la península ibérica surgió la urgencia de buscar rutas comerciales alternativas a la histórica Ruta de la Seda y a la Ruta de las Especias —la versión marítima de la primera—, para así poder deshacerse del yugo otomano. Sin embargo, esa necesidad se intensificó con los yihads —guerras santas islámicas— y las sucesivas expansiones musulmanas contra las que lucharon las Cruzadas. Todavía más relevante fue lo ocurrido en la península ibérica como resultado de ese conflicto suprarregional, de naturaleza tanto religiosa como geopolítica, en el que se enfrentaron el mundo cristiano europeo y el mundo musulmán árabe.

A diferencia de los franceses y los británicos, e incluso de los alemanes, los españoles vivieron la lucha contra el islam en sus propias tierras. El resto de Europa —específicamente la Europa del norte occidental— enviaba expediciones durante las Cruzadas, pero combatía en territorios ajenos a sus culturas y sociedades. Aunque la amenaza era real, nunca se manifestó de la misma manera a través del continente europeo. España vivió la lucha contra el islam en carne propia, por así decirlo, lo que engendró un profundo amor —que se convirtió en gran medida en fanatismo— por el catolicismo cristiano (Friedman, 2015/2016).

Durante el siglo XV, las consecuencias de estos contextos geopolíticos se manifestaron de dos formas. La primera fue que, al contrario que algunos Estados mediterráneos y que los españoles —una vez estos reconquistaron la península—, los franceses, los holandeses y los británicos

formaron lazos comerciales y estratégicos con los otomanos; los venecianos también lo harían, pero en una etapa posterior (Bulut, 2020). La segunda fue que, debido a dicho contexto geopolítico, la Iglesia católica dependió de los Estados ibéricos y favoreció sus intereses.

“Después de mediados del siglo XV [tras la conquista de Constantinopla], los otomanos, como en las palabras de William Harborne, ‘se volvieron temerosos y terribles para todo el mundo.’ Algunos historiadores creen que la conquista otomana de Estambul confrontaba a la Cristiandad, [...] [la consecuente] percepción de la ‘amenaza identitaria’ otomana llevó al Pontificado a emitir una serie de bulas papales. Estas bulas efectivamente ordenaban a los sureuropeos, especialmente los ibéricos, a realizar Cruzadas a través de otra ruta y a expandirse al exterior para establecer vínculos con Pedro Juan, el rey-sacerdote católico, en las ‘Indias’ con quien habían forjado una alianza cristiana y atacaban a los musulmanes desde la retaguardia.” (Bulut, 2020)

Así, fueron los ibéricos quienes crearon los primeros imperios mundiales, ya que los noreuropeos estaban enfocados en aprovechar sus vínculos comerciales con los otomanos, lo que les permitía comercializar en territorios de dominio otomano. De este modo, el contexto geopolítico español se tradujo en la conquista de las Américas, de donde obtuvieron enormes riquezas que luego utilizaron en sus intentos por dominar Europa.

En este punto es donde los indicios del modelo económico mercantilista preindustrial imperial empezaron a ser evidentes. Además, fue a raíz de este empoderamiento español que el resto de los europeos buscaron crear imperios similares. El Reino Unido se consolidó como la potencia más exitosa al dominar el comercio con el subcontinente indio en la Guerra de los Siete Años, hecho que se afianzó al conquistar dicho territorio para mediados del siglo XIX.

Por su parte, otras potencias europeas, como Francia y Rusia, buscaron replicar el éxito británico a partir del siglo XVIII. La primera lo intentó en África y la segunda, en Eurasia. El éxito de Francia fue menor en comparación con el del Imperio británico, aunque sí superó a Rusia, imperio que mantuvo un modelo feudalista hasta la década de 1860. De hecho, Rusia nunca consiguió generar la riqueza alcanzada por el Reino Unido o Francia, ni tampoco la que en su momento lograron España y Portugal.

No fue sino hasta 1945 que Rusia logró conquistar un territorio con el que por fin pudo establecer un mercado protegido —al mismo tiempo que extraía recursos de Eurasia y Siberia—: Europa central y Europa oriental, que incluía territorios soviéticos como Ucrania, y Estados comunistas como Alemania del Este y Polonia. Aunque en un sentido político-económico, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (Unión Soviética o URSS) —es decir, la segunda configuración del Imperio ruso— era un sistema socialista, en materia económico-comercial era un imperio mercantilista.

Schettino (2016/2023) señala que, según los gobiernos latinoamericanos de la posguerra, para evitar caer en una trampa global de “desigualdad que impide el desarrollo [...] [era necesaria] una política explícita que [guiara] el desarrollo”. La relación con la Unión Soviética se evidenció en el hecho de que “la CEPAL primero llamó [a esta política] *planificación* y después, para evitar confusiones con las economías dirigidas de la órbita soviética, *programación*”.

Es decir, de manera similar a la Unión Soviética, los regímenes latinoamericanos del siglo XX adoptaron políticas de desarrollo guiadas por el Estado, aunque con el propósito de crear industrias nacionales sólidas que pudieran competir con las industrias más desarrolladas

de Europa, Japón y Estados Unidos. Schettino (2016/2023) escribe que este “nacionalismo económico y la necesaria intervención del Estado” —mediante la cual el Estado dirige el desarrollo industrial y protege la industria doméstica de la competencia foránea— tiene sus raíces en el mercantilismo.

Este modelo apunta a que el desarrollo económico a nivel internacional es de suma-cero y que la balanza comercial debe ser positiva para así acumular riqueza, lo que explicaría las relaciones económicas de ‘intercambio asimétricas’ que la Unión Soviética tenía con el resto de los Estados capitalistas y comunistas en el mundo, como Etiopía y Mozambique (Anderson-Jaquest, 2002). Una relación que fue criticada por Taylor y Flint (1985/2001) al señalar que, en realidad, hacía patente que la Unión Soviética coexistía con Estados Unidos y Occidente: “Charles Levinson (1980) ha aportado multitud de pruebas que ponen en evidencia lo que él denomina ‘la fachada ideológica’ tanto de la geopolítica norteamericana como de la soviética”.

De acuerdo con la evidencia que presenta Levinson (1980, citado por Taylor & Flint, 1985/2001), esto llevó a que “en 1977 la tercera parte de las importaciones y la cuarta parte de las exportaciones soviéticas se llevaran a cabo con países occidentales”. De ahí que “Gunder Frank (1977) pone de manifiesto que la Unión Soviética se hallaba en una posición intermedia entre el Oeste y el Sur [...], [por lo que] la Unión Soviética explotaba al Sur, pero era, a su vez, explotada por el Oeste en materia de acuerdos comerciales” (Taylor & Flint, 1985/2001).

Rusia solo logró una industrialización efectiva tras la conquista de Europa Oriental. Antes de eso, tanto el Imperio zarista como la Unión Soviética dependieron del capital francés y alemán. Sin embargo, en 1945 dejó de ser



La icónica fotografía “Izamiento de una bandera sobre el Reichstag” de un soldado soviético en mayo de 1945 (Crédito: Yevgeny Khaldei vía Wikimedia Commons).

así. La Unión Soviética no pudo evitar lo que autores como Wallerstein describen cómo la economía-mundo dentro del enfoque de los sistemas-mundo (citado por Taylor y Flint, 1985/2001). El problema para la URSS fue que no supo adaptarse a esta dinámica con la misma eficacia que Estados Unidos.

Para la década de 1980, era evidente que la economía mundial favorecía a los estadounidenses —quienes dominaban dicho sistema económico internacional— frente a los soviéticos. Esta ventaja era un componente central en la estrategia estadounidense orientada a crear una economía global que perjudicara a su rival. Se trataba de una lógica similar a la implementada por el Reino Unido durante el apogeo de su imperio, y que, en otro momento, los otomanos habían aprovechado frente a los Estados ibéricos, quienes, ante ese dominio sobre las rutas comerciales este-oeste, se vieron forzados a buscar nuevas vías que les permitieran liberarse del yugo otomano.

Friedman (2025b) sostiene que, con el tiempo, dicho sistema económico mundial comenzó a dar resultados, ya que “los beneficios económicos de aliarse con EE. UU. superaban los beneficios de aliarse con los soviéticos. Moscú podría ofrecer apoyo a los regímenes que gobernaban a los países, pero no a los países mismos”. Algo que se hizo más evidente gracias al desarrollo económico que experimentaron países alineados con Estados Unidos, como Corea del Sur, Japón, Taiwán, Turquía, Alemania Occidental o el resto de Europa occidental; caso contrario al que se pudo observar en Siria, Egipto, Cuba, Etiopía, Mozambique o el resto de Europa oriental, aliados de la Unión Soviética. Las excepciones temporales de países como Afganistán o Yugoslavia se explican por el apoyo recibido desde ambos bandos.

Asimismo, Estados Unidos y Occidente, en general, superaron a la Unión Soviética en diversas áreas tecnológicas, lo cual forzó a los soviéticos a integrarse a la economía internacional capitalista (Taylor & Flint, 1985/2001). No obstante, pese a los problemas económicos que enfrentó la URSS a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, consiguió lo que Rusia no había logrado por 200 años. Durante la Guerra Fría, el sistema mundial estaba regido por dos anclas: la Unión Soviética y Estados Unidos (Friedman, 2025a). Aún así, la primera logró dominar un sector de la economía mundial: el bloque comunista global.

El principal conflicto para los rusos fue que, en sí, la URSS fue incapaz de responder a los retos económicos y sociales del fin de su ciclo socioeconómico. Para la década de 1980, era obvio que se necesitaba un cambio de rumbo macroeconómico y sociopolítico que permitiera responder a las presiones experimentadas por la Unión Soviética. Fue la incapacidad soviética de adaptarse o reconfigurarse estructuralmente —como lo habían conseguido los estadounidenses en esa misma década— lo que trajo consigo el fin de su imperio.

Propiamente dicho, la principal diferencia entre Estados Unidos y la Unión Soviética no se debió a una cuestión ideológico-económica, sino a una geopolítica. Por ende, la crisis pos-Guerra Fría cobró este mismo carácter. Al quedarse sin su mercado protegido con la disolución de la URSS y el

bloque comunista, Rusia también vio desaparecer de forma abrupta lo que a los imperios euroatlánticos les tomó varias décadas perder: su imperio y las colonias que funcionaban como mercados protegidos. Esto implicó el fin del sustento que mantenía a flote el modelo económico socialista —y mercantilista— ruso.

En consecuencia, Rusia sufrió una drástica disminución en los flujos comerciales con Europa oriental y las repúblicas exsoviéticas, así como una caída en su producción, efecto que, en gran medida, se debió a la “reorientación del comercio hacia nuevos socios comerciales” (Porrás, 2023), principalmente del bloque occidentalista. Desde una perspectiva geopolítica y cíclica, en esencia, el colapso socialista estuvo marcado más por dinámicas geopolíticas que económico-ideológicas.

Mientras que en Europa central las repúblicas excomunistas pudieron estabilizarse económicamente bajo la órbita centroeuropea occidentalista, la vía postsoviética

“... estuvo marcada por la ruptura del régimen político, una severa crisis del Estado [central] y una prolongada depresión económica. En comparación con los otros dos caminos — Europa central y Asia—, la crisis económica de Rusia fue extremadamente severa y larga —al igual que en Ucrania, pero menos fuerte en las demás repúblicas exsoviéticas—” (Porrás, 2023)

Friedman lo resume de la siguiente forma:

“El colapso de la Unión Soviética dejó a Rusia extremadamente vulnerable en su tamaño reducido. Económicamente, Rusia estaba en caos, y ese caos estaba basado no solo en la privatización [...] [dominada por oligarcas, sino también en el hecho de que la] industria rusa estaba una o dos generaciones por detrás de la Occidental. No podía competir al menos que tuviera un imperio cautivo y encerrado de repúblicas igual de atrasadas con las que comercializar. La Unión Soviética había proporcionado eso, y ahora estaba perdido.” (2015/2016)

El desarrollo económico a partir de la crisis de 1990 estuvo profundamente influenciado por el fin de un imperio internacional: el de la Unión Soviética. Esto se explica a través de la manifestación de los ciclos sistémicos, que estuvieron condicionados por el contexto geopolítico del Imperio soviético, en particular por la transición de Rusia del regionalismo al centralismo.

Contexto geopolítico del desmantelamiento de la URSS

Para la segunda mitad del siglo XX, en el Imperio soviético se encontraba en desarrollo una dinámica geopolítica de regionalismo. Los problemas estructurales dentro del bloque soviético, que como escribe Porrás (2023) comenzaron en la década de 1970 y se acentuaron en la siguiente, no pudieron revertirse. Esto impidió que el régimen soviético se adaptara adecuadamente al contexto geopolítico y económico interno y regional. Las reformas de Gorbachov, criticadas por Porrás (2023), fueron una respuesta a la dinámica de regionalismo geopolítico que se estaba gestando.



Mijaíl Gorbachov en la Puerta de Brandeburgo durante una visita a Alemania Oriental en abril de 1986 (Crédito: Archivos Generales de Alemania vía Wikimedia Commons).

Restarle poder al Partido Comunista e incentivar la creación de una red de grupos políticos que dependían de una base de poder local —en vez de imperial— no fue un intento de desarticular a la Unión Soviética, sino de reconocer una tendencia geopolítica. La implementación de las reformas que destruyeron el control del Estado soviético y comunista central tuvo el propósito de establecer las bases de un régimen que reconociera la nueva realidad cíclica geopolítica.

España, por ejemplo, procuró implementar mediante sus reformas borbónicas una solución contraria a la dinámica de regionalismo que se estaba formando en su imperio; en cambio, Gorbachov intentó seguir la dinámica para evitar una confrontación que dismantelara violentamente al bloque socialista y el soviético. Sobre ello, Friedman (2015/2016) escribe que:

“La KGB fue la única institución de la Unión Soviética que no se mentía intencionalmente. Ya sabía, desde principios de la década de 1980 bajo Yuri Andropov, el máximo realista, que la Unión Soviética estaba en graves problemas. Necesitaba reestructuración y apertura a capital occidentalista, y si ventajas geopolíticas tenían que ser intercambiadas por eso, entonces ese era el precio que se debía pagar. Perestroika —reestructuración— y Glasnost —apertura— eran parte del plan de Gorbachov de cumplir con la estrategia de Andropov para salvar al Estado. Fracasó.”

El problema fue que la Unión Soviética no contaba con una posición institucional, económica ni militar favorable como para implementar las reformas de manera adecuada y evitar reacciones negativas que pudieran atentar contra el propio Estado soviético —específicamente el Imperio ruso-soviético— que Gorbachov intentaba salvar del colapso.

La guerra afgano-soviética (1979-1989) ya había desgastado el poder militar soviético, en especial la imagen de su Ejército como una institución formidable (Reuveny & Prakash, 1999). Esto alentó a los movimientos separatistas y a aquellos que buscaban cambiar los regímenes a aumentar sus esfuerzos

durante la década de 1980, y evitó que el liderazgo soviético pudiera utilizar a las fuerzas armadas para mantener unido al Imperio.

Este panorama geopolítico desfavorable surgió a partir de un evento cíclico geopolítico. En 1700, Rusia entró de lleno a su ciclo de centralismo geopolítico, caracterizado por el surgimiento de un Estado central formidable, capaz de expandir su territorio y construir un imperio con una órbita cultural, económica, política y militar que atrajera a zonas fronterizas. No obstante, para finales del siglo XX, ya habían transcurrido trescientos años de centralismo geopolítico, lo que significaba que dicho ciclo estaba por llegar a su fin. No fue sorpresa entonces que, pese a sus impresionantes logros industriales y socioeconómicos, para la década de 1980 la Unión Soviética se encontrara frente a retos estructurales insuperables.

El fin de este ciclo implicó, inevitablemente, el inicio de un ciclo de regionalismo que presentó mayores desafíos geopolíticos, durante el cual las narrativas locales y regionales sobrepasaron las capacidades del Estado central soviético. Algo anticipable, ya que durante este tipo de transiciones, siempre comienzan a fortalecerse las identidades locales o regionales frente a la imperial.

A juzgar por los casos del Imperio español —que intentó rechazar el regionalismo— y del Imperio soviético —que procuró gestionarlo—, es complicado adaptarse a las circunstancias geopolíticas, sociales y económicas del inicio de un ciclo de regionalismo. Esto, a su vez, dificultó la posibilidad de que Rusia superara las presiones combinadas del final de un ciclo socioeconómico y el de un ciclo geopolítico de centralismo.

En conjunto, todo lo anterior contribuyó a que Rusia perdiera tanto su mercado protegido como su imperio, lo que a su vez provocó un deterioro drástico en el nivel de vida de su población, como lo detalla Porrás (2023). En todos los indicadores —más allá del PIB—, Rusia experimentó una caída significativa. Asimismo, la pérdida de su mercado en Europa central y oriental por la reorientación de flujos comerciales expuesta por Porrás (2023) se debió a las consecuencias de una transición cíclica de dicho carácter.

Al ingresar en un ciclo de regionalismo, Rusia perdió la fuerza gravitacional de su órbita, con lo que cedió sus Estados satélites y su zona fronteriza —los Bálticos, Ucrania y Bielorrusia— a otras órbitas en ascenso, que en este caso fueron la órbita socioeconómica de la Unión Europea y las órbitas políticas de Alemania y Polonia. Como ocurre en toda transición cíclica de tal magnitud y carácter geopolítico, esto dio lugar a intensos desafíos políticos, de seguridad y sociales.

El impacto psicológico social

Perder un imperio no es fácil de asimilar para la sociedad que lo integra. En el caso del pueblo ruso, la situación fue aún más compleja, puesto que su Estado central cayó también en una profunda crisis. Desde una perspectiva geohistórica, la sociedad rusa se ha visto muy influenciada por culturas asiáticas —específicamente las turco-



Un combatiente checheno se encuentra cerca del edificio del palacio de gobierno durante una breve pausa en los combates en Grozni, Chechenia, en enero de 1995 (Crédito: Mikhail Evstafiev vía Wikimedia Commons).

turanas de la estepa euroasiática y Asia Central—. Esta influencia arraigó aspectos político-culturales propios de los mongoles, turco-tártaros y ávaros, pueblos cuyas estructuras sociales sirven a fines militares (Escalona, 1959). En ellos, el Estado no se concibe como garante del Estado de derecho ni como promotor del desarrollo individual, sino como la entidad encargada de mantener el orden, la paz y la estabilidad necesarias para que la sociedad pueda prosperar.

De forma que, de acuerdo con Richard Pipes (citado por Bedeski, 2022)

“... los rusos aprendieron de los mongoles una concepción de la política que limitaba las funciones del Estado a la colección de tributo —o impuestos—, mantenimiento del orden y la preservación de la seguridad, pero estaba totalmente desprovisto de cualquier sentido de responsabilidad del bienestar público.”

El comunismo, específicamente la Unión Soviética, fue el estado político que consiguió esto mejor que el propio Imperio zarista. Para el pueblo ruso, perder no solo el imperio, sino también la paz, el orden y el poder económico y militar, fue una experiencia devastadora.

Además, debido a la tendencia regionalista que se gestó a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, el colapso de la URSS implicó que el Estado se viera desgarrado por diversas fuerzas políticas, tanto nacionales —oligarcas— como regionalistas —chechenos—, sin dejar de lado el papel que desempeñaron las mafias y políticos rusos del período de Yeltsin. En la década de 1990, el Estado perdió el control total de la situación, y sus fuerzas militares se desgastaron a causa de la crisis económica y de la primera guerra chechena (Galeotti, 2022). Las funciones más cruciales del Estado ruso de ‘mantener el orden y preservar la seguridad’, prácticamente fueron desmanteladas por el colapso soviético.

Las agencias de inteligencia rusas —importantes a lo largo de la historia para mantener estable y seguro al territorio— fracasaron en su misión de prever una crisis de tal magnitud y responder con eficacia ante el caos en el que se encontraba el Imperio. Sin embargo, el alcance de esta crisis solo fue posible debido a la tendencia regionalista, es decir, fue producto de un contexto de deterioro geopolítico. Esta situación se ha agravado considerablemente, ya que el Estado central ruso no posee hoy el mismo poder que tuvo durante la época soviética.

En suma, el impacto fue inmenso para el pueblo ruso, y la responsabilidad de este hecho no se atribuyó a las políticas económicas, sino a la pérdida del Imperio. Por lo general, las últimas generaciones que fueron testigos del apogeo de un imperio tienen grandes dificultades para aceptar la decadencia de sus sociedades: de haber sido potencias mundiales, pasan a convertirse en Estados fallidos o en potencias regionales en declive permanente. Por ejemplo, tomó varias décadas para que las élites y la población mexicana —específicamente las de la Ciudad de México— aceptaran que ya no volverían a ser una potencia imperial como durante el virreinato.

Todo contexto geopolítico ocasiona panoramas culturales particulares, y en muchos casos, la decadencia geopolítica puede dar lugar a un ambiente cultural desagradable. De ahí el contraste entre lo que observaron Alexander von Humbolt y Friedrich Ratzel, geógrafos alemanes que visitaron México durante dos ciclos geopolíticos opuestos entre sí: el de centralismo y el de regionalismo. El primero radicó en la Nueva España entre 1799 y 1804, mientras que el segundo lo hizo entre 1874 y 1875 (Ostos, 2014).

Humboldt estuvo en el país durante un período político en el que las instituciones y el régimen del centralismo geopolítico todavía seguían vigentes. Por el contrario, Ratzel llegó después de décadas de conflictos políticos, desintegración geopolítica y cuantiosas guerras, es decir, durante la primacía de un ciclo de regionalismo. Es por eso que las percepciones de ambos difieren tanto entre sí, como data Ostos (2014).

Este podría ser considerado un caso similar al que le depara a Rusia. De alcanzar los logros del Imperio zarista y los avances tecnológicos, industriales, socioeconómicos y militares de la era soviética, ha pasado a ser un país incapaz de desarrollarse de forma autónoma. En la década de 1990, el contexto geopolítico ya no favorecía a Rusia, pero durante este periodo varios rusos, como Yeltsin, hablaban de recuperar el imperio para así reconstruir su sociedad, su Estado y su estabilidad económica (Thom, 2018/2019). El caos que experimentó la nación en esa década estuvo fuertemente ligado al fin del Imperio soviético.

Por ello, la población rusa buscó fuerzas políticas capaces de reestablecer no solo el orden y la paz, sino también el imperio. Esto llevó a una pugna entre distintos frentes, como los comunistas, los reformistas, los comunopatriotas, los oligarcas y la siloviki —quienes primero estuvieron al servicio de los oligarcas—, y que se prolongó a lo largo de toda la década de 1990 (Thom, 2018/2019).

La crisis política de 1993, la Segunda Guerra Chechena y la crisis financiera de 1998, junto con el terrorismo, la inseguridad y el rechazo en Occidente —este último motivado por el hecho de que el Imperio ruso seguía vivo— fueron eventos que marcaron a la colectividad rusa. Así, se produjo una nueva aversión hacia Occidente —situación que ya se había experimentado cuando Rusia intentó integrarse sociopolítica y culturalmente a la Península Europea—. Esto marcó un punto de inflexión en el que la población decidió que solo podría alcanzar la estabilidad con un Estado central capaz de imponer orden y de intentar recrear el imperio con toda la gloria y el poder económico, industrial y tecnológico que habían conocido durante décadas bajo la Unión Soviética.

Para la memoria rusa, las invasiones europeas y las crisis en las que el Estado central colapsó —a principios del siglo XVII, y posteriormente, en 1907— son eventos asociados a la debilidad estatal y a la ausencia de un imperio capaz de imponer el orden y garantizar la paz mediante su poder militar y su facultad política. No obstante, esa memoria no será la que defina a las siguientes generaciones.



Una banda de guerra rusa durante el desfile militar en la Plaza Roja de Moscú el 24 de junio de 2020 (crédito: Servicio de Prensa del Presidente de la Federación Rusa vía Wikimedia Commons).

En conclusión: Rusia en el siglo XXI

El regionalismo que comenzó a manifestarse a finales del siglo XX y que se enmarcó en las reformas impulsadas por Gorbachov en la década de 1980, no llegará a su fin en este siglo; por el contrario, se intensificará. Eso traerá consigo mayores retos geopolíticos para la integridad territorial de Rusia, así como importantes desafíos sociales y económicos para su sociedad.

Resulta irónicamente cruel y escalofriante que, transcurridos casi tres siglos, las fechas que señalan el inicio y el fin del Imperio ruso estén tan próximas en términos históricos, y que, además, coincidan geográficamente. En 1721, Rusia consolidó su victoria sobre Suecia y dio origen a su imperio en Ucrania, donde el zar Pedro el Grande había obtenido una victoria decisiva contra el joven emperador

Carlos XII de Suecia en 1709, si bien la victoria rusa se consolidó hasta 1721 (Mills, 2023). Por ello, Ferguson (2022) escribió, previo al conflicto bélico, que Putin buscaba una nueva Gran Guerra del Norte en Ucrania con la cual resucitar al imperio, con aspiraciones más zaristas que soviéticas. Así, es irónico que en un plazo de casi 300 años —con una diferencia de tan solo cuatro años—, en 2025 termine en Ucrania la última configuración del Imperio ruso.

Será difícil que Rusia logre recuperar sus fronteras imperiales. Es incluso probable que pierda el Lejano Oriente ruso y Siberia, así como diversas regiones eurasiáticas, el Cáucaso y otros territorios, frente a la influencia de potencias vecinas. Estados como Finlandia o Polonia podrían aprovechar esta situación, especialmente si Bielorrusia y otras zonas fronterizas rusas se ven atraídas por la fuerza gravitacional geopolítica de otras potencias. Todo esto podría llevar a que Rusia retroceda hacia sus fronteras, lo cual detonará vulnerabilidades militares y será aprovechado por nuevas potencias en ascenso, como Polonia.

Pese a la pérdida territorial, la desaparición definitiva del Imperio ruso implicará que el país adquiera más relevancia para otras potencias con el propósito de crear contrapesos. Esto podría dar lugar a un escenario antes impensable: la integración de Rusia a Occidente. Aunque países como Kazajistán y, con mayor fuerza, Turquía estarán en ascenso, ninguno de ellos se encontrará en condiciones para integrar plenamente a Rusia. Tampoco lo estará China, debido a problemas estructurales de índole social y económica interna. Sin embargo, un Estado-nación ruso reducido territorialmente estará en una posición geográfica clave para actuar como contrapeso para Alemania o Estados Unidos, en caso de que cualquiera de ellos necesite contener a una potencia rival, algo que será inevitable dado el desarrollo geopolítico regional.

Por ende, en la actualidad —a diferencia de la década de 1990 cuando el Imperio, aunque debilitado, seguía vivo—, una Rusia desprovista de poderío podrá ser asimilada económica y políticamente con mayor facilidad por potencias occidentales como Alemania y Estados Unidos. Tras la Segunda Guerra Mundial, la única razón por la que Estados Unidos invirtió en Japón y Alemania fue porque ambos países habían sido ocupados y sus respectivos imperios habían desaparecido. Aunque todavía seguían en sus ciclos de centralismo, ya no representaban una amenaza, sino una herramienta geopolítica fundamental contra la Unión Soviética.

En cierta forma, un posible segundo acercamiento entre Rusia y Occidente —específicamente Alemania y Estados Unidos— no resolvería por completo los desafíos derivados del regionalismo geopolítico, pero sí podría mitigar significativamente sus efectos. De igual forma, este suceso geopolítico posguerra de Ucrania reforzará la idea de que las crisis sufridas por Rusia durante la década de 1990 estuvieron más vinculadas al colapso de su imperio que a factores como las políticas económicas —es decir, el denominado capitalismo del desastre— o dinámicas sociopolíticas y culturales. 🌐



Diseño por Código Nexus (Fuentes: Canva Pro)

NAPOLEÓN Y LA UNIÓN EUROPEA

SUEÑOS INALCANZABLES

ANDRÉS ALEJANDRO ARAUJO BERMÚDEZ

Resumen:

La Unión Europea, en cierta forma, tiene el mismo objetivo que Napoleón Bonaparte persiguió a principios del siglo XIX: unir a Europa. Ambos proyectos continentales surgieron a partir de contextos geopolíticos en los que las potencias europeas que los lideraban intentaron unir al continente en términos económicos y políticos, para hacer frente a la potencia marítima dominante. Existen diferencias significativas entre ambos, pero el propósito esencial de integrar a Europa frente a escenarios complejos es el mismo. De forma que el presente artículo realizará un análisis sobre los eventos y desenlaces geopolíticos que dieron vida a estas iniciativas. En conclusión, el deseo de unificar a Europa nace de la debilidad o el rezago de una potencia dominante. La Unión Europea, similar al proyecto napoleónico, se arriesga a sucumbir ante la fragmentación geopolítica del continente.

Palabras clave:

Napoleón Bonaparte, Unión Europea, geopolítica, proyectos europeos, Europa y grandes potencias.

Abstract:

The European Union, in a way, seeks to achieve the same goal that Napoleon Bonaparte attempted at the beginning of the 19th century: unite Europe. The objective of both continental projects arose from geopolitical contexts in which the major European great powers driving the projects attempted to unite Europe economically and politically in order to confront the dominant maritime power. There are significant differences between both projects, but the essential goal of uniting Europe in the face of challenging circumstances remains the same. Hence, this article will analyze the geopolitical events and outcomes that gave rise to these European projects. In conclusion, the goal of uniting Europe rose from the weakness or the lagging of a dominant power, and similar to how the Napoleonic project failed in the face of European geopolitical fragmentation, the European Union risks succumbing to the same geopolitical forces.

Keywords:

Napoleon Bonaparte, European Union, geopolitics, European projects, Europe, and great powers.

El proyecto europeísta que aspiraba a sentar las bases de un ‘Estados Unidos de Europa’ guarda mucho más en común con el proyecto napoleónico del Bloqueo Continental de lo que se suele pensar. Ambos fueron proyectos liderados por una gran potencia, cuya finalidad era recuperar terreno frente a la potencia marítima dominante y reestructurar un entorno geopolítico que le resultaba desfavorable. Si bien existen diferencias entre ambos —las cuales se abordarán a lo largo del artículo—, el trasfondo geopolítico es similar.

La necesidad de analizar dicha similitud, considerando también los contrastes, es fundamental para comprender las raíces de los desafíos que podrían amenazar la estabilidad y el futuro de la Unión Europea —también UE o Bruselas— como una organización supranacional. Parte de dichos desafíos radica en que la UE no ha logrado evitar la configuración de lazos verticales de poder, tanto geoeconómicos como institucionales. Además, al igual que otros proyectos —como el ya mencionado napoleónico—, la UE enfrentará los mismos desafíos sociopolíticos y geoeconómicos que históricamente han afectado a Europa. En particular, porque busca alcanzar objetivos similares a los de Napoleón, pero sin recurrir a la coerción política ni a la fuerza militar.

En cierto sentido, la Unión Europea podría considerarse una iniciativa aún más ambiciosa que la napoleónica, posiblemente uno de los proyectos más audaces de la historia mundial. Esto se debe a que aspira a consolidar un pseudoimperio que dependa principalmente de incentivos económicos y poder institucional para asegurar su expansión y continuidad político-económica (Araujo, 2025a). El problema, sin embargo, radica en que la Unión Europea se enfrenta ahora al desafío de transitar hacia un nuevo orden mundial, lo que planteará retos muy diferentes a los que ha encarado desde su fundación en 1993.

Por ende, el presente artículo se estructura en tres partes. La primera analizará el proyecto napoleónico: sus raíces, su desenlace y las dificultades geopolíticas que condujeron a su caída. La segunda abordará el proyecto europeísta, identificando los elementos que impulsaron su surgimiento, su evolución a lo largo del tiempo y los desafíos que podrían comprometer su existencia. La tercera examinará el contexto geopolítico macroregional y los factores que provocaron el colapso napoleónico —e incluso del bloque comunista de los soviéticos— con el objetivo de demostrar que la Unión Europea podría enfrentar los mismos retos.



Pintura "La batalla de Lens. 20 de agosto, 1648" de Jean-Pierre Franque. En ella, los franceses lograron una victoria decisiva sobre las tropas españolas comandadas por el archiduque Leopoldo (crédito: Giogo/Museo de Historia de Francia/Wikimedia Commons).

El proyecto napoleónico: El Bloqueo Continental

Para comprender por qué Francia intentó establecer una unión en Europa a través del Bloqueo Continental — también conocido como el Sistema Continental—, cuyo propósito era debilitar al Reino Unido, la potencia marítima dominante, es necesario analizar su evolución desde el siglo XVI. Hacia finales de ese periodo e inicios del siglo XVII, el país atravesaba un proceso de centralización del poder, el cual, a su vez, contribuyó a reforzar el establecimiento de la propia nación. En este contexto, el proceso se vio reflejado inicialmente en el surgimiento de la monarquía absoluta, el llamado *ancien régime* francés (Pirenne, 1973/1974). Con el paso del tiempo, la creciente unificación de Francia comenzó a generar inquietud entre las potencias tradicionales vecinas: España y el Sacro Imperio Romano. La primera aspiraba a restaurar su poder, mientras que la segunda buscaba recuperar su posición y estabilidad interna. El ascenso de Francia atentaba contra los intereses de las dos potencias.

Ambos Estados se encontraban bajo el control de los Habsburgo. Sin embargo, para ese tiempo, el protestantismo ya comenzaba a desafiar seriamente la hegemonía dinástica, especialmente en Europa central. Además, Francia se rehusaba al dominio hispano-germánico, llegando incluso a aliarse con el Imperio otomano con el fin de debilitar el poder español. En respuesta, los Habsburgo intentaron frenar su propio declive realizando varias incursiones e iniciando diversas guerras contra Francia y los territorios germánicos a lo largo del siglo XVI, pero sus esfuerzos fueron infructuosos.

A diferencia del caso francés —que, como ya se señaló, avanzaba hacia una mayor centralización política—, el Sacro Imperio Romano comenzaba a evidenciar signos de un proceso de regionalismo, manifestado a través del auge protestante. Ante esta fragmentación, la monarquía de los Habsburgo intentó contener el proceso y recuperar terreno político católico, así como reforzar el centralismo geopolítico imperial en Alemania (Wedgwood, 1938/2005; Goodwin, 2015/2016). España también se sentía amenazada: enfrentaba el desafío de mantenerse como potencia dominante en Europa Occidental a la par que intentaba impedir la decadencia de los Habsburgo en Europa Central (Wedgwood, 1938/2005). No obstante, un factor decisivo durante este periodo fue que mientras el Sacro Imperio Romano entraba en un ciclo de regionalismo, el declive español, aunque significativo, se limitaba a la pérdida de su estatus como potencia dominante en Europa Occidental.

Rodeada por potencias hostiles, Francia optó, en un primer momento, por intervenir financiera y diplomáticamente en los conflictos centroeuropeos, con el fin de impedir que Austria —sede del poder de los Habsburgo— lograra derrotar a los protestantes y sus aliados, y con ello consolidar su recuperación (Wedgwood, 1938/2005). Solo cuando se volvió evidente que el poder imperial alemán estaba a punto de ganar, Francia decidió intervenir de forma militar en la Guerra de los Treinta Años, enfrentamiento que fue consecuencia tanto del desarrollo del regionalismo alemán como del fortalecimiento de una Francia que se sentía rodeada por sus enemigos (Araujo, 2025c).

El siglo XVI estuvo plagado de conflictos cuya intención era contener el avance del centralismo francés, en contraste con el emergente regionalismo en territorio germánico. Fue hasta el siglo XVII que Francia logró consolidarse como la potencia dominante en Europa Occidental, desplazando la influencia hispano-alemana.

Tras liberarse de la amenaza imperial de los Habsburgo en Alemania —con el poder imperial central destruido—, Francia logró consolidarse como una de las principales potencias del continente. A partir de entonces, desarrolló una impresionante fuerza militar terrestre, con mejoras constantes en logística y finanzas militares. No obstante, este temprano ascenso no implicó un dominio absoluto: España seguía siendo un obstáculo, al apoyar diversas coaliciones antifrancesas en múltiples conflictos. No fue sino hasta inicios del siglo XVIII cuando la dinámica europea comenzó a cambiar con la irrupción de una nueva potencia: el Reino Unido¹. Su ascenso, constituido en 1707, coincidió con la Guerra de Sucesión Española —1702-1714—, y aunque las ganancias británicas fueron significativas, lo fue aún más el debilitamiento de la influencia española en Europa.

Francia logró consolidarse como la principal potencia militar terrestre en Europa, especialmente tras el Tratado de Utrecht. En contraparte, España continuaba siendo la potencia ultramarina tradicional. El ascenso del Reino Unido —favorecido por su industrialización y la creación de una armada poderosa— provocó una creciente preocupación en Madrid, al tiempo que sentaba las bases de una confrontación natural (Martínez, 2005). De hecho, los avances que lograron los británicos tras Utrecht no hicieron sino intensificar las inquietudes españolas. El Imperio hispano dependía en gran medida de sus colonias, particularmente de Perú y México, para sostener su estructura financiera y militar, una dependencia que se acentuó en la segunda mitad del siglo XVIII y principios del XIX (Marichal, 2007). Si bien se incorporó a la esfera de potencias europeas un siglo después que Francia, el Reino Unido representó una mayor amenaza para España. Este contexto llevó a una alianza entre París y Madrid, la cual se caracterizó por la desconfianza y diversas coerciones.

En la Guerra de los Siete Años, ambas potencias se unieron para impedir el ascenso del Reino Unido, que podía bloquear con mayor eficacia las aspiraciones francesas y amenazar al imperio ultramarino español. Sin embargo, perdieron la contienda, lo que confirmó las preocupaciones españolas.

El conflicto anglo-francés en suelo americano, iniciado en 1755, fue un tema preocupante para el nuevo monarca español [Carlos III], especialmente después de ver el éxito inicial de Inglaterra y a pesar del hecho de que a mediados del siglo XVIII, Francia tenía una posición más sólida en América que Gran Bretaña. La población francesa era mayor, sus tropas estaban mejor preparadas y sus tratos con los nativos americanos eran privilegiados al punto de confiar en que se unieran a las filas francesas en batalla. Pero el hecho es que en 1759 [...] Francia perdió Quebec frente a Inglaterra (Romero, s. f.).

La Guerra de los Siete Años fue un conflicto fundamental en la historia mundial, pues con ella el Reino Unido consolidó su posición internacional como la potencia marítima dominante en ascenso, relegando a Francia al ámbito europeo y dejando a España en una posición vulnerable y defensiva en el ultramar (Martínez, 2005). Durante el resto del siglo XVIII, España se dedicó a recuperarse, usando la riqueza de América para construir flotas poderosas en el Atlántico y el Pacífico (Marichal, 2007). Por su parte, Francia entró en crisis con la Revolución Francesa de 1789, resultado de dos factores principales: una burguesía que demandaba mayor voz y voto en los asuntos del Estado, con la intención de limitar el poder monárquico, el cual había perdido la oportunidad de obtener un imperio ultramarino; y una población que reclamaba una reconfiguración del contrato social francés, lo que permitió, posteriormente, el afianzamiento de la nación y del concepto de Estado-nación a través del republicanismo.

De tal forma que Francia no solo fue superada por el Reino Unido, sino que también cayó en una profunda crisis interna, en la que tuvo que replantearse qué implicaba ser francés. En este escenario, los ideales republicanos —que amenazaban el *statu quo* monárquico continental— derivaron en las guerras revolucionarias, durante las cuales el Reino Unido y otras potencias regionales buscaron intervenir en la nación para restablecer la monarquía absoluta y sacar provecho político de la crisis. En gran medida, todo esto impidió que Francia pudiera desafiar a Londres de manera significativa a lo largo del siglo XVIII. Aunque intentó romper el predominio naval británico, nunca lo consiguió.

El momento en que Francia estuvo más cerca de este objetivo fue cuando Napoleón Bonaparte intentó invadir Egipto en 1798, con el objetivo de obstaculizar el comercio entre Reino Unido y la India. El enfrentamiento directo más relevante entre ambas potencias fue la batalla de Trafalgar, en 1805. La forma en la que Martínez (2005) describe este episodio subraya la importancia de la confrontación:

Cabo Trafalgar, límite septentrional de la boca del estrecho de Gibraltar. Mañana del 21 de octubre de 1805. Dos flotas se disponen a librar una batalla. Una de ellas, la hispano-francesa, ha abandonado Cádiz y, al 'modo tradicional', [se] ha formado en línea entre el estrecho y la costa; la otra, la inglesa, se dispone a atacar formada en columnas. Los dos bandos eran plenamente conscientes de que iban a vivir una jornada decisiva: quien obtuviera la victoria tendría la capacidad para decidir el futuro inmediato de la guerra y condicionar el del propio continente europeo.

La derrota en la batalla de Trafalgar supuso para Francia la pérdida definitiva de su armada y, con ello, el reconocimiento de que sus posibilidades de desafiar el dominio naval británico se agotaban. Después "de la derrota de la armada de Napoleón en la batalla de Trafalgar, la armada británica fue la única verdadera armada global en el mundo" (Friedman, 2015/2016).

¹ Rusia también se consolidó como un imperio fuerte en el siglo XVIII, pero su ascenso no alteró la dinámica con la misma magnitud que el del Reino Unido, cuyas implicaciones geopolíticas se proyectaban en el ámbito marítimo internacional, con mayores repercusiones.



“La batalla de Trafalgar”, pintura al óleo de William Clarkson Stanfield (fuente: Wikimedia Commons).

Con Francia relegada al continente europeo y excluida de la economía marítima mundial, una de sus pocas alternativas para contrarrestar los logros británicos —como el dominio sobre América y el control del comercio con el subcontinente indio— y aspirar a obtener beneficios económicos consistía en bloquear al Reino Unido del mercado europeo. Una Europa unificada podría representar un contrapeso económico al poderío imperial británico, y al mismo tiempo ofrecer a Francia la posibilidad de invertir en una nueva armada que, eventualmente, le permitiera retar a la Armada de Reino Unido en el Atlántico y el Mediterráneo. Con esa finalidad se estableció el Bloqueo Continental.

La definición que proporciona Heckscher (1918) refuerza este punto: “el Sistema Continental es una herramienta única a la cual recurre un país con el propósito de aplastar a un enemigo político por vías económicas y al mismo tiempo construir su propia prosperidad comercial e industrial a un nivel nunca antes imaginado.” Heckscher se concentra en el ámbito económico —como cabría esperar de un economista político—, pero capta una dimensión clave del objetivo que Napoleón perseguía con el Bloqueo Continental. Francia necesitaba implementarlo por dos motivos: el empoderamiento económico y asegurar sus fronteras, lo cual le permitiría, posteriormente, invertir en la construcción de una armada.

El Reino Unido logró liderar la industrialización debido a tres factores: dos relacionados con su geografía y uno de carácter personal. El primero fue geoeconómico, pues los depósitos de carbón y otras materias primas fundamentales para la industrialización estaban a distancias relativamente cortas de los ríos y de los principales centros urbanos —o industriales— de las islas Británicas, lo que facilitaba tanto el transporte como el acceso a fuentes de energía (Hobsbawm, 1968/2023; Wrigley, 2010).

El segundo factor fue geopolítico, y Friedman (2018) lo expresó de la siguiente forma:

La realidad de Europa [...] facilitó el liderazgo británico en la Revolución Industrial. La fuerza laboral, los recursos y el ingenio continental [haciendo referencia a países como Francia] no eran menores que el de los británicos. Pero los británicos tenían una seguridad mucho mayor para sus iniciativas, menos desvíos para la producción militar y un imperio dinámico y creciente que sostuvo la industrialización. Como resultado, Bretaña desarrolló otra pieza poderosa para administrar el continente: exportaciones de tecnologías y bienes manufacturados.

A diferencia del Reino Unido, Francia sí requería un ejército terrestre poderoso que protegiera sus fronteras y le permitiera dominar Europa. Después de todo, fue esa misma fuerza la que cimentó la unificación del país. Así, aunque sus logros no se manifestaron en el ámbito industrial ni en el ultramarino, sí destacaron en la capacidad de construir una de las fuerzas militares más imponentes y logísticamente sofisticadas de la historia. Sin embargo, ese poder tenía límites. El ejército terrestre francés no fue suficiente para doblegar a los británicos.

El tercer y último factor fue el propio Napoleón Bonaparte. El mayor problema del Sistema Continental radicaba en que su arquitecto, Bonaparte, si bien fue “un gran soldado, no captó la importancia de ser un gran estratega” (Friedman, 2020/2021). Un ejemplo de ello fue la venta de Luisiana a los Estados Unidos, una decisión que, a largo plazo, terminó beneficiando más al Reino Unido. Al renunciar a su propio campo, Francia permitió indirectamente que los británicos importaran producción agrícola desde la cuenca del Misisipi, lo que facilitó que pudieran “disminuir el precio de la comida y forzar a los granjeros a [trasladarse a] las fábricas urbanas” (Friedman, 2020/2021). Los franceses,

por el contrario, nunca lograron desplazar a su población fuera del campo, lo que limitó la disponibilidad de mano de obra para la industria.

Asimismo, Napoleón impulsó una unión económica que difícilmente podía funcionar en Europa, dada la presencia de potencias con intereses contrastantes, como Prusia o Rusia. Además, se trataba de un sistema insostenible a largo plazo: su carácter extractivista terminó por desgastar tanto a sus aliados como a aquellos países que había logrado coaccionar, como España. Irónicamente, los españoles se habían equivocado al considerar que el Reino Unido representaba la mayor amenaza para su imperio; en realidad, las exigencias y presiones financieras impuestas por Napoleón fueron las que provocaron un daño más profundo, al llevar a México, su joya, a la bancarrota y contribuir enormemente a su separación (Marichal, 2007).

Ciertamente, la crítica hacia Napoleón puede parecer algo injusta. Tras la Guerra de los Siete Años y la derrota en la batalla de Trafalgar, Francia quedó incapacitada para proyectar poder naval, el cual le habría permitido establecer relaciones comerciales estratégicas con Estados Unidos o, incluso, proteger Luisiana de los norteamericanos —tanto estadounidenses como mexicanos—. Aunado a esto, Francia se encontraba rodeada de fuerzas sociales y políticas que atentaban contra el Bloqueo Continental. Con todo, el proyecto fracasó porque generó, precisamente, lo que los franceses querían evitar: su propio desgaste y el fortalecimiento del imperio ultramarino británico (Pietrobon, 2022).

De esta forma, el proyecto napoleónico surgió como respuesta a la imposibilidad de Francia de desafiar el predominio naval británico. Ante esa limitación, intentó imponer una unión económica continental que pudiera contrarrestar la riqueza producida por el imperio marítimo global del Reino Unido. En esencia, buscaba replicar la riqueza británica, pero, en lugar de buscarla en el mundo —que estaba fuera de su alcance—, la buscó en casa: Europa.

El problema fue que en el continente no existían las condiciones necesarias para hacer viable el ambicioso proyecto unificador. El Bloqueo Continental trajo consigo exigencias financieras insostenibles que terminaron por quebrar a muchos de sus aliados. Algunos rompieron con Napoleón porque no podían mantener económicamente una alianza extractivista financiera. Incluso, muchos de los territorios imperiales o coloniales de sus aliados —como Nueva España— sabotearon el proyecto napoleónico (Marichal, 2007). Otros cortaron lazos con Francia debido a las intromisiones en sus ámbitos sociopolíticos o a las intervenciones en su soberanía (Wilson, 2022/2023). Para algunos, resultaba más preocupante el dominio absoluto de Francia sobre Europa continental que el poderío marítimo británico.

Pero, en esencia, el proyecto fracasó por dos razones. La primera fue el costo que implicaba sostener la unión. En una nación consolidada, ese precio puede asumirse si la guerra se alinea con los ideales nacionales o si cuenta con respaldo popular. Sin embargo, cuando participan múltiples naciones,

los objetivos divergen y, por ende, también lo hacen los costos que cada una está dispuesta a mantener. Durante la segunda mitad del siglo XVIII, la Nueva España estuvo dispuesta a financiar los proyectos marítimos militares de la corona española, pues los percibía como beneficiosos para el imperio, pero hacia finales de dicho siglo y comienzos del XIX, ese capital era enviado para cumplir con los intereses de París, no con los de Madrid ni con los de Ciudad de México.

La segunda razón fue la existencia de fuerzas lo suficientemente poderosas como para resistir a las exigencias francesas —y con un claro interés en hacerlo—, porque desde un punto de vista geopolítico, la Península Europea no favorece una unión duradera, a menos que esta se imponga por la fuerza. Cuando Napoleón advirtió que su proyecto peligraba, recurrió al uso de la fuerza para imponer la unidad europea y preservar la integridad del Bloqueo Continental. Pese a ello, enfrentó una resistencia significativa que los británicos supieron aprovechar, apoyándose en los mismos actores que desafiaban las exigencias francesas.

Lo más relevante no fue solo la existencia de esta oposición, sino el poder que ostentaban. El Imperio ruso, creado a principios del siglo XVIII, era una potencia en proceso de consolidación que ya había derrotado a una fuerza establecida como Suecia. A diferencia de otros territorios vinculados por lazos históricos —como el caso de la Ciudad de México con Madrid entre 1521 y 1821—, Rusia, en una posición de poder y sin ningún compromiso social, político o cultural con París, pudo mantenerse al margen de cualquier alianza o subordinación. Prusia, por su parte, era otra fuerza regional notable, que supo aprovechar las guerras napoleónicas para impulsar su empresa como potencia regional, la cual, más adelante, uniría a Alemania.

Bajo este panorama, la Unión Europea enfrenta desafíos similares a los del Bloqueo Continental, tanto en los costos que implica como en los retos geopolíticos y sociales con los que deberá lidiar. Aun así, existen diferencias clave que podrían marcar un rumbo distinto. Si bien no será un giro que respalde el sueño europeísta, sí resultará crucial en términos geopolíticos para el continente.

El proyecto europeísta: la Unión Europea

Para conceptualizar con claridad el proyecto europeísta, es necesario reconocer varios aspectos. Por un lado, que surgió como resultado de los intereses geopolíticos estadounidenses, y sus fundamentos intelectuales se remontan a las décadas de 1940 y 1950. Por otro, que con el paso del tiempo, fue adoptado y abanderado por Francia y Alemania. Sin embargo, el punto más relevante es el desarrollo geopolítico del siglo XIX; solo analizándolo es posible identificar sus similitudes con el Bloqueo Continental.

En el siglo XIX, emergió una tendencia que inquietaba a Napoleón III: al interior de los territorios alemanes ya había corrientes que auguraban un movimiento de unificación nacional. El primer indicio fueron las revoluciones nacionalistas que azotaron Europa entre 1848

y 1849. Estas no solo atentaban contra el orden político monárquico tradicional —como en su momento lo hizo el republicanismo francés—, sino que, peor aún, amenazaban el orden geopolítico europeo.

Aunque el movimiento fracasó en su objetivo inicial, revelaba una dinámica sociopolítica similar a la del surgimiento del protestantismo en el siglo XVI, pero con efectos opuestos: en lugar de debilitar cualquier intento de centralización alemana, apuntaba a un incipiente centralismo geopolítico. Las revoluciones —especialmente en Alemania— fracasaron porque carecían del respaldo de una fuerza política con poder militar. No obstante, eso no disipó la preocupación nacionalista de Napoleón III, ya que sí existía una potencia con capacidad militar y ambiciones unificadoras: Prusia. Otto von Bismarck —uno de los más famosos estrategas y diplomáticos prusianos— reconoció este hecho cuando criticó a los liberales alemanes que pretendían usar la ideología republicana para fomentar la unión: “No mediante discursos y decisiones mayoritarias se decidirán las grandes cuestiones del día —ese fue el gran error de 1848 y 1849—, sino con hierro y sangre [*Eisen und Blut*]” (citado por Wilson, 2022/2023).

En 1864, la guerra de los Ducados, y en 1866, la guerra austro-prusiana confirmaron los temores franceses. En ellas, los prusianos primero expulsaron a los daneses de territorios alemanes y luego desplazaron a Austria como la fuerza alemana dominante en Europa Central (Wilson, 2022/2023). Cuando Napoleón III consideró necesaria una intervención, abandonó sus otras campañas en el extranjero para concentrar todas sus fuerzas en Alemania. Los franceses intentaron arrasar Europa Central, siguiendo el ejemplo de Napoleón Bonaparte a principios del mismo siglo, pero no solo fueron detenidos, sino

que fueron aplastados por los prusianos. Esta cadena de acontecimientos, que consolidó a Alemania como una potencia nacional-imperial unificada y en ascenso, la llevaría después a enfrentarse en una guerra con Francia en el siglo XIX.

Lo más llamativo de las similitudes entre ambos procesos es la forma en que comenzaron. Cuando España heredó un imperio en Europa occidental y central, aprovechó todas las instituciones que tenía a su disposición —especialmente el Ejército y la Iglesia— para ejercer dominio sobre territorios como los Países Bajos y las regiones del Sacro Imperio Romano. Fue esta intromisión española en Europa lo que provocó una reacción que dio origen al protestantismo como fuerza sociopolítica que, con el tiempo, destruiría el poder imperial en Alemania. De modo similar, a lo largo de los dos siglos posteriores al XVI:

Europa consistió en cuatro regiones —la Europa atlántica, Escandinavia, el sureste de Europa y Rusia— con una zona tapón que iba desde Dinamarca hasta Sicilia. Este tapón era una región fragmentada en diferentes reinos y ducados, incapaz de defenderse así misma, pero involuntariamente proveía a Europa con un cierto grado de estabilidad.

Luego Napoleón redefinió Europa. Cuando avanzó al este, hacia Alemania y el sur de Italia, destruyó el complejo balance que había existido en esas rudimentarias naciones. Aún peor, desde su punto de vista, impulsó a Prusia, llevándola a convertirse en una gran potencia europea (Friedman, 2011/2012).

Al igual que la irrupción española en Europa durante el siglo XVI, la intervención napoleónica en Europa central desató fuerzas que los franceses no lograron controlar. Una vez que los alemanes vencieron a Napoleón III, proclamaron



“Recuerdo de la lucha de liberación en la fatídica noche del 18 al 19 de marzo de 1848, Alemania”. Litografía a tiza, coloreada, impresa por Winckelmann Publishing y propiedad de C. Glück, Berlín (crédito: Biblioteca Digital de Alemania).



Los tanques M60 del ejército estadounidense se posicionan frente a blindados soviéticos, específicamente tanques T-62, en el Checkpoint Charlie, Berlín, en octubre de 1961 (crédito: Ejército de EE. UU.).

el nacimiento de su imperio en el Salón de los Espejos del Palacio de Versalles y realizaron un desfile para humillar a los franceses, una acción posible debido a que tenían el poder para hacerlo, evidenciando así la debilidad militar francesa (Friedman, 2015/2016). No obstante, esta derrota no fue definitiva, del mismo modo en que los golpes que sufrieron españoles y alemanes en el siglo XVI tampoco lo fueron, sino que sentaron las bases para una confrontación aún mayor en el siglo siguiente.

Una vez unificada, Alemania pudo establecer rápidamente instituciones sólidas y un sistema político confiable, lo que fomentó la industrialización y el crecimiento económico. Su ejército, la nueva fuerza militar dominante en la Península Europea, era una máquina de guerra capaz de llegar hasta Moscú o París, además de defender el territorio frente a los rusos o franceses, si bien no estaba en condiciones de hacerlo en caso de un ataque simultáneo. Al igual que Francia —una vez centralizada y empoderada— se sintió acorralada por sus adversarios, Alemania también comenzó a verse encerrada en una trampa mortal: si rusos y franceses atacaban de forma paralela, los alemanes temían —y sabían— que no podrían resistir por mucho.

Con el tiempo, británicos, franceses y rusos, desconfiando de Alemania y conscientes de sus temores y puntos débiles, optaron por formar una coalición para contener a la potencia. Por ello, de manera similar a lo ocurrido a principios del siglo XVII —cuando, en la segunda década, estalló un conflicto devastador—, el siglo XX presenciaría una carnicería a gran

escala, impulsada por la maquinaria industrial moderna. Alemania y Francia volverían a enfrentarse en dos guerras que, al igual que la anterior, se prolongarían durante tres décadas —31 años, para ser exactos—, tres siglos después. Para cuando la Primera y la Segunda Guerra Mundial finalizaron, las dos potencias tradicionales, Francia y el Reino Unido, resultaron exánimes, sin la voluntad ni los medios para conservar sus imperios o estatus. Por el contrario, en el contexto europeo, solo Rusia, ya transformada en la Unión Soviética, logró mantenerse en pie. Además, había surgido una nueva potencia marítima que no solo resultó victoriosa, sino que no padeció los estragos al nivel que las potencias del Eje y de las demás potencias aliadas: Estados Unidos. A partir de ese desenlace, se consolidaron dos proyectos económicos de alcance global que, aunque sean encasillados con etiquetas ideológicas, fueron proyectos imperiales geoeconómicos: uno terrestre y uno marítimo.

La Unión Soviética estableció un modelo mercantilista tipo Sistema Continental al establecer un bloque colonial diseñado para aprovechar su fuerza económica con la intención de industrializarse y acumular riqueza —la definición que ofrece Heckscher (1918) sobre el Sistema Continental² encaja con notable precisión en la lógica geoeconómica soviética—. Sin embargo, el problema recayó en que el modelo socialista presentaba ciertas fallas: por un lado, carecía de un marco efectivo para enfrentar crisis económicas cíclicas —las cuales se manifiestan tanto en los sistemas capitalistas como en los socialistas, solo que bajo un carácter y temporalidad diferentes—; por otro, la Rusia soviética ya era una potencia en

² Citada en el apartado anterior de este artículo, “El proyecto napoleónico: El Bloqueo Continental”, p. (48)

declive. Había perdido la capacidad geopolítica que, en otros tiempos, le permitía resistir dificultades internas y seguir adelante. Para entonces, su imperio estaba por entrar en un ciclo de regionalismo, imposibilitando cualquier respuesta a las crisis cíclicas.

En paralelo, el modelo estadounidense consolidaba un orden económico mundial de carácter marítimo, fuera del alcance tanto político como militar de la Unión Soviética. Una diferencia fundamental entre ambas potencias radicaba en el control de los océanos: Estados Unidos, al igual que antes el Reino Unido, pudo explotar la riqueza global gracias a su dominio del comercio marítimo, mientras que la URSS quedó limitada al interior de su esfera continental.

Asimismo, aunque ambos modelos político-económicos tenían la capacidad de generar innovación tecnológica, el capitalista permitía canalizar la tecnología desarrollada por el Estado para impulsar el crecimiento económico, así como usar el sector privado para fortalecer la economía nacional. En contraste, la Unión Soviética, pese a contar con la misma tecnología, nunca logró algo similar. Ese fue, justamente, el propósito de las reformas tecnocrático-socialistas de Mijail Gorbachov durante la década de 1980; sin embargo, estas se implementaron en un momento desfavorable, marcado por el desgaste económico y el alto costo de la guerra afgano-soviética.

Al final, los soviéticos aspiraban a construir un imperio colonial que les permitiera explotar la riqueza de Europa Oriental, tal como Napoleón intentó hacerlo con la Península Europea y como las potencias euroatlánticas lo lograron con sus colonias. Sin embargo, el modelo soviético se tornó excesivamente extractivista, lo que debilitó a Europa Oriental. Al igual que ocurrió con el Bloqueo Continental, el Imperio soviético terminó colapsando ante las fuerzas sociopolíticas europeas y las presiones ejercidas por otras potencias, como Estados Unidos y China.

El imperio económico marítimo de Estados Unidos generó una relación con sus aliados estratégicos similar a la que, según señala Marichal (2007), estableció el Reino Unido al contrarrestar el Bloqueo Continental, mediante la conformación de un bloque económico sustentado en el pago de subsidios a sus propios aliados. De forma que, a diferencia de los socios estratégicos de la URSS —Europa Oriental, Corea del Norte y los países árabes, principalmente Siria, Irak, Argelia y Libia—, los países alineados con Estados Unidos —Japón, Corea del Sur, Taiwán, Alemania Occidental, Israel, Turquía y, posteriormente, China— lograron consolidar poderosas economías.

En el ámbito europeo, este proceso se concretó a través del Plan Marshall. La iniciativa estadounidense tenía como objetivo impulsar la recuperación de las economías europeas por medio de la inyección de capital a las industrias (Chikumbu, s. f.). Pero dicho plan no fue el único factor que permitió la reindustrialización y reconstrucción de Europa; también influyeron la presión ejercida por Estados Unidos y el entorno geopolítico y económico que esta propició.

El peso financiero y militar de la defensa de Europa fue asumido por Washington, algo evidente en la estructura de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y en el papel que desempeñó Estados Unidos dentro de ella. Asimismo, se encargó de fomentar la cooperación europea. Cuando el Comité de Cooperación Económica Europea (CCEE) —posteriormente la Comunidad Económica Europea (CEE)— comenzaba su primera tarea de recolección de información estadística, los estadounidenses tuvieron que intervenir para impulsar la colaboración entre naciones (Wilson, 1977):

Como ninguna de las naciones de la CCEE poseía suficiente conocimiento de su propia situación económica para proveer información tan rápida, se realizaron elaboradas maniobras con las estadísticas. En general, las importaciones y el consumo se exageraban, mientras que las estimaciones de producción y reservas de divisas se minimizaban. ‘Todos hicieron trampa como el demonio en París, todos,’ admitió un delegado. Por ejemplo, el gobierno turco no podía proporcionar información sobre diversas categorías de actividad económica, entonces la CCEE inventó los datos. La presión para obtener información estadística precisa vino de Estados Unidos, los ‘observadores’ americanos en París habían dejado claro que el Congreso [de Estados Unidos] demandaría documentación franca, completa y precisa.

Antes de la intervención estadounidense, la unión entre naciones prácticamente no existía. Con el tiempo, países como Alemania Occidental y Francia comenzaron a promover con mayor rigor la cooperación económica europea. No obstante, esto no obedecía a razones ideológicas europeístas ni a sentimientos de hermandad continental, sino que, una vez más, fue producto del contexto geopolítico en el que se encontraba Europa.

Como se mencionó, después de 1945 dos de las potencias tradicionales —el Reino Unido y Francia— quedaron completamente devastadas. Ambas intentaron recuperar su estatus en 1956, cuando, junto con Israel, elaboraron un plan para tomar el control del Canal de Suez. Sin embargo, las dos superpotencias —Estados Unidos, como la nueva potencia naval global, y la Unión Soviética, como la última potencia tradicional— las detuvieron y las obligaron a retirarse de Egipto, dejando el Canal bajo control del gobierno egipcio.

Mientras que Reino Unido aceptó una alianza como socio menor con Estados Unidos, para crear contrapeso con Europa y poder tener voz en los asuntos internacionales, Francia fue la más reacia a aceptar el liderazgo de Washington. Charles de Gaulle fue el dirigente francés de la posguerra que más buscó la consolidación de una Europa unida, principalmente con Alemania Occidental, ya que su país carecía del poder para contrarrestar a Washington o Moscú por su propia cuenta.

Mientras las dos superpotencias [Estados Unidos y la Unión Soviética] estaban luchando por la supremacía mundial, los sueños de de Gaulle de restaurar Francia a su grandeza eran imposibles de alcanzar por medios convencionales. Necesitaba una nueva estrategia [...] [para] mantener una política independiente de las potencias extranjeras, principalmente de Estados Unidos [...] (Troitiño, 2013).



Nuevo edificio del Banco Central Europeo en Fráncfort del Meno, Alemania, en 2014 (Crédito: Norbert Nagel/Wikimedia Commons).

Los esfuerzos iniciales de de Gaulle se centraron en la adquisición de armamento nuclear, convencido de que ello elevaría el estatus geopolítico de Francia. Más adelante, su estrategia evolucionó hacia la búsqueda de cooperación con Alemania Occidental, que le impuso como condición la integración económica europea (Troitiño, 2013). Así, el propósito geopolítico de impulsar dicha integración — aceptada inicialmente por coerción alemana— fue el de institucionalizar la influencia francesa en la Península Europea y, con ello, crear un bloque económico que permitiera elevar a París al nivel de Washington y Moscú.

Por un tiempo, el objetivo geopolítico de Francia pareció alcanzable: el país logró una industrialización significativa durante las décadas de 1950 y 1960 (Araujo, 2023). Aun así, al no haber participado en el desarrollo industrial del siglo XIX ni a principios del XX —como sí lo hizo Alemania—, dos décadas de crecimiento industrial no fueron suficientes para gestar un dinamismo económico. Hacia finales del siglo, Francia había perdido gran parte de su industria, por lo que tuvo que regresar a un modelo económico tradicional basado en los servicios y la agricultura, lo que sentó las bases de las crisis sociales ocurridas en las primeras décadas del siglo XXI.

Resulta interesante que en sus orígenes la CEE fuera un proyecto impulsado por Estados Unidos. Posteriormente, Francia tomó el liderazgo, y en la década de 1980, Alemania terminó por dominar la iniciativa —un hecho que se acentuó en los años 90—. No se puede afirmar que los alemanes tuvieran la intención de tomar el control, pero el desarrollo del proyecto sugiere que ese desenlace era casi inevitable³.

Desde que la iniciativa comenzó a ser abanderada por los europeos, de Gaulle se unió y se mantuvo como partidario del bando que “apoyaba la cooperación europea, enfatizando el papel de los Estado nacionales en una especie de confederación, con todo el poder concentrado en los gobiernos nacionales y no en alguna institución externa”, como señala Troitiño (2013).

Troitiño también escribe que la “cuestión de [cooperar con] Alemania Occidental muestra un cambio en los puntos de vista políticos de de Gaulle” (2013), pero lo cierto es que el presidente carecía de la capacidad política y económica para garantizar que el proyecto se desarrollara conforme a los propios objetivos y necesidades francesas. De Gaulle dependía del respaldo diplomático y del poder económico alemán para que su estrategia tuviera éxito.

³ En parte, esto se debe a que Alemania se encuentra en un ciclo de centralismo, mientras que Francia, desde la segunda mitad del siglo XIX, en uno de regionalismo, lo que explica la disparidad de poder y el ritmo de recuperación económica y político-militar que Alemania ha mantenido durante más de cien años.

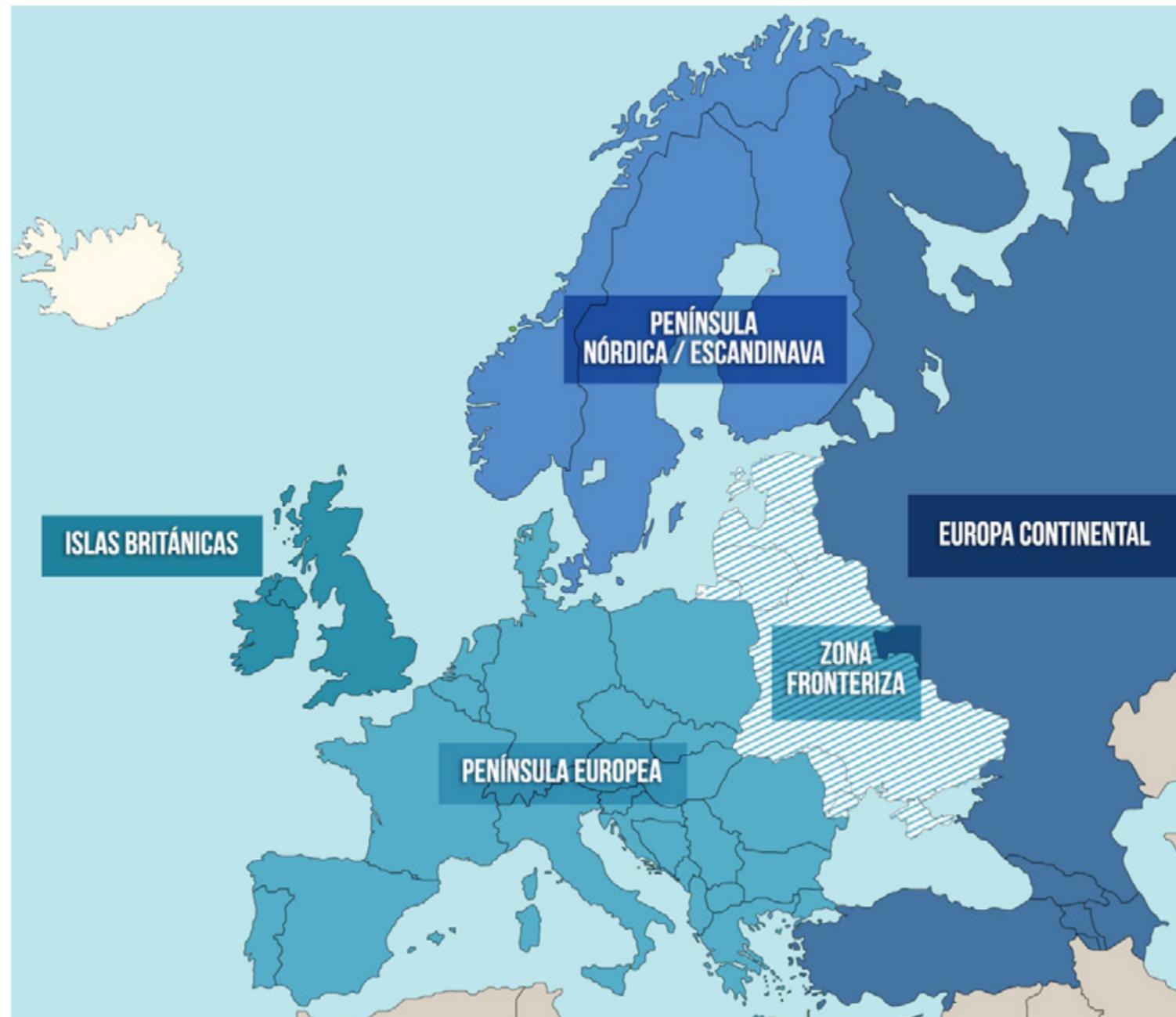
No obstante, peor aún y posiblemente lo que temía de Gualle, la creación de instituciones supranacionales como la Unión Europea, tras el Tratado de Maastricht, nunca desencadenó el ascenso de una institución de carácter realmente supranacional, sino alemán.

Durante la crisis financiera de 2008 —la más severa que han enfrentado la Unión Europea y la Eurozona, pieza central del proyecto europeísta—, se implementaron las soluciones promovidas por Alemania, centradas en la austeridad y en el mantenimiento de una moneda fuerte. El problema era que las economías del sur de Europa necesitaban un aumento del gasto público —lo que implicaba asumir más deuda— y una moneda devaluada para atraer la inversión extranjera (Friedman, 2015/2016). Esto generó consecuencias desiguales en la Unión Europea: mientras que Alemania registró tasas de desempleo de entre 7.8 % y 7.9 % entre 2008 y 2009, países como Grecia alcanzaron niveles del 25 % (Burda & Hunt, 2011; Friedman, 2015/2016).

Alemania ha sido el mayor beneficiario de la estructura de la Unión Europea, así como su principal promotor, en buena medida porque era el país que más necesitaba del proyecto integracionista. Esto se explica por el papel que ha desempeñado como fábrica a nivel continental, con una economía fuertemente orientada a la exportación como mecanismo para sostener su desarrollo y estabilidad.

De acuerdo con datos del Banco Mundial (World Integrated Trade Solution (WITS), 2024), las exportaciones alemanas representan el 50.34 % de su Producto Interno Bruto. En 2022 su principal socio comercial fue Estados Unidos, lo que le trajo ganancias de 41,467 millones de dólares más en comparación con su comercio con China. Además, según datos del Gobierno español, cuya fuente es la Organización Mundial del Comercio, Alemania ocupa el tercer lugar como exportador a nivel mundial (Oficina de Información Diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación (OID), 2025). Para reforzar este dato, la misma fuente señala que las “exportaciones e importaciones de bienes y servicios sumaron el 94% del PIB en términos reales en el año 2023”. Por su parte, la importancia de la Unión Europea se refleja en que “aproximadamente el 46 % de las exportaciones y el 41 % de las importaciones corresponden al comercio con la UE” (OID, 2025).

Por tanto, la Unión Europea funcionó como una estrategia empleada por Alemania para institucionalizar su poder en el continente, dado que es la nación más dinámica y económicamente poderosa. La UE y la Eurozona proporcionaron a Berlín las herramientas necesarias para garantizar su mercado europeo sin recurrir al uso de la fuerza militar. Asimismo, le permitieron tener certeza de los regímenes políticos que se integrarían al proyecto mediante las obligaciones basadas en los tres pilares: las Comunidades Europeas, la política exterior y de seguridad común y la cooperación en materia de justicia y asuntos de interior. Estos compromisos obligan a mantener la



Mapa de la división geopolítica de Europa en cuatro macroregiones: las Islas Británicas, la Península Nórdica/Escandinava, Europa Continental y la Península Europea, destacando la zona fronteriza entre Europa continental y la Península (ilustración por Código Nexus).

democracia, el Estado de derecho, así como los derechos humanos y las libertades fundamentales (European Parliament, 2025).

A lo largo de la historia europea, ha sido común que una potencia dominante impulse la creación de instituciones que le permitan establecer marcos de relación con otros Estados y, a través de ellos, ejercer su influencia. Este comportamiento es característico de las potencias imperiales, que recurren a estructuras supranacionales cuando no desean ejercer una influencia directa o buscan legitimar su poder mediante el respaldo institucional. Un ejemplo de ello fue el intento de Alemania por institucionalizar su hegemonía con el Sacro Imperio Romano —que entre los siglos XV y XVII operó como una forma de imperio alemán—, a través

del poder de la Iglesia Católica. De ahí que Carlos I rechazara los argumentos de Martín Lutero sobre el protestantismo y el papel que debía ocupar la Iglesia Católica en la religión, y por ende, en la sociedad y en la política (Goodwin, 2015/2016). De ese mismo modo, la Alemania del siglo XX buscó consolidar su poder a través de mecanismos políticos, institucionales y económicos, apostando por la integración económica europea. Este proceso culminó en la creación de la UE, sobre la cual Alemania ejerce hoy una notable influencia, e incluso impone sus soluciones en determinadas coyunturas. En cierto sentido, Roma fue para Berlín —y también para Madrid— lo que Bruselas representa hoy para Alemania: el centro institucional

desde el cual proyecta su poder. Aunque previamente Francia impulsó el proyecto con la intención de contrarrestar la hegemonía estadounidense, Alemania ha logrado posicionarse para utilizar la Unión Europea con ese mismo propósito.

Wilhelm I y posteriormente Hitler fracasaron al intentar crear un imperio formal en Europa. No obstante, la Alemania actual ha tenido mayor éxito en la consolidación de un seudoimperio, con una estructura más acorde a su realidad histórica. Frente a este panorama, cabe preguntarse si el proyecto europeísta podrá superar las turbulencias geopolíticas del siglo XXI.

La fragmentación natural de Europa

Aunque el proyecto europeísta nació con un propósito geopolítico similar y una ambición comparable a la de otros intentos históricos, carece de la explotación y la jerarquía represiva que caracterizaron tanto al Sistema Continental de Napoleón Bonaparte como al bloque comunista soviético. Aun así, ha provocado severos impactos en poblaciones que no se han beneficiado de las políticas económicas o monetarias de Berlín, como ocurrió con el sur de Europa durante las secuelas de la Gran Recesión de 2008; en otros casos, la Unión Europea ha ejercido su voluntad política en contra de las comunidades locales de diversos países. Sin embargo, sigue siendo parte de un contexto material moldeado por la geopolítica: la historia que muchos creían superada reapareció con la invasión rusa a Ucrania en 2022.

La Unión Europea nació en 1993 con el Tratado de Maastricht y, en cierto sentido, podría decirse que surgió de las cenizas de la URSS. Tras el colapso soviético en 1991, Estados Unidos comenzó a retirarse gradualmente, permitiendo que los europeos retomaran el control de su propio destino. Una de las consecuencias del fin de ese orden bipolar fue la formación de dos fuerzas sociopolíticas de gran relevancia: el islamismo y el nacionalismo. El primero generó un impacto geopolítico más intenso que, tras el atentado del 11 de septiembre, provocó una reacción inmediata por parte de Estados Unidos contra los yihadistas internacionales de Al-Qaeda. En cambio, el resurgimiento del nacionalismo ha sido más paulatino y, según politólogos como Friedman (2015/2016), representa la principal amenaza para la Unión Europea.

Al observar un mapa de Europa, es evidente que el continente está mucho más fragmentado de lo que podría parecer. Esta división se traduce en disparidades económicas, sociales, culturales y políticas a escala continental, nacional y regional, lo que perpetúa su fragmentación (Araujo, 2025a). Bajo ciertas condiciones, estas diferencias generan tensiones que pueden escalar en conflictos y, en los peores escenarios, en guerras. La ausencia de Rusia como una gran potencia capaz de establecer su propia órbita geopolítica ha dado paso al surgimiento de nuevas órbitas, cuyas dinámicas generan presiones

que desembocan en crisis, como fue el caso de la guerra de Ucrania (Araujo, 2025b). La Unión Europea logró hacer frente al desafío planteado por Moscú, en parte porque Rusia es una potencia en declive, y en parte porque Ucrania actuó como un freno efectivo para contener su avance.

Pero hay que recordar que tanto el Bloqueo Continental de Napoleón como el bloque comunista soviético acabaron desmoronándose no solo por las tensiones internas de índole social y geopolítica, sino también por las presiones de potencias externas.

A día de hoy, Polonia es uno de los países que comienza a emerger como potencia regional, destacándose, además, como la principal fuerza militar en Europa Oriental, al tiempo que ya mantiene fricciones con Bruselas. Alemania, por su parte, empieza a salir de su limbo político, adoptando posturas más firmes en materia de seguridad: ha desplegado tropas en Lituania fuera del marco de la OTAN y ha eliminado las restricciones de alcance sobre el armamento entregado a Ucrania, permitiéndole utilizarlo contra territorio ruso (Rajvanshi, 2025; Bokhari, 2025). En materia económica, Francia continúa perdiendo influencia frente a Alemania: a pesar de haber intentado contrarrestar ese dominio mediante el Mediterráneo, su iniciativa fracasó (Friedman, 2015/2016). Mientras tanto, en el sur, Turquía avanza de forma gradual y, en una o dos décadas, se consolidará como una fuerza dominante en el mar Negro y los Balcanes.

A nivel global, ya están apareciendo nuevas potencias —como Polonia, Turquía y México— que se suman a aquellas que surgieron a finales del siglo XIX —Alemania, Japón y Estados Unidos— (Araujo, 2025c). Tal como en su momento lo hicieron Rusia y, de manera más indirecta, España, con el Bloqueo Continental, estas nuevas fuerzas podrán empezar a ejercer presión sobre la Unión Europea. A lo anterior se suma el avance de las fuerzas sociopolíticas nacionalistas, impulsadas en gran medida por el descontento social derivado de los problemas económicos que dejó la Gran Recesión en Europa (Orduña & Aguirre, 2024).

En su momento, la Unión Europea logró superar las crisis gracias a un contexto en el que todavía no existían actores sociopolíticos con la capacidad real de desafiar a Bruselas —o a Berlín— ni potencias lo suficientemente fuertes como para amenazar la integridad del bloque. No obstante, el hecho de que superara aquellas dificultades no significa que esté blindada frente a dinámicas más profundas. El protestantismo, por ejemplo, fue una serie de movimientos locales que buscaban liberarse del yugo de Roma, una dominación no solo política, sino también mental, al inmiscuirse en asuntos religiosos y sociales. A su vez, el Bloqueo Continental napoleónico también cedió ante fuerzas sociales internas, como lo fueron los liberales alemanes (Wilson, 2022/2023).

El proyecto europeísta, aunque profundamente arraigado en la psique europea, no es una idea compartida de forma homogénea, sino que responde a la visión de un grupo particular; en cambio, el nacionalismo es una fuerza social con raíces locales. La Península Europea es una región pequeña, compuesta por múltiples naciones y subnaciones que mantienen relaciones sumamente complejas entre sí. En cierta manera, Europa se asemeja a México: un Estado erigido sobre diversas identidades que, en su momento, también lucharon por su autonomía. Solo que, a diferencia del continente europeo, en México sí logró imponerse una fuerza político-militar centralizada: la Ciudad de México, al igual que ocurrió en otras épocas con los toltecas, olmecas y teotihuacanos.

Aun así, Europa es un caso muy distinto. Tal vez la unión económica logre mantenerse, así como una versión de su marco diplomático, pero su configuración política y la ideología europeísta están destinadas a cambiar. A lo largo de su historia, varios imperios han intentado dominar la península, pero casi ninguno lo ha conseguido por completo o durante un periodo prolongado. ¿Lo logrará la Unión Europea? 🌐



 @devilsscootersmx

 Devils Scooters Mx

 info@devilsscooters.com

 +52 (33) 2543-1618

 @devilsscooters

 www.devilsscooters.com



El presidente Trump firma órdenes ejecutivas para apoyar a la industria del carbón en el evento Unleashing American Energy —Desatando la Energía Estadounidense—, el 8 de abril de 2025 (Crédito: Casa Blanca vía Flickr)

CRECIENTES VACÍOS EN LA GOBERNANZA INTERNACIONAL

ESTADOS UNIDOS Y SU RETIRADA DE LA SALUD GLOBAL

ANA SILVIA ORDUÑA Y JOSÉ ENRIQUE AGUIRRE TORRES

Resumen:

La reciente retirada de Estados Unidos de la Organización Mundial de la Salud (OMS) bajo el nuevo mandato de Donald Trump reaviva debates sobre el estado del Sistema Internacional y la gobernanza global en temas de salud. Este artículo analiza la importancia de la OMS como actor clave en la salud pública mundial, sus logros, fracasos y el papel crucial que Estados Unidos ha desempeñado históricamente como uno de sus principales financiadores. Se abordan las implicaciones políticas, sociales y geoestratégicas de esta retirada, incluyendo su impacto sobre poblaciones vulnerables y el debilitamiento de los mecanismos multilaterales. Asimismo, se cuestiona la sostenibilidad de la gobernanza global ante el ascenso del proteccionismo y el debilitamiento de compromisos internacionales por parte de potencias hegemónicas como Estados Unidos.

Palabras clave:

Organización Mundial de la Salud, Estados Unidos, gobernanza global de la salud y multilateralismo.

Abstract:

The withdrawal of the United States from the World Health Organization (WHO) under Donald Trump's second term marks a pivotal moment in global health governance and international cooperation. This article examines the WHO's importance as a key actor in global public health, its goals, failures, and the role the United States has historically played as one of its major financial contributors. It explores the political, social, and geostrategic implications of its departure, including its impact on vulnerable populations and the weakening of multilateral mechanisms. Likewise, the case invites reflection on the resilience of the global governance frameworks in the face of rising protectionism and the weakening of international commitments by key states such as the United States.

Keywords:

World Health Organization, United States, global health governance, and multilateralism.

Donald Trump está de vuelta en la oficina presidencial. Desde el primer momento, ha realizado grandes cambios para la política estadounidense. No solo retoma la postura de su primera administración, sino que la refuerza en tanto que tiene un contexto doméstico favorecedor en distintos frentes. En sus propios términos, Trump reta al multilateralismo y busca los absolutos por encima de los beneficios relativos. Esto ante un panorama global que se caracteriza por el surgimiento de diversos retos que trascienden las fronteras y requieren de esfuerzos conjuntos para afrontarlos. En ese sentido, el ámbito de la salud es uno de los más dinámicos en el plano global, de forma que la retirada de Estados Unidos de la Organización Mundial para la Salud (OMS) da pie a hacer una breve evaluación del estado actual del Sistema Internacional desde esta perspectiva. El presente artículo se propone abordar lo que la OMS representa en la actualidad, con sus claros y oscuros. Así también, se explica el papel que Estados Unidos sostenía como miembro de la organización, las implicaciones de su retirada y los aprendizajes que esta coyuntura aporta para comprender las dinámicas de gobernanza global.

Un organismo de claroscuros

La OMS aborda las causas profundas de enfermedades, construye sistemas de salud más sólidos y detecta, previene y responde a las emergencias de salud (OMS, 2025). Tal como afirma Amnistía Internacional (2025), es el principal órgano internacional que apoya la salud pública mundial al implementar programas para prevenir, controlar y tratar enfermedades como el ébola, el sarampión, la malaria, el VIH y sida, la diabetes, cardiopatías, cáncer, entre otras;

sin olvidar su papel durante la coyuntura de la pandemia global por COVID-19. Desde 1948 ha posicionado la salud como un derecho humano, si bien su trayectoria ha recabado tanto éxitos como fracasos y reveses que son importantes de reconocer, ya que el plano en el que se desenvuelve la organización es altamente (geo)político y polarizado.

Uno de los éxitos más reconocidos de la OMS es la erradicación de la viruela en 1979. El contexto de entonces estaba marcado por la Guerra Fría y la bipolaridad que se posicionaba como una barrera para atender cuestiones y retos que cobraron dimensiones internacionales. No obstante, erradicar la viruela era un objetivo compartido entre las dos potencias rivales, Estados Unidos y la Unión Soviética. Ambas partes encontraron formas de avanzar en conjunto gracias a tres factores: primero, el rol facilitador de la OMS; segundo, que la erradicación de la viruela se alineaba con los intereses particulares de cada superpotencia; y tercero, la capacidad de los expertos en salud para trabajar con relativa independencia de las fuerzas políticas (Comité Asesor de Vacunas e Inmunizaciones, 2023). El Comité señala, asimismo, que el papel de la OMS fue crucial para crear una plataforma global en la que participaron hasta 40 países con aportaciones económicas, de personal técnico y voluntarios. Esto se reconoce como una buena práctica en tanto que integró a una diversidad de Estados y otros actores que aportaron —desde sus posibilidades y capacidades— con el propósito de avanzar hacia soluciones compartidas, hecho que sentó las bases para uno de los principios clave de las gobernanzas globales actuales: la responsabilidad compartida.

Sin embargo, existe el otro lado de la moneda. De 2014 a 2016, el brote de ébola fue declarado una emergencia global. La OMS fue ampliamente criticada por no haber reaccionado a tiempo y se cuestionó cuál es la aproximación que esta debe tomar frente a contextos caracterizados por instituciones y sistemas políticos débiles. Quienes han estudiado el papel de la OMS en esta coyuntura explican que la organización se encontraba en un escenario limitado para enfrentar el brote, ya que su papel es el de guiar la respuesta y orientar, mas no abordar una amenaza específica en un país como ‘policía mundial de la salud’ (Gradmann en Bleiker, 2023). Bleiker también explica que la OMS aún carece de autoridad para actuar en el territorio de un Estado miembro sin que este solicite su apoyo. Aún así, a partir del brote de ébola se efectuaron cambios estructurales, como el hecho de que actualmente, la OMS depende menos de los gobiernos nacionales para obtener información crucial para reaccionar ante una situación de crisis, al cooperar con empresas tecnológicas como Google.

Como ya se mencionó, el tema de salud y emergencias sanitarias se posiciona como un ámbito que brinda el espacio para generar y fortalecer esquemas de gobernanza en donde el despliegue de poder así como de las relaciones de cooperación demuestran el dinamismo del estado actual del Sistema Internacional. A pesar de que la narrativa ampliamente aceptada respecto a la salud como reto global se encamina hacia la cooperación en distintos frentes, también es un sector que ha evidenciado una tendencia al proteccionismo y a favorecer el capital privado. Es especialmente complejo porque, aunque la salud se enmarca en cuestiones de seguridad nacional, el trasfondo de la seguridad humana queda relegado. Esto quedó en evidencia durante la crisis sanitaria global de COVID-19.

En dicho contexto, Velásquez (2021) explica que gobiernos como el de Estados Unidos, Inglaterra y la Unión Europea quisieron comprar la producción de candidatos a vacunas y evitar la exportación fuera de sus fronteras, acto denominado como ‘nacionalismo de las vacunas’. Ante prácticas de acaparamiento y firma de acuerdos bilaterales, se produjo una distribución no equitativa de las vacunas, lo que ocasionó que la disponibilidad de estas fuera limitada para un amplio número de países. Y así, entre las dificultades de producción y la hostilidad del mercado de vacunas, la cuestión adquirió un carácter de juego geopolítico, misma dinámica que puede tomar una connotación ligeramente más favorecedora con el nombre de ‘diplomacia de las vacunas’ (Velasquez, 2021).

Retirada de Estados Unidos

Estados Unidos fue uno de los miembros fundadores de la OMS en 1948. Desde entonces ha tenido una participación activa en la configuración y la gobernanza de la misma. De igual manera, ha sido uno de los principales financiadores, por lo que es “un socio fundamental para garantizar que existe una agrupación global que promueve la salud” (Klasing en Amnistía Internacional, 2025).

No obstante, es a partir de la estructura de financiamiento de la OMS que surgen preguntas sobre el curso de acción del organismo. Esta estructura se divide en dos: una corresponde a las contribuciones obligatorias de los 196 miembros; la otra, a las aportaciones voluntarias que permiten a actores estatales y no estatales comprometer fondos para campañas sobre temas concretos, lo que lleva a suponer que son los actores donantes los que establecen la agenda de la OMS (Bermúdez, 2020). De manera que el financiamiento se ha posicionado como uno de los principales motivos de Trump para retirar en dos ocasiones a Estados Unidos del organismo.

Durante su primera administración, en 2020, y en medio de uno de los puntos más críticos de la pandemia de COVID-19, Trump notificó a la OMS que el país se desvincularía de la institución. Sus razones no solo se enmarcaron en el contexto crítico que la emergencia sanitaria implicaba, sino también en el carácter geopolítico que esta adquirió, especialmente porque el año previo se habían disparado las tensiones comerciales-tecnológicas con China. Otro factor determinante de la decisión de Trump fueron las acusaciones en contra de la OMS por su gestión sesgada y retardada de la pandemia, derivada de un supuesto encubrimiento de la responsabilidad de China sobre el origen del brote.

A lo anterior, se suma el carácter proteccionista, nacionalista y escepticismo hacia el multilateralismo que abanderó la primera administración de Donald Trump, junto con la objeción de que, al ser el mayor donante de la OMS —alrededor del 15 % del financiamiento que recibía la organización— no existía un retorno proporcional a su inversión, en tanto que China aportaba cerca de un 0.21 % de los fondos (Bermúdez, 2020). Además, es posible añadir que la resolución en 2020 fue tomada como una estrategia política interna que debe entenderse en el contexto de la carrera electoral de ese año, durante la cual Trump pudo haber intentado desviar las críticas sobre su manejo de la pandemia responsabilizando a externos. Pero en enero del 2021, la administración de Joe Biden revirtió la decisión.

Al iniciar el 2025 y con Trump asumiendo su segundo mandato presidencial, la retirada de Estados Unidos de la OMS se reactivó desde el primer momento, lo que sentó la proyección de continuidad que tendrá esta segunda administración. Los argumentos de Trump son similares a los de hace cuatro años: pagos desproporcionados, discrepancias políticas y la inadecuada gestión de la pandemia de COVID-19 (Forjaz et al., 2025). Esto coincidió con que durante los primeros días del nuevo mandato, el país norteamericano pausó o comenzó a replantear su pertenencia a otros canales multilaterales y de liderazgo global.

Como era de esperarse, la retirada de Estados Unidos ha sido ampliamente criticada. Organismos internacionales, supranacionales y hasta organizaciones de la sociedad civil han manifestado su preocupación por este hecho, así como críticas que catalogan la orden ejecutiva de Trump como una maniobra política desconectada de la realidad (Amnistía Internacional, 2025).

La partida del socio con mayor peso en los fondos de la organización implica que habrá programas y acciones en terreno que no podrán ejecutarse, lo que tendrá un impacto directo en poblaciones vulnerables que dependen de programas financiados por la OMS (Forjaz et al., 2025). Por otro lado, también se verá afectada la inversión en prevención y control de enfermedades no transmisibles como las cardiopatías, el cáncer, la diabetes y afecciones respiratorias, al igual que padecimientos de salud mental, que son elementos que ocupan una posición relevante dentro de la agenda de la organización (World Health Organization, 2024), al ser condiciones de deterioro de la salud que se extienden a través de las fronteras. De la misma forma, las adicciones comienzan a tomar relevancia en este sentido.

La retirada de Estados Unidos podría socavar la salud pública no solo de forma externa, sino también dentro del propio país. Las intervenciones de la OMS a nivel interno se observaban principalmente en la contribución de guías y estrategias para la creación de políticas nacionales en temas como la promoción de actividad física y la salud materno-infantil, problemáticas a las que Forjaz et al. (2025) adjudica un marcado carácter social. En este sentido, los efectos del distanciamiento podrían observarse en una profundización de las desigualdades sociales que ya caracterizan al sistema americano: actualmente, el sector salud estadounidense es objeto de profundas críticas debido a la inaccesibilidad que sufre la mayor parte de su población, resultado de la fuerte presión del capital privado sobre el sector político. Aunado a esto, el país atraviesa una grave crisis de consumo de sustancias adictivas, enmarcado en un contexto que aleja el enfoque de la seguridad humana, limitándolo a una visión de seguridad nacional y a la dinámica geopolítica de la región.

Comentarios finales

A día de hoy, las acciones estadounidenses se encuentran en el centro de los principales debates respecto al estado actual del Sistema Internacional. Se vive un momento en el que la potencia global vuelve a plantear un giro radical hacia el proteccionismo y se retira de los principales esfuerzos por sostener la globalidad, lo que diluye su proyección de poder hegemónico. Surgen los cuestionamientos sobre las responsabilidades a las que debe estar comprometido un hegemón para sostener su liderazgo frente a un escenario que observa cada vez mayor dinamismo desde el multilateralismo y multipolaridad. Es justo eso lo que resulta interesante del caso: ante la retirada de Estados Unidos ¿qué Estados buscarán y tendrán capacidad de proyectarse en las plataformas globales?

Por ahora, Argentina se suma a la retirada de la OMS. Milei da continuidad al posicionamiento de Trump sobre la ineficiencia de la organización frente a la gestión de la pandemia global, hecho que se ajusta a su estrategia de distanciamiento de los esfuerzos multilaterales y el fortalecimiento del lobby político. La salida de estos países de la OMS, principalmente la de Estados Unidos, pone en evidencia la fragilidad de los sistemas de gobernanza global. Ante ello, se cuestiona la capacidad de las instituciones para garantizar que los Estados miembros se adhieran a las prácticas y al respeto por las normas institucionales, para garantizar la continuidad de las responsabilidades globales que cada parte ostenta frente a una aparente sensibilidad durante las transiciones políticas. Al ser Estados Unidos un miembro central en ese y otros espacios globales y de multilateralismo, cabe cuestionar sobre qué se sostienen dichos esquemas de gobernanza. 🌐



Protek Group está enfocado en productos innovadores de alta tecnología, empezando desde cero con el desarrollo de productos de ideas patentadas y usando todos los recursos de nuestras 3 subsidiarias para poder producir nuestros productos en masa.

DISEÑO DE PRODUCTOS

El equipo de diseño de Protek Group se encarga de trabajar los aspectos visuales, funcionales y estructurales del diseño de cualquier producto. Inclusive, Protek se encarga de los diseños 3D de cualquier producto.

DISEÑO DE MOLDES

Los moldes que maneja Protek Group son de plástico, metal y/o de silicon para poder diseñar las diferentes partes de cualquier producto de nuestros clientes. Estos moldes pueden ser producidos en masa en el departamento de moldes de Protek Group.

PRODUCCIÓN DE ELECTRÓNICOS

Protek diseña y produce, en el departamento de producción de electrónica, todos los componentes electrónicos, incluidos los PCB, las baterías, las bombillas, los motores, etc. que requieran los productos de los clientes.

ENSAMBLAJE

Protek se encarga del ensamble final de todos los componentes y de los embalajes del producto del cliente. Dicho proceso se lleva a cabo en nuestra línea de ensamblaje, donde se llevan a cabo estrictos procedimientos de control de calidad prevos al envío.



+86 (15) 079-234-381



sales01@protekgoods.com



Ciudad Fuzhou, Provincia Jiangxi,
China. C.P. 344999



www.protek-tech.com

Referencias

Asia del este y el nuevo mundo

- **Bansal, P. (2025, 20 marzo).** In the Market: How Trump is driving Asia to diversify away from US. *Reuters*. <https://www.reuters.com/markets/market-how-trump-is-driving-asia-diversify-away-us-2025-03-20/>
- **Feis, Herbert. (1971).** *Road to Pearl Harbor: The Coming of the War Between the United States and Japan*. Reino Unido: Princeton University Press. (Obra original publicada 1950).
- **Friedman, G. (2018, 23 mayo).** The Trap in Japan's National Strategy. *Geopolitical Futures*. <https://geopoliticalfutures.com/trap-japans-national-strategy/>
- **Friedman, G. (2019, 20 agosto).** 1989-1992: A Global Pivot. *Geopolitical Futures*. <https://geopoliticalfutures.com/1989-1992-a-global-pivot/>
- **Friedman, G. (2025, 24 marzo).** A New Asian Bloc in the Making? *Geopolitical Futures*. <https://geopoliticalfutures.com/a-new-asian-bloc-in-the-making/>
- **Herczegh, V. (2024, 13 agosto).** Why China Shuns the Russia-North Korea Alliance. *Geopolitical Futures*. <https://geopoliticalfutures.com/why-china-shuns-the-russia-north-korea-alliance/>
- **Ignatius, D. (2025, 3 de abril).** Trump bets on a Reverse Kissinger. *The Washington Post*. <https://www.washingtonpost.com/opinions/2025/04/03/trump-foreign-policy-reverse-kissinger-china-russia-gamble/>
- **Jager, S. M. (2023).** *The other Great Game: The Opening of Korea and the Birth of Modern East Asia*. Estados Unidos: Belknap Press of Harvard University Press.
- **Lee, C. M. (2025).** President Lee Jae Myung and the Resetting of Korea, Inc. *Carnegie Endowment for International Peace*. <https://carnegieendowment.org/research/2025/06/president-lee-jae-myung-and-the-resetting-of-korea-inc?lang=en>
- **Li, J. (2021).** South Korea's Formal Membership in the Quad Plus: A Bridge Too Far?. *Stimson*. <https://www.stimson.org/2021/south-koreas-formal-membership-in-the-quad-plus-a-bridge-too-far/>
- **Ministerio de Relaciones Exteriores de China [MREC]. (2025, 22 marzo).** XI Reunión Trilateral de Ministros de Relaciones Exteriores China-Japón-República de Corea Se Celebra en Tokio. Ministerio de Relaciones Exteriores de China. https://www.fmprc.gov.cn/esp/zxxx/202503/t20250324_11580841.html
- **Ministry of Foreign Affairs of Japan [MOFA]. (2019, 29 noviembre).** Japan-China-Republic of Korea Free Trade Agreement. Ministry of Foreign Affairs of Japan. https://www.mofa.go.jp/ecm/ep/page23e_000337.html
- **Ministry of Foreign Affairs of Japan [MOFA]. (2022).** National Security Strategy. Ministry of Foreign Affairs of Japan. https://www.mofa.go.jp/fp/nsp/page1we_000081.html
- **RFI (2018, diciembre 27).** Trump: "No seremos más los bobos, EE UU no puede ser la policía del mundo". RFI. <https://www.rfi.fr/es/americas/20181227-trump-en-irak-no-seremos-mas-los-bobos-ee-uu-no-puede-ser-el-policia-del-mundo>
- **Shapiro, J. L. (2017, 6 diciembre).** The Coming Conflict Between China and Japan. *Geopolitical Futures*. <https://geopoliticalfutures.com/coming-conflict-china-japan/>
- **Sun, Y., Tatsumi, Y. & Town, J. (2024).** Takeaways from the China-Japan-South Korea Trilateral Summit. *Stimson*. <https://www.stimson.org/2024/takeaways-from-the-china-japan-south-korea-trilateral-summit/>
- **Tanaka, L. (2025, 27 mayo).** ¿Por qué preocupa a Japón la posible victoria de Lee Jae-myung en Corea? *Reporte Asia*. <https://reporteasia.com/politica/2025/05/27/por-que-preocupa-a-japon-la-posible-victoria-de-lee-jae-myung-en-corea/>
- **The Korean Herald (2025, 22 de marzo).** S. Korea, Japan, China reaffirm peace on Korean Peninsula 'shared interest, responsibility': FM Cho. *The Korean Herald*. <https://www.koreaherald.com/article/10447513>
- **Trilateral Cooperation Secretariat. (2024).** International Forum for Trilateral Cooperation. <https://iftc.tcs-asia.org/forum/download/IFTC%20Program%20Booklet%202024.pdf>
- **Trilateral Cooperation Secretariat. (2025, 14 de abril).** Opening Ceremony of the Year of China-Japan-Korea Cultural Exchange 2025-2026 Held in Tokyo, Japan. Trilateral Cooperation Secretariat. https://tcs-asia.org/en/board/news_view.php?idx=5895
- **Tripartite Environment Ministers Meeting [TEMM] (2024).** Report on China-Japan-Korea Tripartite Environmental Cooperation and its Outlook. *TEMM*. https://www.env.go.jp/earth/coop/temm/archive/pdf/report_tripartitecooperation_E.pdf
- **World Economic Forum [WEF] (2023).** More than 1 in 10 people in Japan are aged 80 or over. Here's how its ageing population is reshaping the country. <https://www.weforum.org/stories/2023/09/elderly-oldest-population-world-japan/>

El estado geopolítico de la península coreana en el siglo XXI

- **Adams, R. F. (2009).** *Outfought and Outthought: Reassessing the Mongol Invasions of Japan* [Tesis de Maestría de Arte y Ciencia Militar, U.S. Army Command and General Staff College]. <https://apps.dtic.mil/sti/tr/pdf/ADA502217.pdf>
- **Albert, E. (2020, 17 junio).** North Korea's Power Structure. *Council on Foreign Relations*. <https://www.cfr.org/backgrounder/north-koreas-power-structure#chapter-title-0-4>
- **Araujo, A. A. (2025a, 20 junio).** El cambio sistémico regional por venir en Oriente Próximo (Parte 1): Guerra entre Irán e Israel tras fallidas negociaciones. *Código Nexus*. <https://codigonexus.com/el-cambio-sistemico-regional-por-venir-en-oriente-proximo-parte-1/>
- **Araujo, A. A. (2025b, 12 mayo).** El fin de China como fábrica mundial: Llegando al final del camino. *Código Nexus*. <https://codigonexus.com/el-fin-de-china-como-fabrica-mundial/>
- **Beja, F. B. (Ed.). (2010).** *Historia mínima de China*. Ciudad de México, México: El Colegio de México. <https://doi.org/10.2307/j.ctv1x0kc0r>
- **Bowen, Y. (2024, 10 diciembre).** China balances cautiously between Russia and North Korea. *East Asia Forum*. <https://doi.org/10.59425/eabc.1733868000>
- **Cartwright, M. (2019, 2 julio).** The Mongol Invasions of Japan, 1274 & 1281 CE. *World History Encyclopedia*. <https://www.worldhistory.org/article/1415/the-mongol-invasions-of-japan-1274--1281-ce/#:~:text=The%20Mongol%20invasions%20of%20Japan%20took%20place%20in%201274%20and,in%20Japanese%20culture%20forever%20after.>
- **Council on Foreign Relations [CFR]. (2022, 27 julio).** What to Know About Sanctions on North Korea. *Council on Foreign Relations*. <https://www.cfr.org/backgrounder/north-korea-sanctions-un-nuclear-weapons>
- **Eckert, C. J. (2014).** *Offspring of Empire: The Koch'ang Kims and the Colonial Origins of Korean Capitalism, 1876-1945* (2.a ed.). Estados Unidos: University of Washington Press. (Obra original publicada 1991).
- **Fondo Monetario Internacional. (2025).** GDP, current prices: Billions of U.S. dollars. *International Monetary Fund - GDP, current prices*. <https://www.imf.org/external/datamapper/NGDPD@WEQ/OEMDC/ADVEC/WEOWORLD>
- **Friedman, G. (2016, 28 marzo).** The Dark Night: North Korean Strategy. *Geopolitical Futures*. <https://geopoliticalfutures.com/the-dark-night-north-korean-strategy/>

- **Friedman, G. (2018, 21 febrero).** Korea After the Olympics. *Geopolitical Futures*. <https://geopoliticalfutures.com/korea-after-the-olympics/>
- **Geopolitical Futures Team [GPF Team]. (2016, 3 noviembre).** No Quick Fixes for South Korea's Economic Woes. *Geopolitical Futures*. <https://geopoliticalfutures.com/no-quick-fixes-for-south-koreas-economic-woes/>
- **Geopolitical Futures Team [GPF Team]. (2017, 10 agosto).** Perspectives on the North Korea Crisis. *Geopolitical Futures*. <https://geopoliticalfutures.com/perspectives-north-korea-crisis-1/>
- **Geopolitical Futures Team [GPF Team]. (2018, 3 mayo).** Korean Reunification: High Hopes and Higher Hurdles. *Geopolitical Futures*. <https://geopoliticalfutures.com/korean-reunification-high-hopes-and-higher-hurdles/>
- **Hale, T., Ding, W., Campbell, C., Andringa, P., Joiner, S., Killing, A., Ko, H. & Tsunashima, T. (2025, 24 febrero).** How the state is propping up China's housing market. *Financial Times*. <https://ft.com/china-property-crisis/>
- **Herczegh, V. (2025, 24 abril).** A New Challenge to Kim's Rule in North Korea. *Geopolitical Futures*. <https://geopoliticalfutures.com/a-new-challenge-to-kims-rule-in-north-korea/>
- **Jager, S. M. (2023).** *The other Great Game: The Opening of Korea and the birth of modern East Asia*. Estados Unidos: Belknap Press of Harvard University Press.
- **Kamran, B. (2025, 13 junio).** German and Japanese Military Resurgence. *Geopolitical Futures*. <https://geopoliticalfutures.com/german-and-japanese-military-resurgence/>
- **Kim, N. N. (2011).** A Reconsideration of 'Colonial Modernization'. *Korean Social Sciences Review*, 1(1), 221-262. https://s-space.snu.ac.kr/bitstream/10371/75202/1/06Kim%20Nak%20Nyeon_4%EA%B5%90.pdf
- **Kuhn, A. (2022, 16 diciembre).** Eyeing China, Japan lifts longtime restrictions to allow major defense buildup. *NPR*. <https://www.npr.org/2022/12/16/1143017026/japan-defense-spending-weapons-buildup-rearming>
- **Lam, W. R., & Moreno-Badia, M. M. (2023, agosto 4).** *Fiscal Policy and the Government Balance Sheet in China* (IMF Working Paper No.2023/154). Fondo Monetario Internacional. <https://www.imf.org/en/Publications/WP/Issues/2023/08/02/Fiscal-Policy-and-the-Government-Balance-Sheet-in-China-536273>
- **Lee, C.-M. (2024, 29 abril).** The Hollowing Out of Kim Jong Un's North Korea. *Carnegie Endowment for International Peace*. <https://carnegieendowment.org/research/2024/04/the-hollowing-out-of-kim-jong-uns-north-korea?lang=en>

- **Lee, C. M. (2025).** President Lee Jae Myung and the Resetting of Korea, Inc. *Carnegie Endowment for International Peace*. <https://carnegieendowment.org/research/2025/06/president-lee-jae-myung-and-the-resetting-of-korea-inc?lang=en>
- **León, J. L. (2010).** *Historia mínima de Corea*. Ciudad de México, México: El Colegio de México.
- **Michiko, T. (2021).** *Historia mínima de Japón*. Ciudad México: Colegio de México. (Obra original publicada 2011).
- **Moon, C.-I. (2022, 18 marzo).** South Korea's Geopolitics: Challenges and Strategic Choices. *Asia-Pacific Leadership Network*. https://www.apln.network/news/member_activities/south-koreas-geopolitics-challenges-and-strategic-choices
- **Nemeth, D. J. (s. f.).** The Geography of the Koreas. *Asia Society*. <https://asiasociety.org/education/geography-koreas>
- **Petraeus, D. & Roberts, A. (2024).** *Conflict: The Evolution of Warfare from 1945 to Gaza*. Estados Unidos: HarperCollins (Obra original publicada 2023).
- **Quinn, R. & Wright, L. (2023, 29 agosto).** *The Myth of China's Fiscal Space*. Rhodium Group. <https://rhg.com/research/the-myth-of-chinas-fiscal-space/>
- **Tanaka, L. (2025, 27 mayo).** ¿Por qué preocupa a Japón la posible victoria de Lee Jae-myung en Corea? *ReporteAsia*. <https://reporteasia.com/politica/2025/05/27/por-que-preocupa-a-japon-la-posible-victoria-de-lee-jae-myung-en-corea/>

Causas de las crisis en Rusia durante la década de 1990

- **Anderson-Jaquest, T. C. (2002).** *Restructuring the Soviet-Ethiopian relationship: a case study in asymmetric exchange* [Tesis de doctorado en Filosofía, Universidad de Londres]. <http://etheses.lse.ac.uk/2110/>
- **Bedeski, R. (2022, 16 enero).** Mongol Foundations of the Russian State: Space, Life Security, Sovereignty and War from the Golden Horde to the Civil War. *The Henry M. Jackson School of International Studies*. https://jsis.washington.edu/wordpress/wp-content/uploads/sites/13/2017/05/Bedeski_Robert_Mongol-Foundations-of-the-Russian-State.pdf
- **Bulut, M. (2020).** The Ottomans and Western Europeans during the mercantilist times: Neutrality, Competition and Conflict. *Journal of Al-Tamaddun*, 15(1), 2020, 13-30. Recuperado de <https://www.levantineheritage.com/pdf/the-ottomans-and-western-europeans-during-the-mercantilist-times.pdf>
- **Escalona, A. (1959).** *Geopolítica Mundial y Geoeconomía: Dinámica Mundial, Histórica y Contemporánea*. México: Ediciones Ateneo.
- **Ferguson, N. (2022, 2 enero).** Putin's Ukrainian War Is About Making Vladimir Great Again. *Bloomberg*. <https://www.bloomberg.com/opinion/articles/2022-01-02/niall-ferguson-biden-eu-nato-won-t-stop-putin-s-ukraine-invasion>

- **Friedman, G. (2016).** *Flashpoints: The Emerging Crisis in Europe*. Estados Unidos: Anchor. (Obra original publicada 2015)
- **Friedman, G. (2025a, 30 enero).** 2025 Forecast: A World Without an Anchor. *Geopolitical Futures*. <https://geopoliticalfutures.com/2025-forecast-a-world-without-an-anchor/>
- **Friedman, G. (2025b, 7 abril).** The Geopolitics of Tariffs. *Geopolitical Futures*. <https://geopoliticalfutures.com/the-geopolitics-of-tariffs/>
- **Galeotti, M. (2022).** *Las Guerras de Putin: De Chechenia a Ucrania* (J. Romero, Trad.). España: Desperta Ferro Ediciones SLNE.
- **Klein, N. (2007).** *The Shock Doctrine: The rise of disaster capitalism*. Estados Unidos: Picador.
- **Mills, E. (2023, junio).** The Great Northern War and the Rise of Russian Sea Power. *U.S. Naval Institute*. <https://www.usni.org/magazines/naval-history-magazine/2023/june/great-northern-war-and-rise-russian-sea-power>
- **Ostos, M. P. (2014, julio).** La percepción geopolítica de los viajeros alemanes en el México del siglo XIX: El caso de Friedrich Ratzel. *Revista del Centro de Estudios Superiores Navales*, 35(3), 80-92. Recuperado de https://cesnav.uninav.edu.mx/cesnav/revista_pdf/2014/2014-3.pdf
- **Porras, L. (2023).** *La Odisea rusa: Una historia económica de Rusia*. México: Aguilar.

- **Reuveny, R., & Prakash, A. (1999).** The Afghanistan war and the breakdown of the Soviet Union. *Review of International Studies*, 25(4), 693-708. Recuperado de <https://faculty.washington.edu/aseem/afganwar.pdf>
- **Schettino, M. (2023, enero).** *Cien años de confusión: La construcción de la narrativa que legitimó al régimen autoritario del siglo XX*. México: Paidós. (Obra original publicada 2016)
- **Taylor, P.-J., & Flint, C. (2002).** *Geografía Política: Economía-Mundo, Estado-Nación y Localidad* (2.a ed.). España: Trama Editorial. (Obra original publicada 1985)
- **Thom, F. (2019).** *Cómo entender la Rusia de Putin* (M. Martín, Trad.). España: RIALP. (Obra original publicada 2018).

Napoleón y la Unión Europea

- **Araujo, A. A. (2023, octubre).** Las caóticas protestas de Francia: Una peligrosa sorpresa. *Código Nexus*, 1(2), 46-58 <https://codigonexus.com/wp-content/uploads/2024/07/2-ED-CN-2023.pdf#page=24>
- **Araujo, A. A. (2025a, 2 febrero).** Otra perspectiva geopolítica de Europa: Las macrorregiones europeas. *Código Nexus* <https://codigonexus.com/otra-perspectiva-geopolitica-de-europa/>

- **Araujo, A. A. (2025b, 17 febrero).** Explicando la guerra de Ucrania - Parte 2: El papel de Ucrania. *Código Nexus*. <https://codigonexus.com/explicando-la-guerra-de-ucrania-parte-2/>
- **Araujo, A. A. (2025c, 18 mayo).** Un escenario para la tercera (o quinta) guerra mundial: Irrupciones geopolíticas. *Código Nexus*. <https://codigonexus.com/un-escenario-para-la-tercera-o-quinta-guerra-mundial/>
- **Bokhari, K. (2025, 13 junio).** German and Japanese Military Resurgence. *Geopolitical Futures*. <https://geopoliticalfutures.com/german-and-japanese-military-resurgence/>
- **Burda, M. C. & Hunt, J. (2011).** What Explains the German Labor Market Miracle in the Great Recession? *Brookings Papers on Economic Activity*. https://www.brookings.edu/wp-content/uploads/2011/03/2011a_bpea_burda.pdf
- **Chikumbu, A. (s. f.)** "Hardly more than ameliorative": The role played by the Marshall Aid Plan in the recovery of Western Europe after the Second World War? *University of Massachusetts*. https://www.academia.edu/39072001/The_Marshall_Plan_c_1948_1952#loswp-work-container
- **European Parliament. (2025).** *The Maastricht and Amsterdam Treaties*. Fact Sheets on the European Union. https://www.europarl.europa.eu/ftu/pdf/en/FTU_1.1.3.pdf
- **Friedman, G. (2012).** *The next decade: Empire and Republic in a Changing World*. Estados Unidos: Anchor Books. (Obra original publicada 2011)
- **Friedman, G. (2016).** *Flashpoints: The Emerging Crisis in Europe*. Estados Unidos: Anchor Books. (Obra original publicada 2015)
- **Friedman, G. (2018, 14 marzo).** The Geopolitics of Britain. *Geopolitical Futures*. <https://geopoliticalfutures.com/the-geopolitics-of-britain/>
- **Friedman, G. (2021).** *The Storm Before the Calm: America's Discord, the Coming Crisis of the 2020s, and the Triumph Beyond*. Estados Unidos: Anchor Books (Obra original publicada 2020).
- **Goodwin, R. (2016).** *Spain: The centre of the world 1519-1682*. Reino Unido: Bloomsbury (Obra original publicada 2015).
- **Heckscher, E. (1918).** *The Continental System: An Economic Interpretation*. Clarendon Press. <https://oll.libertyfund.org/titles/westergaard-the-continental-system-an-economic-interpretation>.
- **Hobsbawm, E. (2023).** *Industria e Imperio: Historia de Gran Bretaña desde 1750 hasta nuestros días*. México: Editorial Planeta. (Obra original publicada 1968).
- **Marichal, C. (2007).** *Bankruptcy of Empire: Mexican silver and the wars between Spain, Britain and France, 1760-1810*. Reino Unido: Cambridge University Press.

- **Martínez, E. (2005).** España y Europa en torno a 1805. En *Cuadernos Monográficos del Instituto de Historia y Cultura Naval*, n.º 48, pp. 7-18. Madrid: Ministerio de Defensa, Armada Española. Disponible en <https://armada.defensa.gob.es/archivo/mardigitalrevistas/cuadernosihcn/48cuaderno/cap01.pdf>
- **Oficina de Información Diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación [OID]. (2025).** Ficha País Alemania: República Federal de Alemania. En *Oficina de Información Diplomática*. Recuperado 20 de junio de 2025, de https://www.exteriores.gob.es/documents/fichaspais/alemania_ficha%20pais.pdf
- **Orduña, A. S. & Aguirre, J. E. (2024, 29 septiembre).** La disruptiva (ultra) derecha: Las elecciones alemanas, otro síntoma regional. *Código Nexus*. <https://codigonexus.com/la-disruptiva-ultra-derecha/>
- **Pietrobon, E. (2022, 5 marzo).** Building a Resistance Economy – Lessons from Napoleon's War on Britain. *Valdai Club*. <https://valdaiclub.com/a/highlights/building-a-resistance-economy-lessons-napoleon/>
- **Pirenne, J. (1974).** *Historia Universal: Las Grandes Corrientes de la Historia* (J. López, J. Pla, & M. Tamayo, Trads.; 4.a ed., Vol. 2). España: Editorial ÉXITO. (Obra original publicada 1973)
- **Rajvanshi, A. (2025, 27 mayo).** Germany becomes Ukraine's last major backer to allow use of long-range missiles against Russia. *NBC News*. <https://www.nbcnews.com/world/ukraine/germany-ukraine-last-major-backer-long-range-missiles-russia-rcna209141>
- **Romero, J. M. (s. f.).** *Spanish Explorers in the Southern United States: Terreros and the Founding of San Xavier Missions*. National Park Service. <https://npshistory.com/publications/jeff/terreros.pdf>
- **Troitiño, D. R. (2013).** De Gaulle and the European integration. En *European Integration: Building Europe (European Political, Economic, and Security Issues)* (pp. 51-63). Nova Science Pub Inc. https://www.researchgate.net/publication/335455641_De_Gaulle_and_the_European_integration
- **Wedgwood, C. V. (2005).** *The Thirty Years War* (A. Grafton, Foreword). Estados Unidos: New York Review Books. (Obra original publicada en 1938).
- **Wilson, T. A. (1977).** The Marshall Plan an Atlantic venture of 1947-1951 and how it shaped our world. *Foreign Policy Association*, 236. https://www.marshallfoundation.org/wp-content/uploads/2014/05/The_Marshall_Plan_1941-1951.pdf
- **Wilson, P. H. (2023).** *Iron and Blood: A Military History of the German-Speaking Peoples since 1500*. Estados Unidos: The Belknap Press of Harvard University Press. (Obra original publicada 2022).



• **World Integrated Trade Solution, [WITS]. (2022).** *Germany Trade.* World Bank. <https://wits.worldbank.org/CountrySnapshot/en/DEU/textview>

• **Wrigley, E. A. (2010).** *Energy and the English industrial revolution.* Reino Unido: Cambridge University Press.

Crecientes vacíos en la gobernanza internacional

• **Amnistía Internacional (2025, 22 de enero).** Estados Unidos: La retirada de la OMS desprecia la salud pública mundial. <https://www.es.amnesty.org/en-que-estamos/noticias/noticia/articulo/la-retirada-de-la-oms-es-corta-de-miras-y-perjudicara-a-estados-unidos-y-al-resto-del-mundo/>

• **Bermúdez, Ángel (2020, 16 de abril).** *Coronavirus: quién financia a la OMS y qué impacto tiene la orden de Trump de suspender las aportaciones de EE.UU., el mayor contribuyente.* BBC News Mundo. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-52304822>

• **Bleiker, Carla (2023, 9 de abril).** *75 años de la OMS: éxitos y fracasos.* DW Noticias. <https://www.dw.com/es/75-a%C3%B1os-de-la-oms-%C3%A9xitos-y-fracasos-de-la-organizaci%C3%B3n-mundial-de-la-salud/a-65264968>

• **Comité Asesor de Vacunas e Inmunizaciones (2023, 23 de julio).** *La erradicación de la viruela: un modelo de cooperación global.* Portal oficial de la Asociación Española de Pediatría sobre vacunas e inmunizaciones. <https://vacunasaep.org/profesionales/noticias/la-erradicacion-de-la-viruela-un-modelo-de-cooperacion-global>

• **Forjaz, M. J., García, A. D., Pérez de la Blanca, E. B., Arribas Monzón, F. E., Palacio, I. A., Rodríguez-Sanz, M., Portillo, M. I., Zurriaga, O., Latasa, P., Godoy, P. & Corella, S. M. (2025, 23 de enero).** *Cinco consecuencias para la salud pública de la retirada de EE. UU. de la OMS.* *The Conversation.* <https://theconversation.com/cinco-consecuencias-para-la-salud-publica-de-la-retirada-de-ee-uu-de-la-oms-248042>

• **Organización Mundial de la Salud (2025, 21 de enero).** *Observaciones de la OMS sobre el anuncio de Estados Unidos de América de su intención de retirarse de la Organización.* <https://www.who.int/es/news/item/21-01-2025-who-comments-on-united-states--announcement-of-intent-to-withdraw>

• **Velásquez, Germán (2021).** *Vacunas COVID-19: el inmoral comercio de bienes públicos. ¿Y cuál es el papel de la OMS?* *Revista Facultad Nacional de Salud Pública*, 39(2). <https://doi.org/10.17533/udea.rfnsp.e346158>

• **World Health Organization (2024).** *WHO looks back at 2024 A year of health highlights, breakthroughs and challenges.* <https://www.who.int/news-room/spotlight/who-looks-back-at-2024>



CÓDIGO NEXUS
REVISTA DIGITAL ESPECIALIZADA

CREANDO UN MÉXICO GLOBALIZADO

Edición Trimestral
Número 9
Año 3
Julio / Septiembre 2025
Distribución Digital

www.codigonexus.com



Guadalajara, Jalisco, México.